

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 29 septiembre - 5 octubre 1957 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - Il Epoca - Número 461



FRANCO. ENTRE SU PUEBLO

EL AMIGO DEL CAMPESINO, DEL OBRERO, DEL PESCADOR

Granjas familiares protegidas (pág. 11). * Las promociones de la ciencia (pág. 17). * Años difíciles en el reinado de Haakon VII (página 20). * Safari en el Orinoco (pág. 24). * Una voz al aire (página 29). * Escuelas modernas y alegres para todos los niños de España (pág. 32). * La «constante» española (pág. 49). * Hombrés y barcos para la cosecha del mar (pág. 53)

SUPERSTICION
Novela, por Pedro Montón Puerto

UN HOMBRE
CERCA DE
LOS HOMBRES
DEL TRABAJO

PREVENGASE
CONTRA LA
GRIPE...

CUIDANDO LA

Garganta

El estornudo es un aviso. No se le debe dar más importancia; pero tampoco, menos. Quiere decir que millones y millones de microbios se aprestan al ataque de bronquios y pulmones. Defienda el paso por la garganta con LISTERINE. Gárgaras con el famoso antiséptico le evitarán complicaciones.

En ningún sitio del cuerpo se congregan tantos gérmenes como en la cavidad buco-faríngea. Ninguno necesita mayores cuidados. El más elemental es gargarizar diariamente con LISTERINE, cuyo poder germicida destruye 200 millones de bacterias en 15 segundos, la vigésima parte del tiempo límite exigido oficialmente en Norteamérica a los germicidas.



ANTISEPTICO
LISTERINE

DESINFECCION BUCOFARINGEA

Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid



FRANCO, ENTRE SU PUEBLO

TRAS la prosa formularia de cada texto legal, que llevará al país la realidad de una obra trascendente, alienta un largo período de estudios metódicos y de tanteos. El Caudillo, alerta siempre al latido de España, a nadie encomienda la misión que le corresponde de pulsar la opinión de las gentes, de escuchar sus puntos de vista y de atender sus esperanzas. En contacto directo y personal con los pueblos, con campesinos y productores de la industria, con técnicos y especialistas, el Generalísimo entabla diálogo llano y cordial. Un cambio de opiniones entre un hombre serio y otros hombres serios. En estas páginas, a modo de muestrario, se abre un abanico de hechos y sucesos, enlazados unos a otros por la línea constante de la constante preocupación del Caudillo por el mundo del trabajo, por sus productores y por todos los humildes que día a día se afanan por el bienestar de la Patria.

EL AMIGO DEL CAMPESINO, DEL OBRERO, DEL PESCADOR UN HOMBRE CERCA DE LOS HOMBRES DE TRABAJO

ENTRE LOS HOMBRES DEL CAMPO

LOS hombres habían llegado de lejos. Unos venían de Calahorra, otros de Haro, otros habían llegado aquella misma mañana desde Logroño. En sus rostros se leía una expresión de alegría, de júbilo, de inmensa esperanza. Todos iban a lo mismo. Acudían a la misma cita, al mismo lugar, a la misma hora. Eran ya mayores, hombres maduros, algunos pasaban de los cincuenta y, sin embargo, en sus caras, en sus ojos, brillaba una luz de sana y juvenil curiosidad, de inefable optimismo. En todos había la misma prisa, el mismo deseo porque llegara la hora señalada. Alguien les esperaba.

De sus pueblos, de sus huertas, de sus viñas, de las ricas viñas riojanas, traían aquellos hombres

cestas de frutas, de hortalizas. Unos llevaban pimiento, recién cortados de la huerta; otros, tomates acabados de coger; los más, apretados racimos de uvas. Todo era un símbolo. Todo tenía



Franco entregó a sus beneficiarios las llaves de una nueva barriada de Sevilla



Los agricultores de las huertas murcianas, como en otra ocasión los campesinos de la Rioja, hacen al Caudillo ofrenda de sus frutos

un valor de ofrenda, de ofrecimiento, de gesto lleno de gratitud honda y sencilla, como sólo los hombres sencillos de la tierra, del campo saben tenerla.

En la plaza de uno de estos pueblos de la zona riojana, frente al pórtico de la Casa Consistorial, a un lado, el Alcalde de la villa; a otro, los concejales del Ayuntamiento, y de frente, por todas partes, el pueblo todo reunido todo en la plaza para presenciar aquella sencilla y humilde ceremonia, se encontraba Franco. El Caudillo sonreía y esperaba. Aquella mañana no era la recepción de un diplomático extranjero, las cartas credenciales de un nuevo embajador, ni la visita de algún jefe de Gobierno de algún país amigo lo que iba a ocupar sus horas, su tiempo. Era, sencillamente, la visita de los agricultores riojanos, que venían a testimoniar al Caudillo, al gobernante, al hombre que por ellos se había sacrificado y que a ellos les había dado la paz y el bienestar, su agradecimiento y su total gratitud.

Fueron llegando los agricultores, los hombres del campo. Venían curtidos por el sol de muchos días, de muchos años de trabajo, de muchas horas de arado y de sementera, de recolección y de

trilla, de vendimia y de lagar. Primero pusieron sobre una mesa instalada en la misma plaza del pueblo, en unas grandes bandejas, los frutos del homenaje. Después, uno a uno, con prisas por llegar, fueron estrechando la mano de Franco, extendida generosamente, mano de padre y de amigo.

Yo soy un trabajador, un obrero como vosotros—fueron las primeras palabras del Caudillo—; pero un trabajador que no se deja influir fácilmente por los acontecimientos porque estoy acostumbrado a dominarlos.

Hasta entonces nadie había aplaudido, nadie había alzado su voz para decir con las palabras lo que estaban diciendo con el gesto, con la mirada, con el aliento contenido.

En mis horas de trabajo pienso en todos vosotros, y en las horas de las grandes decisiones, sois vosotros quienes estáis presentes. Quiero que vuestras tierras sean generosas, que vuestro trabajo os rinda el mil por uno. Tenemos que remediar el abandono de siglos y proteger los derechos y las necesidades de los más débiles, y los más débiles, en muchos sentidos, habéis sido vosotros, los hombres del campo, los que nos dais a los demás, con vuestro

sudor y vuestros esfuerzos, el pan de cada día.

SEGURIDAD PARA LAS TIERRAS

Los hombres de la Rioja abrazaron al Caudillo. Ellos seguirían sus faenas, en sus jornadas, con la yunta, el arado, la hoz, la trilladora o la siembra. Franco aquel mismo día volvía a Madrid a su despacho de El Pardo, también a su jornada, a su tarea de cada día. A la mañana siguiente, tal vez aquella misma tarde, despacharía los asuntos más urgentes de política exterior, o acudiría a presidir un Consejo de Ministros, o examinaría algún nuevo plan de política interior. Pero, entre todas sus ocupaciones, entre todos sus problemas a resolver, uno de los principales sería este de los campesinos. Los hombres del campo no han estado nunca lejos del pensamiento ni del corazón del Caudillo. Cuando otros asuntos de extrema urgencia e importancia para España tenían necesariamente que ocupar toda la atención del estratega y del militar, en la mente de Francisco Franco nació la idea de crear el instrumento idóneo y adecuado para resolver el problema del campo. Nace poco más tarde el Instituto Nacional de Colonización, con su política de créditos para la agricultura, y nace, en los tiempos en que tanta falta hacía, el Servicio Nacional del Trigo, que garantizaba para siempre la seguridad del campesino, sabiendo que su trabajo no podría ser nunca baldío. Después, como complemento de este instrumento, la geografía española se puebla con esa gigantesca red de silos, donde el trigo y otros cereales esperan su venta o su protección seguras.

Seguridad para el campo. Lo que la tierra nunca había tenido, ahora Franco se lo ofrecía a manos llenas. Seguridad para la tierra y previsión para el hombre que la cultiva. En la previsión social del campo España marcha a la cabeza de las naciones más adelantadas en estas materias.

En la agricultura ganamos nuevas tierras para los regadíos, y aunque hemos empezado ya a recoger los frutos de los esfuerzos hechos y cada año entran en riego nuevos miles de hectáreas, podemos, sin embargo, rebasar el término que transformaciones de esta naturaleza requieren.

Y la meta se fué alcanzando con la rapidez que los medios permitieron. Planes provinciales iban transformando las áridas tierras de secano en fértiles terrenos de regadío. Badajoz y Jaén serían sólo un ejemplo. Un ejemplo de cómo las promesas y los anhelos del Caudillo nacen para convertirse en realidades concretas y tangibles.

Y para la tierra nacía también la extensa política de repoblación forestal y la política sabia de la concentración parcelaria, o la selección de semillas, o la técnica de los cultivos, haciendo que la tierra produjera el mil por uno, como un día dijera Franco a los agricultores riojanos.



El Caudillo estrecha la mano del ganador de las regatas de La Coruña el día 25 de agosto de 1942

EN LOS POZOS DE LAS MINAS Y EN LAS NAVES DE LAS FABRICAS

CON el pensamiento puesto en los obreros de la industria y del campo, en los mineros y en cuantos trabajan por la prosperidad de España, el Caudillo ha ido dando forma a través de los años de gobierno a una idea que viene a ser el «leit motiv» de su preocupación por los productores.

En 1947, expresa su pensamiento en una entrevista concedida a William Situtard: *Todos los problemas de nuestra nación son problemas de educación del pueblo, de ilustrarle y perfeccionar sus grandes cualidades naturales. Nuestro pueblo es un pueblo sufrido, sencillo, valeroso y con una gran sensibilidad. Por ello cuanto se haga por educarle e instruirle, nos ha de permitir en pocos años asombrar al mundo en todos los órdenes.*

Un año más tarde, el Generalísimo concreta más: *Es una ilusión y un ansia del Gobierno la creación de los centros laborales en el campo. Al finalizar ese mismo año de 1948 añade: Persistimos en nuestro empeño, en período ya de avanzado estudio, de llevar la cultura media y los Institutos Laborales al mayor número de lugares, y no cejaremos hasta el remate de esta obra.*

El período de estudio al que alude el Caudillo en las anteriores palabras tiene también un capítulo vivo y directo. Es su deseo de conocer por sí las necesidades de las masas productoras para responder a ellas con las medidas propias y necesarias. Y lo mismo desciende a las galerías de las minas que se presenta en los talleres y en las fábricas. Con ocasión de una visita a la zona in-

dustrial vizcaína, un obrero se acerca a él, le alarga la mano y le dice:

—Para mí y para mis hijos lo que pido es que abran pronto los Institutos y las Universidades Laborales.

Y como si esta petición espoleara cada instante los deseos del Caudillo, pronto la geografía española conoce la floración de los Institutos Laborales con sus enseñanzas de diversas técnicas. Estos centros son hoy, en 1957, una realidad con un fructífero balance docente.

Esos Institutos junto a las Escuelas de Enseñanzas Profesionales y otras de índole parecida, han venido a cubrir un vacío que jamás soñó ningún Gobierno anterior al año 1936 poder rellenar. Ni en las más delirantes campañas electorales se atrevió partido político alguno en llevar esa obra al capítulo de sus pretensiones teóricas.

Pero el pensamiento del Caudillo iba más lejos aún que la creación de la red de Institutos. Para los trabajadores españoles tiene reservada una obra que casi ninguna nación ha realizado, una empresa que, como escribía el periodista norteamericano James Lockie, «justifica por sí sola cien años de buen gobierno». Esa empresa es la puesta en marcha de las Universidades Laborales. Y hoy también, en 1957, en Córdoba y en Gijón y en Tarragona y en Sevilla son una realidad que funciona con la gozosa asistencia de cientos de hijos de obreros, que en un futuro próximo echarán sobre sus hombros las más delicadas tareas técnicas de las empresas.



En su residencia de El Pardo, Franco saluda a este anciano noventón, a quien le tiembla el pulso por la emoción y por los años

GARANTIA LA HONRADEZ, UNICA

Cuando las promociones de esas Universidades se incorporen a la producción serán un hecho esas promesas tantas veces reiteradas por el Caudillo de que todos los españoles tienen abierto el camino para llegar a los puestos de máxima responsabilidad y direc-

ción, sin que se pierda para la Nación ninguna inteligencia. Y lo que también es muy importante, esas tareas serán encomendadas a técnicos con una formación social tan sólida como la profesional.

Y como instrumento que respalda el funcionamiento de esas Universidades Laborales está otra de las obras que ha plasmado el Régimen: los Montepíos y las Mutualidades. Estas Entidades no sólo aseguran aquella acción formativa y de cultura, sino que han alejado definitivamente los temores de la invalidez o de la jubilación, de la viudedad o de la orfandad, mediante pensiones vitalicias decorosas y suficientes. Y respondiendo al pensamiento del Caudillo, esos Montepíos y Mutualidades otorgan una prestación valiente, de la que nunca se tuvo precedentes en nuestro país: los Créditos Laborales. Con la sola garantía de la honradez y de la capacidad de los productores, éstos obtienen préstamos, a módico interés y con largo plazo de amortización, que permiten la instalación del taller o del laboratorio, la compra de máquinas, de instrumental o de la vivienda.

En el pensamiento de Franco, el obrero ocupa un lugar de predilección. Para él han sido destinadas una gran parte de las obras realizadas en estos veinte años. Sus mismas palabras son testimonios de sus sentimientos. Las pronunció en otro primero de octubre, hace ahora catorce años: «El obrero, como todo ser económicamente débil, es para nosotros, aparte de un hermano, un compatriota digno de nuestro afán, un mecanismo vivo que ha costado construir y adiestrar, y que lo mismo que el empresario tiene en cuenta la conservación, el desgaste y la amortización de su maquinaria, así necesita cubrir al trabajador de todo riesgo: de la vejez, de la inutilidad y de la muerte».

DIJO un periodista británico que el Caudillo puede leer su historia en el rostro de una ración agraciada a la obra de gobierno de él. Sucede así porque el Generalísimo ha comprendido su misión de gobernante, y de gobernante católico, en esta época turbia e inquieta de la humanidad. Y la desempeña sin aturdimiento, lejos de lo superficial, envuelto en la poesía de unos hábitos ejemplares.

La sobriedad es su norma. Sus mismas distracciones, sanas, revelan al hombre que tiene fe y seguridad en su trabajo. Como un paréntesis de su vida metódica, de sus jornadas diarias en el despacho oficial que se inician en las primeras horas de la mañana para concluir en la madrugada del siguiente día, está su deporte favorito de la pesca de altura. Es esta afición la «válvula veraniega» de su primitiva vocación por las cosas del mar, como dijo un escritor chileno. Para el Caudillo, las horas dedicadas a la práctica de ese deporte encierran, además, otro significado más hondo. Es la oportunidad de tomar contacto directo con las inquietudes y las esperanzas de ese mundo de productores que fía su existencia en una buena costera de atún o en una fecunda redada de sardinas.

El Caudillo nada ignora del acontecer en las poblaciones costeras, de los problemas que ha de afrontar la familia de los pescadores españoles. Para las gentes que viven del mar, el diálogo con el Generalísimo es abierto, con las palabras marineras. Todos los años es habitual en las aldeas norteñas la silueta del «Azor», pero una silueta que recalca en el puertecillo pesquero para una estadía que permite el cambio de impresiones cordial.

Un verano no lejano, el Caudillo llega a la pequeña localidad gallega de Cayón. Va vestido de paisano, con el rostro curtido por los vientos y el sol del Cantábrico. El marinero que está al frente del Pósito, sin tiempo para cambiarse el traje de faena por el de los días de fiesta, estrecha la mano del Jefe del Estado. Es una conversación sin formalismos la que se entabla. El Caudillo se interesa por todos los detalles del trabajo mariner, se habla de los detalles técnicos que colaboran en la obtención de una pesca abundante y se abordan también los detalles de las subastas, de los transportes y de los mercados. Al diálogo se van sumando las opiniones de otros pescadores que van llegando al grupo.

Tanto hay que hablar y tantos son los pareceres que se exponen, que alguien propone proseguir la conversación sentados a la mesa, con una merienda al estilo de Cayón. El Generalísimo y su esposa toman asiento, y al aire libre, sobre sillas de pino, aquellos pescadores van colocando los platos de loza con los trozos del bonito recién pescado y con los percebes recién arrancados a las peñas de la costa.

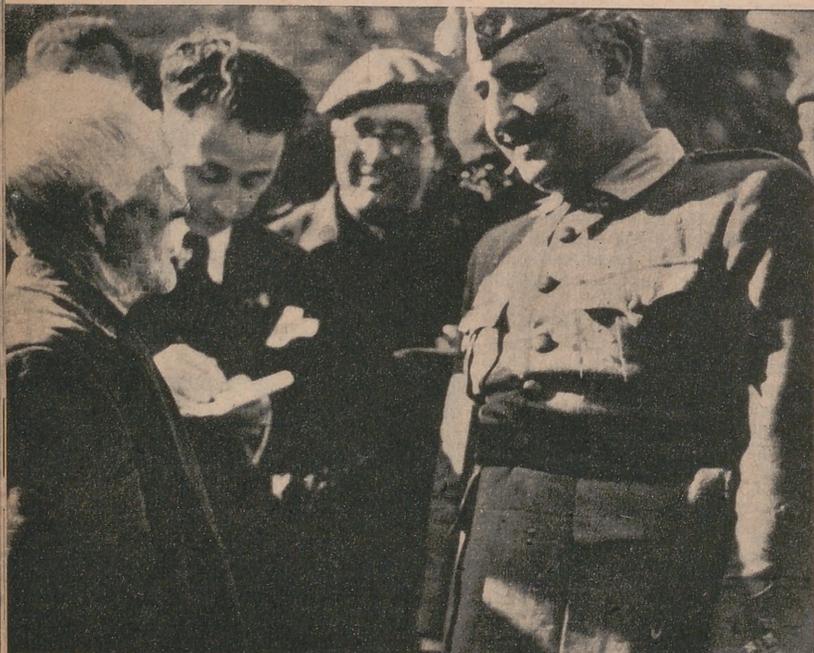
Es en este contacto directo y llano con el que pensaba el Caudillo siempre; es en la elevación del nivel de vida del hombre de mar a lo que tendió su obra de gobierno desde que tomó en sus manos la tarea de salvar a España.

LA GRAN FAMILIA DEL MAR

Ello era su aspiración cuando allá por el verano de 1939, con la Victoria acabada de lograr, decía emocionadamente en La Coruña:

Perdonadme una debilidad en estos momentos, una debilidad para los buenos pescadores. España está en deuda con los pueblos pesqueros. En España viven mejor dicho, deben vivir 250.000 familias del mar; pero malviven, no porque el mar no ofreciese los frutos pródigos de sus entrañas y no porque la pesca faltase, sino por la mala organización del trabajo, por la dificultad de la distribución y por el desprecio de la mercancía. Y por eso quiero yo ante esta masa obrera cantar la honradez del pescador gallego, del pescador español que, arrancando tesoros del mar, vive la vida mísera de la tierra.

Detrás de esas palabras están las obras, una política eficiente y continuada para devolver a la familia marinera los bienes y la prosperidad que antes nunca había conseguido. Ahí están las Escuelas Profesionales salpicadas por el litoral español, el régimen de créditos, las barriadas de nueva planta, el sistema de previsión social y de seguros. Y los planes para el desarrollo y modernización de las flotas pesqueras, los establecimientos sanitarios, la renovación y expansión de la industria conservera, la revalorización de los productos que constituyen hitos bien plantados en el camino del bienestar de la gran familia marinera.



Entre la gente de mar, en cordial charla con un viejo pescador



Durante su visita al pueblo mariner de Cayón, el Caudillo escucha atento la conversación de uno de los hombres del poblado

LA FAMILIA, PROTEGIDA

ANIEVAS es un pueblo pequeño de la provincia de Santander. Poco más de 700 habitantes y entre los 700, Valentín Aguado Pernia, con setenta y dos años a la espalda. Valentín es un modesto ganadero que sabía de las cosas de su tierra, pero que ignoraba lo que pasaba allá dentro en la capital de España. Ahora lo sabe porque Valentín Aguado ha estado en Madrid, siquiera fuese de paso; él iba a El Pardo, a ver al Caudillo, y le ha visto.

Y junto a Valentín, en las horas felices y en las horas duras, su mujer, Delfina Arminio Cicero, una anciana de mancos gastadas por el trabajo. Para ellos no cuenta, sin embargo, la soledad porque saben que nunca estarán solos, porque en Anievas o repartidos por toda España están los hijos. Ellos han sido el motivo alegre del viaje hasta El Pardo. Valentín y Delfina, matrimonio cristiano, tuvieron, como en los cuentos infantiles, muchos hijos, exactamente 21; de ellos viven catorce.

En la casa de Valentín Aguado y Delfina Arminio hay ahora dos

lugares de honor. En uno, el más señalado, está la fotografía del Caudillo. Al pie queda la dedi-



En Burnos, Franco hace personalmente un reparto de subsidios a familias numerosas

catoria: «A don Valentín Aguado Pernia, casado con doña Delfina Arminio Cicero, que han dado a la Patria 21 hijos, en nombre de la Nación reconocida. — Francisco Franco, 19-3-57».

En otro lugar, un diploma atestigua la concesión del Premio Nacional de Natalidad. No muy lejos, en el Banco, queda la mayor parte del premio en metálico, consistente en 50.000 pesetas. Ha gastado un poco en arreglos a la casa, en el viaje hasta Plasencia para visitar a la hija monja. El resto queda en ahorros.

Pero el dinero, para aviso de maliciosos, no ha sido lo más emocionante de este largo viaje a la capital de España. Valentín, tanto como la fotografía dedicada por el Caudillo le gusta aquella otra en que Franco y este hombre del Norte se estrechan la mano. No repara apenas en los contrastes entre el pueblo pequeño y la ciudad enorme, sólo le importa la mano tendida de Francisco Franco.

—Aquello fué lo más emocionante—dice con el recuerdo de la audiencia.

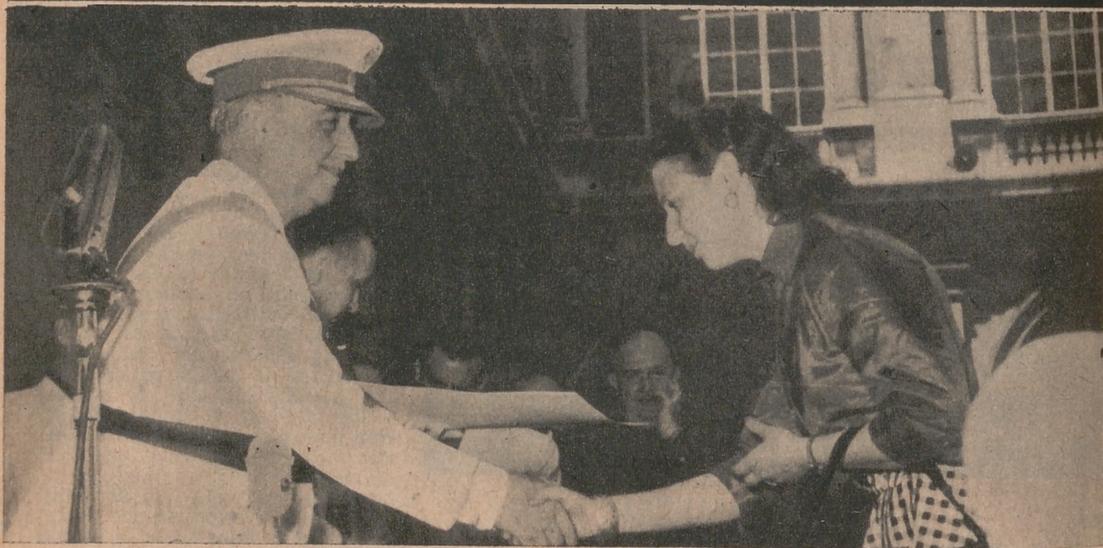
MUCHOS HIJOS SENTADOS A LA MESA

Franco ha estrechado este año, como tantos otros, las manos de unos hombres y unas mujeres que han sabido formar unos matrimonios cristianos y fecundos. En unos años cambió el paisaje que se cernía desde la España «oficial» sobre la familia española. Eran los tiempos de la República, cuando las teorías neomalthusianas hallaban no sólo la tolerancia, sino facilidades en todas las esferas del Estado. El control de la natalidad amenazó con dejar sin brazos los campos y los talleres; la familia numerosa quedó amenazada de desaparición porque nadie se preocupó de estimular el crecimiento de la población, de equiparar económicamente a las familias que contaban muchos hijos en la mesa con los que no tenían ninguno.

Y llegó con Franco la justicia social, que él mismo definiera en



San Pedro de Vidma. El Caudillo estrecha la mano de una anciana de la localidad



Entrega de los títulos a las campeonas de las pruebas nacionales de Destreza en el Oficio, en el ramo de alta costura y modistería

su Mensaje de fin de año en 1952: «En relación con este problema fundamental de la justicia social, hay que reconocer, según acredita la experiencia, que es preciso abandonar las formulaciones y consideraciones parciales del asunto para establecer vigorosa e inequívocamente nuestro objetivo. No se trata del salario justo, ni de la seguridad social, ni de la previsión aislada, ni de determinadas mejoras, ni de la ocupación permanente en el trabajo; se trata de todo eso a la vez en un solo problema general y básico que constituye la razón de ser y uno de los fines primarios y fundamentales del Estado».

Así nació, como una parte importante de la justicia social, la protección a las familias numerosas, a los hombres y mujeres que han hecho realidad el que hoy la población de España esté casi a punto de rebasar los 30.000.000 de habitantes. Subsidios, puntos y premios fueron los puntales económicos de esta ayuda justa y necesaria.

CERCA DE LA CABECERA DEL ENFERMO

MAL le iban las cosas a Antonio. La pierna, aquella desdichada extremidad siempre enferma, se negaba a sostenerle. Y se necesitan dos piernas firmes para aguantar todo el día el trabajo de pie, junto al sillón de la peluquería de Murcia; allí, mientras se alternan el corte de pelo y el afeitado, la pierna enferma de Antonio Nicolás López se dejaba vencer. Ya no podía ser más. Hasta entonces, hasta ese 1940, habían sido trece operaciones. Ahora sólo quedaba la definitiva, la amputación que acabaría con el mal y también con el trabajo, porque en su oficio la cojera es un retro forzoso.

Aquello de la amputación no podía ser. Estaba la familia y un porvenir abierto a la miseria. Antonio lo intentó todo y todo le falló. Luego, cuando todo se perdía en la desesperación, el peluquero escribió una carta, cerró el sobre con cuidado y escribió el nombre del destinatario: Francisco Franco.

La respuesta, con mambrete de la Secretaría del Caudillo, llegó rápida:

«Oportunamente se recibió en esta Secretaría su atenta carta, y dada cuenta de su situación a Su Excelencia el Jefe del Estado ha tenido a bien disponer se le costee el importe de la pierna artificial que haya de ponerse. Por ello creo lo mejor que usted adquiera la pierna que necesite y envíe la factura a esta dependencia para proceder a su abono y cumplimentar así los deseos de Su Excelencia.»

Antonio Nicolás López sufrió la amputación, y una pierna dura y metálica, aguantó las largas horas del trabajo de la peluquería. El jornal siguió llegando cada sábado.

UN SOLDADO CIEGO ENTRE LA GENTE

Pero a veces la ayuda personal y desinteresada no se concreta en nada material: basta simple-



Saludando a las damas enfermeras de vanguardia

mente un saludo o un recuerdo para que alguien se sienta mejor y distinto. Ahí está como un ejemplo entre tantos el saludo de Franco en Gijón hace ahora quince años.

Salía el Caudillo del Ayuntamiento, entre aplausos y gritos de entusiasmo. Allá en los soportales, cerca de Franco, esperaba Marino Menéndez. Las gertes no le estorbaban la vista, porque aunque no hubiera habido nadie entre Franco y él, Marino Menéndez no hubiera podido ver nada. En Teruel, en la metralla sobre la nieve, se dejó los ojos, y con ellos un brazo. El caballero mutilado esperaba, sin embargo, el paso de Franco. Y Franco cruzó cerca de él y dejó la comitiva. Sencillamente, ante la muchedumbre que calló de repente, el Caudillo habló al soldado, al que la emoción de lo inesperado ponía temblor en la respuesta. Fué la charla llana y breve, sólo unos instantes, que bastaron para que Marino Menéndez se sintiera contento y satisfecho.

En la paz y en la guerra caen cada día las bajas de la lucha. Unas veces será la máquina que rompe la carne y otras la enfermedad que llega con silencio y con prisas.

En sus discursos, en las realizaciones impulsadas directamente por el Caudillo, en todas sus palabras se ha advertido muchas veces la preocupación por la seguridad física y moral, en la salud, en la enfermedad o en la vejez, del trabajador y su familia. Hay muchas muestras de ello en la obra y en las palabras de Franco, pero quizá no exista fórmula tan escueta y total como la proclamada por Franco el 1 de octubre de 1943 ante el Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S.:

«Nuestro Régimen proclama el derecho del trabajador a que la sociedad le cubra las mínimas necesidades: trabajo seguro, hogar salubre, salario suficiente, subsidio en la enfermedad, retiro justo en la vejez o en la incapacidad y pensiones proporcionadas a las necesidades de la familia en caso de muerte.»



Una niña entrega un ramo de flores a la esposa de Su Excelencia en el barrio de Triana, de Sevilla

SERVICIO Y ABNEGACION DEL CAUDILLAJE

"**A** SPIRO a ser Caudillo de todos; que no me interesan las parcialidades banderizas; que lo nacional llena mi espíritu; deseo que cuantos españoles amen a España trabajen por ella con el máximo fervor y con la mayor satisfacción de ánimo. España, si sabemos unirnos todos, puede dar al mundo la sorpresa de un ideal nuevo. El mío es que todos los valores auténticos se pongan al servicio de la Patria.»

Sobre estas palabras de Franco han caído ya veinte años. Veinte años son en la Historia argumento y perspectiva suficientes para el juicio sereno y la crítica eficaz. Del 1 de octubre de 1936 al 1 de octubre de 1957 media, con el caudillaje de Francisco Franco, nada menos que una victoria total en el campo de combate, otra victoria absoluta en el campo de la paz y esos triunfos reveladores de España ante sí misma y ante el mundo. Veinte años de caudillaje con la misma consigna de los primeros tiempos. Una consigna que, al cumplirse en la tarea de cada día, posee la virtualidad suficiente para crear y recrear metas nuevas, nuevos caminos por los que llegar a consecuciones y objetivos inéditos en la historia y en la política de los años que precedieron a 1936.

«Yo me siento Caudillo de España —seguida diciendo entonces Franco— para servirla, para morir por ella si fuera necesario. Y, al servir a la Patria, no tengo otra ilusión que servir a mis compatriotas.»

Aquí radica el significado profundo del acierto, de los aciertos. Cuando caudillaje se hace sinónimo de servicio, de abnegación, de horas intensas de trabajo, de entrega sin reservas a la Patria que se sirve, con la disposición o la esperanza de morir por ella si fuera necesario, entonces caudillaje significa salvación, fuerza que inspira y da vida al verdadero sentido de lo que entendemos por Nación o Patria.

«Lo que define una situación histórica de caudillaje es el antecedente de un desmoronamiento de las instituciones y de los instrumentos de vida política, que empuja a un pueblo entero a depositar su confianza en un hombre que encarna las grandes ideas históricas y vitales de un pueblo, a quien se atribuyen cualidades excepcionales, poniéndolo a su cabeza con una unidad de mando necesaria para suplir aquella falta de instituciones y de instrumentos de vida política, como solución práctica de hecho y de derecho y para emprender la reconstrucción y edificación de nuevos sistemas de ideas, de valores e instrumentos con vistas al porvenir y como una solución estable y duradera.»

Posiblemente no haya una definición más clara, más completa y terminante de lo que entendemos por caudillaje que estas palabras del Ministro de Información y Turismo pronunciadas en Vich a mediados del mes de mayo último.

Esta misión constructiva, eficaz, de edificación y creación es la que justifica el caudillaje. Esta finalidad esencial y primordial es la que

da carácter y sustantiva a la figura jurídica del caudillaje. De ella provienen después los títulos de su singular legitimidad y todas las normas a que responde su acción de mando.

El origen del caudillaje es siempre histórico, vital, ideológico y necesario, y si no puede ser constitucional es sencillamente porque previamente tuvo lugar la demolición de todo orden constitucional, histórico y social, y es esa misma destrucción, quebranto y ruina lo que constituye el motivo por el que el caudillaje nace y se proclama.

De esa fuerza vital nace, por capacidad de creación, un orden nuevo. Entra en vigor un sistema de leyes y de instituciones, cada vez más completo y ajustado, que presta a la Nación una configuración nueva, diametralmente opuesta a la anterior, con vida propia y cuya característica sustancial no es otra que lograr un proceso continuo de ejemplaridad institucional, respetando los principios que la tradición sana del país tiene aceptados por imperativo de su misma Historia.

En este proceso institucional, Franco, Caudillo de España, ha sabido asegurar para la Patria y para siempre cuanto en estos años de caudillaje significa consecución, logro y mérito. Sus previsiones a este respecto están tomadas desde que redactó el preámbulo del decreto de Unificación. «Cuando hayamos dado fin a esta ingente tarea de reconstrucción espiritual y material, si las necesidades patrias y los sentimientos del país lo aconsejan, no cerraremos el horizonte a la posibilidad de instaurar en la Nación el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza históricas.» Diez años más tarde se promulga la ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, que tiene la ratificación de un clamoroso referéndum nacional, en la que España se define como «un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino, bajo la jefatura vitalicia del Caudillo. Después, dentro de este abierto proceso, se crea el Consejo del Reino, se establece que en cualquier momento el Caudillo podrá proponer a las Cortes la persona llamada en su día a sucederle, a título de Rey o de Regente. Se establece la forma en que la sucesión habrá de tener lugar y las condiciones que han de concurrir en la persona que haya de sentarse en el Trono del Reino de España, que por esta ley se instaura, no se restaura.»

El futuro de nuestra Nación está así perfectamente claro, con un horizonte perfectamente visible, limpio y abierto, gracias a la previsión política de Franco. El futuro de España comienza con esta obra de Francisco Franco, que es realidad viviente para todos los españoles. Y en esta obra, en los principios que sostienen y fundamentan al Movimiento Nacional, se ha de basar la Monarquía tradicional, católica y social y representativa, prevista en la ley de Sucesión.

EL ESPAÑOL



CULTIVOS MODERNOS EN GRANJAS FAMILIARES

Nuevos sistemas de explotación
agraria en los pueblos de La Coruña

Fincas modelo para el máximo rendimiento

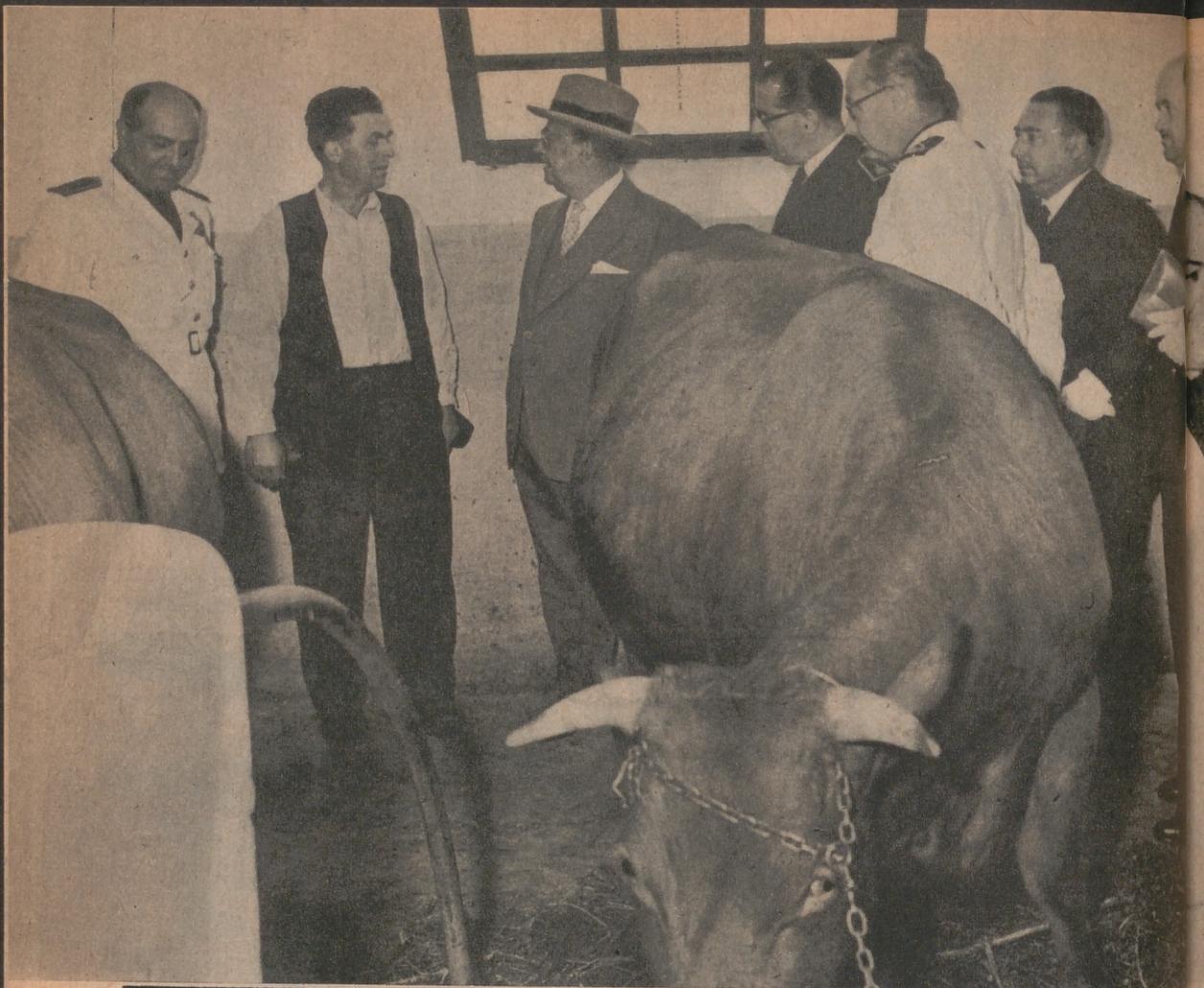
roble de forma adecuada, va dejando de ser un punto de referencia característico del paisaje gallego

Luego habla de los carros, que «tampoco han progresado mucho más que el arado. Al comenzar, sus ruedas producen un sonido agudo que se ca moludando en inflexiones lentas y quejumbrosas». Y el carro ha seguido su vida lenta, pero cumpliendo una misión más o menos efectiva; su trascendencia en el aspecto económico es menor que la del arado. No obstante, en ciertos casos se ha ido dejando a un lado para utilizar el medio mecánico de transporte.

Camba se lamentaba de que tal vez los poetas estuviesen acordes con ese mundo bucólico, desprovisto de todo afán material, cuando en otros lados han caído en la efectividad de los últimos adelantos de la técnica: «Cuando los ríos de otra parte se han puesto de lleno a trabajar y están constantemente transportando cargamentos y moviendo turbinas, los

HACE ya muchos años, muchos, Julio Camba, con ese humorismo fino, bañado en algo de amargura y escepticismo, escribía certeros pasajes, afortunados entonces, referentes a ciertos cuadros permanentes en Galicia. Es en «La rana viajera» donde se pueden leer cosas como la siguiente: «El arado gallego, como la

mujer honrada, carece de historia. Es un instrumento prehistórico, cuya imagen exacta se encuentra en algunas tumbas etruscas y creo que en ciertas morenas celtíberas.» La referencia al arado romano es muy clara, pero actualmente, ese sencillo instrumento de trabajo, fácil de construir siempre que encontremos un



Franco, durante su visita a las fincas de explotaciones agrarias familiares

nuestros tienen que prepararse a la defensa. Con unos ríos ociosos y un material agrícola prehistórico no se puede conseguir ya nada más que una flor natural...»

Pero también hace muchos años que los ríos gallegos trabajan y que la electricidad producida en Galicia llega hasta el corazón de España. Y hace tiempo que la riqueza salmonera de algunos ríos gallegos es conocida en todos los medios internacionales.

¿Y la agricultura? Aquí está, precisamente, el centro de la cuestión.

DE PONTEVEDRA A LA CORUÑA

Posiblemente, como en otros diversos aspectos, los primeros pasos de la transformación agrícola gallega puede que se hayan dado en Pontevedra. Las granjas agrícolas de Salcedo y Monteporreiro han sido escuela y punto de referencia para los campesinos que han deseado elevar de una manera racional su producción agrícola y ganadera. La Misión Biológica, al lado de la capital del Lerez, ha difundido por toda la región los híbridos y las especies seleccionadas, que han hallado en sus terrenos el campo experimental adecuado. En la península de Morrazo la repoblación forestal ha creado una riqueza de arbolado extraordinaria en uno de los paisajes más impresionantes de la región gallega.

Pero últimamente, donde se han roto las vestiduras y las lanzas con vistas a esa perseguida transformación del verde agro gallego ha sido en la provincia de La Coruña. Apenas han transcurrido quince días de la visita que hizo el Jefe del Estado a cuatro explotaciones agrícolas familiares establecidas en tierras coruñesas, con arreglo a un plan estudiado de mejoras en la economía agrícola del Noroeste. Ya hace más de un año que en las comarcas de Bergantiños y las Mariñas un reducido número de agricultores ha comprobado los beneficios que representan unas adecuadas semillas, unas razas ganaderas adaptadas al clima especial y a los pastos, y un utillaje que racionaliza el trabajo, multiplicando el rendimiento de cada jornada al propio tiempo que suprime la fatiga en el hombre y excluye al ganado de labores que hacen mermar sus naturales productos.

NECESIDAD DE LA RACIONALIZACIÓN

El clima, los cultivos, la cabaña, la extensión de las propiedades y otros factores hacen del campo gallego un conjunto muy especial. La humedad natural y la abundancia relativa de regadío hacen que, en la mayoría de los casos, se deje en manos de la naturaleza algo tan fundamental como debe de ser un riego uniforme, en el espacio y en el tiempo,

de praderías, sembrados hortícolas, cereales, etc., etc.

Por otro lado, los cultivos vienen siendo los mismos desde centenares de años atrás, sin que se ose experimentar variedades distintas o trate de comprobarse si un rendimiento no muy brillante pueda ser debido a que las características del terreno requieran patatas donde se ha venido cultivando maíz o viceversa, por poner un ejemplo corriente y al alcance de todo el mundo. Otras veces, esa pobreza en la recolección de uno y otro año puede ser debida al empleo de abonos que no son necesarios en ciertos terrenos, pero que, por mera rutina, continúan extendiéndose años y años sobre los mismos bancales.

Y quien habla de las características físicas del terreno y los cultivos puede referirse a la explotación secular de las mismas razas de ganado vacuno, lanar, porcino y unas aves de corral procedentes de híbridos mestizajes que ni por la calidad de su carne o sus naturales productos dan el máximo rendimiento que puede esperarse.

Si a todo ello añadimos la poca decidida extensión que suelen tener las fincas gallegas, por la gran división de que goza la propiedad, hemos de comprender que la mejor manera de conseguir un gran rendimiento de un pequeño espacio de terreno no puede ser otra que la explotación racional, estudiada, de las máximas posibilidades que el mismo



El Caudillo escucha con atención las palabras de uno de los campesinos

oírezca con arreglo a sus características más o menos intrínsecas.

El sábado día 14 de septiembre, en las primeras horas de la tarde, las tranquilas carreteras de Bergantiños, bañadas por ese clima suave que produce la cercanía del mar, conocieron el paso rápido del coche del Caudillo. Franco, aprovechando su estancia en Meirás, en el corazón de una comarca campesina y marinera, quiso ver con sus propios ojos los resultados que se habían obtenido en las explotaciones agrarias creadas, poco más de un año atrás, bajo el patrocinio del Ministerio de Agricultura y la Organización Sindical.

De momento son cuatro las explotaciones de este tipo que se encuentran en pleno funcionamiento, y todas ellas fueron visitadas por el Jefe del Estado. Primeramente fué la de don José María Suárez, en el lugar de Bous, un pequeño caserío en la parroquia de Larín, situada en el Ayuntamiento de Arteijo.

Era sábado, y esa natural alegría que despierta la víspera del día festivo —aunque sea tan pasajera como nos la hizo ver Leopoldo— se crecía con la visita de Franco. Los niños del lugar, los «Pepiños» y las «Maruxiñas» que hay en todos los rincones de Galicia, se amontonaban en torno a la propiedad agrícola del señor Suárez: en los corrales, a la entrada de los establos, en el patio de la casa; aquel día todas las

puertas estuvieron abiertas. Encaramados al gran hórreo había dos chiquillos haciendo equilibrios sensacionales para ver a toda aquella gente y no perder el menor detalle que contar a los de Lavín y otras parroquias cercanas.

Los prados de esta finca de Bous, con las nuevas semillas de hierba empleadas, han aumentado su producción casi en un 50 por 100. Y la calidad del forraje ha crecido en forma pareja a la de la producción. El Caudillo visitó los establos, limpios, perfectamente instalados, donde se alineaban ejemplares hermosos «Sout-Devon», procedentes de Inglaterra. Los silos y demás dependencias de la explotación de don José María Suárez causaron una impresión extraordinaria al Generalísimo. Franco conversó largo rato con el propietario acerca de todos los pormenores de la finca: hablaron de los híbridos del maíz, del rendimiento de los ganados, del regadío de los prados; nada pasó inadvertido a la mirada del Caudillo.

De Arteijo, y siempre por Bergantiños, sobre campos de trigo y maíz, la caravana, que seguía al Jefe del Estado y a los Ministros de Agricultura y Secretario General del Movimiento se acercó a la parroquia de Erbecedo, y en el lugar de Eutullo visitaron la finca de don José Pichel Calbelo. En esta rica zona de Coristanco, al lado de Carballo, la villa famosa por su buen pan de

trigo, los sembrados de cereales en la explotación del señor Pichel han experimentado, con arreglo a las nuevas técnicas, un notable incremento que en el futuro podrá ser mejorado de forma extraordinaria.

Ya dejado atrás la zona interior de Bergantiños, la caravana pasó el Ayuntamiento de Malpica para visitar en el lugar de Cargueda la finca del señor Veiga Garrido, de características semejantes a las anteriores, como las de toda esta región natural, exuberante de pastizales, campos de trigo, maíz y patatas, que la hacen una de las más ricas e interesantes de la provincia coruñesa.

De regreso al Pazo de Meirás, Franco visitó la propiedad de don Juan Fernández Zapata, en el Ayuntamiento de Sada, una finca que, como la mayor parte de las enclavadas en las Mariñas —Meirás también es tierra marinán—, poseen condiciones irremediables por la calidad de las tierras para multiplicar el producto de sus cosechas, siempre que se dejen a un lado los viejos prejuicios agrícolas, muy arraigados en los campesinos de toda la región, cuyo lema se basa en que cuando «los viejos» se gufan determinada práctica es que es la mejor.

Estas cuatro explotaciones visitadas por el Caudillo son las únicas que de momento se encuentran en plena actividad. Son pocas, pero hay que tener en

cuenta que con ellas se consigue establecer unos pequeños magisterios, ya que el agricultor, al observar el óptimo resultado que obtiene el vecino, tratarán de imitarle por todos los medios.

SIGNIFICADO DE LOS NUEVOS SISTEMAS

Ante los excelentes resultados obtenidos en estas cuatro explotaciones —que muy bien podríamos llamar «piloto»—, el Consejo de Ministros, reunido en Meirás el día 13 de septiembre, acordó elevar su número con diez unidades más.

El plan con arreglo al cual se enfocan las directrices que han de regir cada una de estas fincas es muy complicado, dada la gran variedad de la provincia coruñesa —como toda la de la región gallega en particular—, donde cada valle, cada ladra y cada ribera tiene sus peculiaridades. Las partes montañosas, con sus zonas abrigadas de los vientos o aquellas otras en que el norte y las heladas dejan sentir sus efectos, obligan a un planteo constante de los sistemas agrícolas. Por ello, aquí, la dirección del técnico es fundamental. Las Jefaturas Agronómicas son las que deben indicar con toda certeza la conveniencia de una u otra explotación.

De aquí que la ayuda estatal no se limite, como pudiera suponerse, a levantar instalaciones más o menos limpias y aireadas, sino que su principal finalidad ha de consistir en facilitar los medios técnicos —no sólo materiales, sino también teóricos— necesarios para transformar las prácticas que la rutina ha hecho imprescindibles. El técnico ha de hacer ver que un cultivo es más indicado que otro, que tal raza de ganados resulta, en ciertos casos, más apropiada que la de esas sufridas vacas del país, de nombres que se repiten por toda la geografía gallega: «Cuca», «Faboca», «Marela», «Rubia...», y que si muchas veces dan un resultado excelente, otras no son adecuadas al fin que se persigue.

La enorme cantidad de factores a sopesar en el momento de las realizaciones no han sido inconveniente para que, en el transcurso de un año, fecha a que se crearan las primeras explotaciones, los beneficios percibidos hayan superado todos los pronósticos.

Anteriormente hemos apuntado algunos datos, pues bien, puede asegurarse con toda exactitud, que los pastizales —comunemente bastante productivos y naturales en la región— creados artificialmente cuadruplican la producción de los prados naturales del país al mismo tiempo que mejoran de manera sensible la calidad del forraje. Pero dejemos paso a las cifras, que con su laconismo hablan mejor que un turbión de vocablos elogiosos; cada hectárea cultivada ha rendido más de 100.000 kilogramos de hierba.

Y si de los pastos pasamos a cereales y otros frutos, hay que mencionar la excelencia de los maíces híbridos ya extendidos por toda la región desde que la Misión Biológica pontevedresa hizo ver las proporciones y rendimientos de las gigantes espigas. Hoy, desde el Cantábrico a la

frontera portuguesa, el ciertamente jugoso maíz del país va siendo suplantado a pasos agigantados, por los nuevos híbridos. En las nuevas fincas familiares, este maíz de grandes proporciones es el que impera en todos los sembrados.

Es sabido que una de las muchas dificultades con que tropieza la agricultura gallega es la de lo reducido de los predios. Finca hay de media docena de metros cuadrados. De aquí que la utilización de ciertos medios mecánicos, como los tractores, esté vedada en la inmensa mayoría de las circunstancias. No obstante, en las ocasiones en que la relativa extensión de las fincas lo permite, comienzan a verse por los campos tractores y otros equipos de laboreo mecánico, con la secuela favorable que permite no utilizar el ganado en las duras faenas del tiro, evitándole una fatiga que tiene que redundar, forzosamente, en menoscabo de otros beneficios más naturales que del mismo puedan obtener.

Atención especial se ha dedicado a la mejora ganadera. A los beneficiarios de estas fincas protegidas se les han entregado, como primera medida en este sentido, 29 ejemplares de novillos «Sout-Devon», importados expresamente de la Gran Bretaña. Para suplantar a las típicas razas porcinas que generalmente se crían en la región gallega, la Estación Pecuaria de Lugo, en unión de la tan nombrada Misión Biológica pontevedresa, han proporcionado ocho parejas de cerdos «Large-White». La Estación Pecuaria de Gijón entregó diversos lotes de gallina «Rhode-Island». Naturalmente, en principio ha ocurrido la lógica etapa de aclimatación que hoy se ha superado totalmente, existiendo una demanda extraordinaria, en las abundantes ferias y mercados de la región, de las crías procedentes de estas explotaciones familiares, donde la técnica se ha puesto al servicio de unas magníficas condiciones naturales.

LA SOLUCION AL TRADICIONAL EMPIRISMO DEL CAMPESINO

Una de las características que más interesa destacar en las explotaciones coruñesas y en las que más adelante serán cortadas por el mismo patrón, es el aspecto humano del conjunto agrícola. Las viviendas y todos los accesorios están concebidos de tal forma que nunca excedan la medida que el hombre debe tener de las cosas. Los establos, silos, útiles, etc. se hallan en función del carácter eminentemente práctico que tienen las fincas. Todo ha sido objeto de minuciosas comprobaciones, de las cuales es reflejo el resultado positivo que se ha obtenido en un año muy escaso de actividad.

El futuro aparece despejado de toda duda. Aparte de las propiedades visitadas por el Caudillo, existen otras cuatro en zonas inmediatas que ya han comenzado a explotarse. Últimamente se ha acordado que en los Ayuntamientos de Cerceda, Laracha, Boimorto, Tordoya, Capela, La Baña, Santa Comba, Puentececeo, Mon-

fero y Mañón, se instalen nuevas explotaciones. Con ello la provincia coruñesa contará en todas sus regiones naturales, desde Ourega a la riquísima de Arzúa, a la Mahía, a Camaviñas, al valle del Eume, con fincas modelos que han de influir favorablemente en la transformación agrícola de Galicia.

Los municipios en que han de situarse las nuevas instalaciones son recorridos periódicamente por un equipo de técnicos dirigido por el ingeniero jefe de la Agronomía Provincial, don Angel Miguel Mainer Pascual. Sobre el terreno se estudian las peculiaridades de cada zona y más adelante, con arreglo a los mismos, se ejecutan los proyectos. Cada nueva finca constará de su casa vivienda con todos los accesorios higiénicos necesarios. Se instalarán un total de diez establos, 16 silos para grano y forraje, 10 cámaras simotérmicas para el estiércol, 10 cochiqueras, 10 gallineros, cuatro cobertizos, almacenes de maquinaria, redes de desagüe, etc.

El presupuesto inicial se aproxima a los tres millones de pesetas, de los cuales alrededor de 790.000 serán aportación, en calidad de subvenciones, del Instituto Nacional de Colonización y el Servicio Nacional del Trigo, a fondo perdido. Como préstamo a los beneficiarios, parte sin interés y parte al 3,75 por 100, se consignan más de 900.000 pesetas, pagaderas en un plazo variable, que llega hasta los quince años. Finalmente, 900.000 son aportadas por los respectivos propietarios, bien en metálico o bien en forma de prestaciones diversas: trabajo personal, acarreo, madera... El Servicio Nacional del Crédito Agrícola, por su parte, anticipa el 60 por 100 del valor de la maquinaria y el ganado que se adquiere.

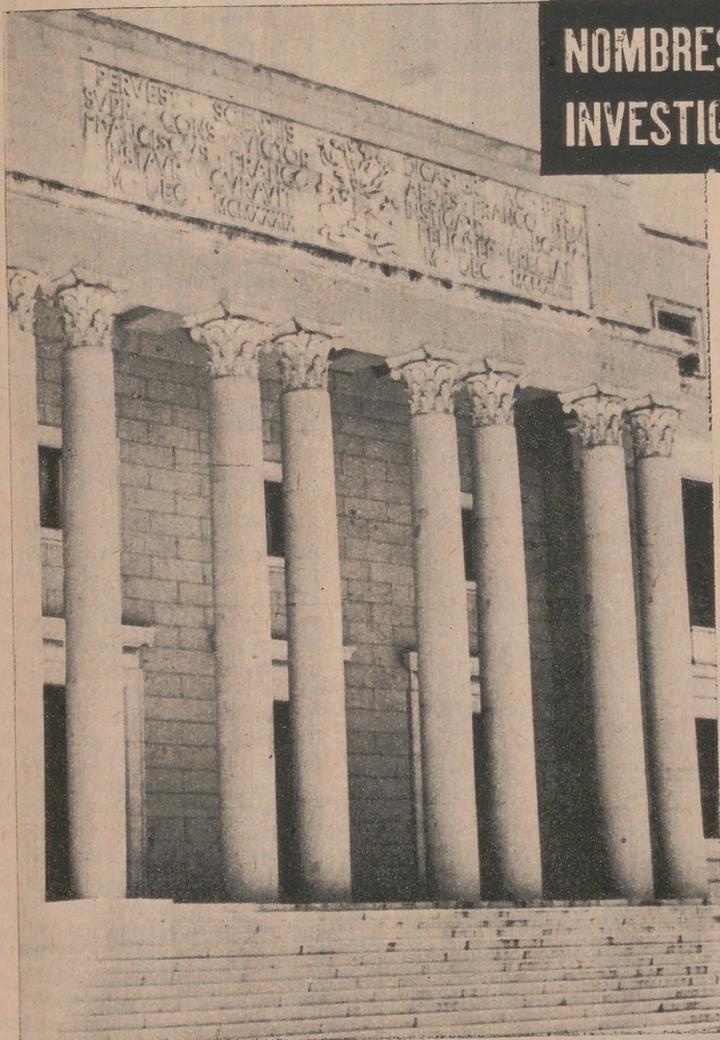
De acuerdo con las orientaciones expuestas, la organización sindical proporcióna, por su parte, efectivo apoyo a los agricultores a través de sus Hermandades y demás organismos relacionados con el campo. Los municipios, a su vez, están estudiando fórmulas a propósito para el fomento de las explotaciones.

En realidad existen numerosas probabilidades de ayuda, en una u otra forma, para cuantos agricultores deseen liberarse de la esclavitud y de la miseria a que podrían llevarles los viejos sistemas en una era completamente nueva. Hasta ahora las inigualables calidades humanas del campesino y su entrañable vinculación a la tierra se malograban en un esfuerzo agotador y escasamente productivo. Algunas soluciones ensayadas anteriormente o pecaban de inadecuación al medio o de excesos teóricos muy poco aptos para su aclimatación en ambiente tradicionalmente entregado a un estacionario empirismo. Las explotaciones agrarias familiares protegidas constituyen una solución práctica, concebida en función de circunstancias reales y con vistas a la obtención de inmediato rendimiento. Otra cosa no encajaría, ciertamente, en el marco de las consignas del Movimiento que siempre ha expresado su preocupación por los problemas del campesino en general.

LAS PROMOCIONES DE LA CIENCIA

NOMBRES NUEVOS DE LA INVESTIGACION ESPAÑOLA

AÑOS DE PAZ GANADOS PARA EL ESTUDIO



Este es el acceso al edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En sus Institutos y Patronatos un plantel de valiosos jóvenes realizan estudios de la mayor trascendencia

SERRANO, 117. Por la puerta, con prisas, pasa el trolebús, que se detiene en la parada, un poco más allá. El vehículo acaba de remontar las pendientes de esta calle madrileña, entre hoteles y residencias. Ahora, en la parada, ha bajado gran parte de los viajeros.

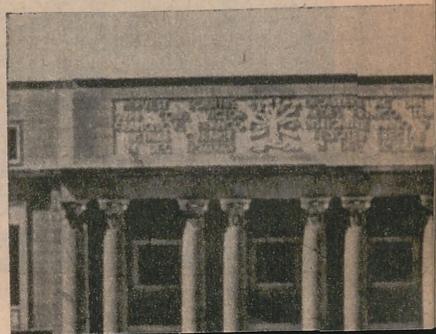
Es una mañana calurosa, con un recuerdo del reciente verano. Si sólo fuera por el sol, pudiera creerse que el universitario mes de octubre estaba todavía lejos. Las gentes que han bajado del trolebús, hombres y mujeres, llevan libros, cuadernos, notas, fichas, toda la herramienta del que estudia, del que investiga. El trolebús ha arrancado y se marcha ya, otra vez de prisa, hacia el final de Serrano. Los que se bajaron de él cruzan la calle y se dirigen hacia el número 117. Son gentes jóvenes. Quizá reparando en ellos pueda advertirse que ya no lo son tanto como para parecer estudiantes universitarios. Tienen cuatro o cinco años más que la edad que pudiera corresponderles en ese supuesto. Es-

tos hombres y mujeres han pasado por las aulas de la Universidad. Sus libros ya no son tratados generales sobre alguna importante materia, sino pequeñas y grandes monografías sobre diversas cuestiones, sobre alguna especialización elegida por ellos.

Cruzan la acera y trasponen la entrada del recinto. A poco, los ojos se ensanchan ante una inmensa plaza cerrada a la vista de los que pasan por la calle. En torno de aquélla, entre jardines, se asoman edificios modernos, de traza al mismo tiempo funcional y alegre. Aquí, de una manera real y oficial, está la Ciencia — con mayúscula —, la ciudad de la investigación española; esta es la sede central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ajustándose a la graduación oficial establecida dentro del Consejo, unos son investigadores, otros son colaboradores. Algunas figuras serán quienes dirijan la vida de cada Instituto, de cada Patronato. Ahora, en el grupo formado inconscientemente en la

parada del trolebús, es imposible diferenciar las categorías. El grupo, anónimo para los profanos y conocido quizá en cualquier sitio del mundo, se disgrega lentamente. Unos toman los caminos de la izquierda, otros los de la derecha y algunos siguen adelante, atravesando la amplia plaza, al sol de esta mañana de septiembre. Dentro de unos minutos, todos estos hombres y mujeres habrán desaparecido detrás de unas puertas. En una biblioteca, en una sala de estudio o en un laboratorio, cada uno se clivará de la alegría de este verano y pondrá manos a la obra a una



tarea de meses o de años, que se resumirá después en monografías, en comunicaciones científicas o en un artículo de una revista especializada.

De tiempo en tiempo, alguno de ellos falta a su centro de estudio. No, no es enfermedad ni simplemente vacaciones. En algún lugar de Europa, de América o de cualquier otro continente, se ha reunido un Congreso de su especialidad o hay un cursillo interesante o una nueva técnica. El hombre o la mujer del Consejo vuelve de allí con un nuevo bagaje científico, pero también ha dejado en esas tierras un rastro de su presencia. Para otros técnicos que conocían su nombre a través de publicaciones científicas, significó el intercambio de ideas y trabajos.

DEL MICROSCOPIO A LA TIERRA

Año 1939. La guerra ha terminado y hay que empezar a construir la paz. Con esta consigna, y como una apremiante necesidad, surge el imperativo de renovar y mejorar la Ciencia española. Apenas ha transcurrido medio año desde el último parte de guerra cuando una ley del nuevo Estado crea el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Lo que hoy, repartidos por toda España, son los centros de estudio e investigación, comenzó a crearse entonces; no se puede hablar de la tarea de un momento, de un esfuerzo pasajero. Los hombres que se forman en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, las publicaciones y trabajos que brotan de las instituciones del Consejo, no son obra de un día.

Se quiso concentrar todas las manifestaciones de la Ciencia española, pero sin que esta medida significara una restricción de la

libertad científica, sino una manera de unificar y proporcionar cohesión a múltiples actividades. Allí quedaron integrados miembros de las Universidades, de las Reales Academias y Escuelas Superiores de Ingeniería, dignidades eclesiásticas que habían estudiado con profundidad las Ciencias Sagradas, la industria o la investigación privada.

Cuando se quiso pensar en el trabajo que era preciso realizar, no fueron cortas las miras, porque los hombres del C. S. I. C. nunca pensaron en restaurar, sino en remontar siempre los defectos de lo viejo. Muchos aspectos de la Ciencia española de hoy eran entonces completamente vírgenes para nuestra investigación al comenzar las tareas del Consejo. El estudio de la óptica científica, por ejemplo, comienza con los trabajos de los investigadores del Instituto «Daza de Valdés». El conocimiento sistemático de los suelos españoles se inicia con las investigaciones edafológicas, que tienen lugar en 1940, en una sección del Instituto de Química «Alonso Barba» transformada en 1942 en Instituto de Edafología.

Y como éstos hay muchos ejemplos que patentizan el esfuerzo de los hombres del C. S. I. C. La institución, que goza de una personalidad propia y autónoma, es hoy una potente estructura con libertad para elegir sus propios miembros, crear nuevos Institutos y extender o variar la organización de sus Patronatos.

El Consejo tiene ocho Patronatos, en donde se agrupa, bajo la advocación de las mejores figuras de la Ciencia española, un conjunto de 135 Institutos y Centros investigadores. Las materias que se estudian corresponden a las tres amplias ramas del saber humano: el espíritu, la vida y la materia.

Pero la tarea no se halla con-

cluida con la creación de Centros investigadores. Hacen falta hombres que se formen en ellos y que salgan de allí a los Congresos de todo el mundo, a las Sociedades científicas y a cualquier lugar donde la Ciencia trabaje por los hombres. Con este propósito se crean las plazas de colaboradores y de investigadores. De esos puestos que han ido cubriendo los valores de nuestra Universidad, los hombres que ahora trabajan en el C. S. I. C., los que han abandonado ya sus Institutos y Patronatos para ocupar altas categorías, proceden de esos puestos.

Y ahora he aquí a los hombres, sólo unos ejemplos, porque se cuentan por centenares las figuras salidas del Consejo. Los años de paz y de estudio han logrado el milagro de estos hombres.

EL LAUREL DEL TRIUNFO

Cerca del gran cilindro que forma la torre de la iglesia del Espíritu Santo está el Instituto «Daza de Valdés», de Óptica, del Patronato «Juan de la Cierva». Es un ancho edificio que se asoma desde lejos a la plaza abierta de la sede central del Consejo. Ante la entrada hay dos rectángulos verdes y grandes que forman un jardín flanqueado de árboles. Entre los dos cuadros ha pasado muchas veces Leonardo Villena Pardo, una figura, joven todavía, salida del Consejo.

Cuando la guerra concluye, comienza para este hombre la lucha por la investigación. Su historia está jalonada de partes oficiales que aquí se convierten en títulos, diplomas y premios.

Y claro, primero, como todos los hombres del Consejo, la Universidad. Allí, la licenciatura en Ciencias Fisicomatemáticas y el Premio Extraordinario de 1942. Antes y después del Premio, Leonardo Villena Pardo tiene otras tareas, porque a hombres como él les necesitan en todos los sitios. Durante dos años, exactamente los que median entre 1941 y el que sigue al de la obtención del Premio Extraordinario, Villena trabaja como ayudante de Termodinámica en la Universidad de Madrid.

Son los años de los primeros triunfos del investigador que está comenzando a hacerse notar. Llegan con ellos los viajes de estudios y las ampliaciones de determinadas materias. Ahora hay que ir a Munich, a la Escuela Técnica Superior, y cuando concluye su pensionado, con el regreso a Madrid, espera el Consejo. De 1942 a 1943, Leonardo Villena es becario de la Institución de la calle de Serrano. El joven investigador ha empezado a publicar sus trabajos. Una monografía de 300 páginas y un artículo, ambos sobre la fotoelasticidad.



Las actividades del C. S. I. C. se extienden por todo el país

son los rastros que sus investigaciones dejaron en 1943.

Después, dentro y fuera del Consejo, porque las actividades de estos investigadores no se encierran nunca tras torres de marfil, siguen los avances y, naturalmente, los éxitos. Durante tres años, Leonardo Villena es ayudante de la Sección del Instituto Técnico de la Construcción; pero al mismo tiempo estos trabajos no le absorben toda su capacidad de trabajo. Es precisamente en esa época, entre 1943 y 1946, cuando desempeña también la jefatura de la Sección de Física del Laboratorio Central de Ensayo de Materiales.

Siguen, multiplicadas cada año, las distintas publicaciones. La fotoelasticidad es en buena parte el objeto de ellos; pero otros temarios, como el de la resistencia de materiales, son el centro de sus investigaciones.

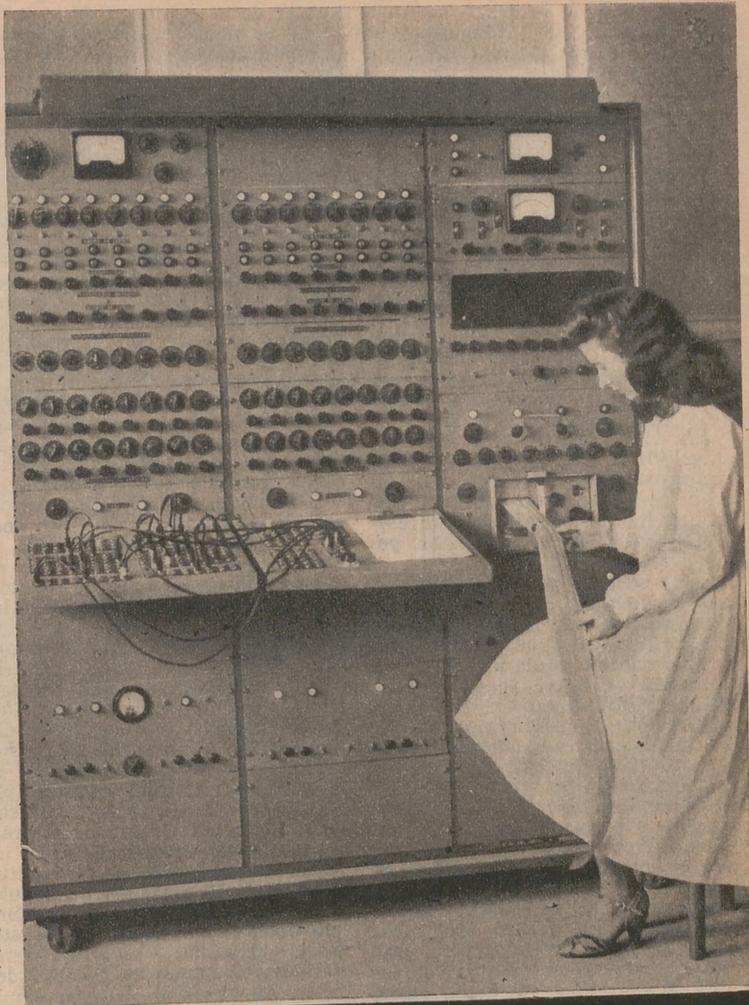
Leonardo Villena Pardo, licenciado, se convierte en doctor en Ciencias Físicas por la Universidad de Madrid. Sucede todo en una etapa de intenso trabajo en 1944 y, naturalmente, sigue la racha de éxitos, porque Villena consigue en el doctorado el Premio Extraordinario.

A medida que pasan los años y crece el prestigio, se ensancha su círculo de actividades. Leonardo Villena pasa a formar parte del profesorado de la Academia Militar de Ingenieros Aeronáuticos. Son seis años, los que median entre 1944 y 1950, dedicados, solamente en parte, pero de una manera intensa, a la enseñanza.

Entretanto, y como siempre llegan los premios, los nombramientos y todo el vario sistema de reconocimiento de un valor. Desde 1946 a 1949 es colaborador científico del Consejo, y entre 1948 y 1952, secretario del Instituto de Óptica. Después de obtener el Premio de la Sección de Física en el Concurso del Centenario de la Real Academia de Ciencias, Leonardo Villena Pardo recoge éxitos al otro lado del Atlántico. Es pensionado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, durante los años 1950 y 1951, y se le nombra miembro del American Institute of Physics en 1950.

En 1953 concluye su presidencia de la Asociación Nacional de Físicos de España, que venía ostentando desde hacía cuatro años, y es también entonces cuando acude en visita de información al National Physical Laboratory de Teddington, y más tarde al Physikalische Technische Bundesanstalt, de Braunschweig; en ambos viajes fué pensionado por el C. S. I. C. Cuando llega 1954 es nombrado representante de España en la VIII Asamblea general de Física. Hoy es jefe de Sección del Instituto de Óptica, bibliotecario del mismo Instituto desde 1948, secretario del Comité Español de Física Pura y Aplicada, secretario del Consejo Nacional de Física y secretario del Grupo de Trabajo de Ciencias Exactas y Naturales en la Comisión Nacional de Cooperación con la U. N. E. S. C. O.

La historia de este hombre, cargado de éxitos y de distinciones, no se ha detenido; mañana serán más los títulos que con-



Analizador Diferencial Electrónico, construido en el Instituto de Electricidad del C. S. I. C.

firmarán su ciencia y la valía de sus trabajos ante los ojos de los investigadores del mundo entero.

EL HOMBRE QUE ENSEÑA A LOS MAESTROS

Es la hora de la sobremesa, pero septiembre toca a su fin, y con él llegan los exámenes. José Fernández Huerta, doctor en Filosofía y Letras, tiene por esa razón mucho trabajo, porque a él acuden los alumnos que preparan trabajos, los que se disponen a concluir la carrera.

En el despacho, con un aire de sala de estar, este pedagogo que explica Didáctica General y Didáctica Especial en la Universidad de Madrid, habla de sus cosas, de su mundo, que gira en torno del Instituto «San José de Calasanz», del Patronato «Raimundo Lullio» del C. S. I. C.

Para él, esa obra de misericordia que se hace realidad enseñando al que no sabe, es la consigna de su vida. El José Fernández Huerta, enseña a enseñar y, sobre todo, a saber tomarle el pulso al que ha aprendido. El pedagogo ha estudiado a fondo la cuestión de los exámenes.

El examen universitario perfecto no debe ser único. Es necesario profundizar y llegar a conocer no sólo lo que el alumno haya aprendido, sino sus propias dotes personales. Para lo primero, el «test» de muchas preguntas suele dar

buenos resultados. Existen también otros tipos de exámenes; él cita uno que aparenta ser sencillo y luego, en la práctica, resulta difícilísimo. Consiste en que el alumno prepare un tema cualquiera del programa en su casa y luego lo desarrolle ante el examinador. En general, los nuevos sistemas pueden venir completos con las formas tradicionales de exámenes orales y escritos.

A José Fernández Huerta, que habla despaciosamente, siempre enseñando algo nuevo, se le escapan, casi sin querer, las referencias a la obra en que trabaja, otra tarea de envergadura, porque todos estos hombres salidos del Consejo maduran siempre una gran obra.

—En la actualidad preparo un trabajo sobre la enseñanza individualizada, que evitará pérdidas de tiempo a los educadores. Mi lema es que no existen, aun en la clase más homogénea, dos alumnos iguales; todos tienen algo que les diferencia del resto. Con las fichas que se elaborarán en los próximos años, podrán salvarse estos inconvenientes que el profesor encuentra en la actualidad al tener que dirigir su explicación a un supuesto «alumno promedio».

—¿Qué misión cumplen las fichas?

—Contienen una serie de interrogantes, de acuerdo con la edad y las diversas materias. Las fi-

chas se hallan escalonadas, y, de esta manera, el profesor, sin más que someter estas preguntas al alumno, puede tener en cada momento una idea exacta del período de formación por el que atraviesa. Si contesta satisfactoriamente a las preguntas de una ficha, se le someten las cuestiones de la inmediata superior, y así, hasta llegar al tope en que el alumno se ve imposibilitado de responder. Ese límite señalará también el de su capacidad en aquel momento dado.

—¿Cuánto tiempo invertirá en la preparación de estas fichas?

—Calcule que aún me quedan cinco años de trabajos para tener mi obra acabada. Solamente entre la edad de los cuatro a los seis años se necesitan 20.000 fichas, y entre los seis a los catorce, unas 50.000, aproximadamente.

José Fernández Huerta tiene un hijo de once años, sobre el que nunca ha pretendido aplicar personalmente sus experiencias pedagógicas.

—Yo siempre cedo ese campo a sus profesores, porque considero que importa más que el niño no pierda la fe en ellos. Si acaso, un simple consejo a algún profesor...

Aparte de este trabajo general, este investigador se dedica a la confección de numerosos «tests» de enseñanza, a perfeccionar de una manera práctica los diversos sistemas docentes.

Cerca, en la puerta, suena el timbre, y a poco entran en el despacho tres muchachas; ya casi son licenciadas, y acuden ante su maestro para que éste juzgue unos trabajos que presentarán en los exámenes dentro de pocos días. José Fernández Huerta, tras los cristales ligeramente coloreados de sus gafas, ha dicho adiós, para volver otra vez a su despacho y enfrentarse con «tests», con programas pedagógicos y con los libros que se apilan en la mesa o se ordenan en los estantes.

BAJO EL «GENIO DEL NUMERO»

Si existiera un mapa de España en donde, provincia por provincia, se asignara un espacio a cada investigador, habría que dejar, junto a Sevilla, un gran espacio para colocar el nombre de Rafael Pérez Alvarez-Ossorio, un andaluz que conoce a la perfección ese mundo difícil de las valencias, los enlaces, las cadenas y todo el complejo misterio de la Química Orgánica.

Y ahora, como siempre que se

hable de estos hombres hay que hablar de la juventud de su vida y de la madurez de su ciencia, porque Rafael Pérez Alvarez-Ossorio tiene solamente treinta y seis años, al fin y al cabo, un pequeño espacio de tiempo en la investigación. Pero treinta y seis años son muchos cuando se aprovechan, y hoy, este joven investigador ha dejado de ser eso que se llama una promesa para convertirse en una entera realidad, con la que es preciso contar en la Química Orgánica. Las páginas de las revistas especializadas de muchos países han visto su nombre impreso con frecuencia; ahí está, como ejemplo, ese «Journal of the Chemical Society», en el que Rafael Pérez Alvarez-Ossorio, en colaboración unas veces con españoles y otras con extranjeros, han expuesto algunos de sus mejores trabajos.

Y también, como tantos otros, este investigador es doctor, doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Madrid. Ahora desempeña la Jefatura de Sección del Departamento de Química Orgánica del C. S. I. C.

La larga lista de publicaciones de Rafael Pérez Alvarez-Ossorio se llena de nombres que parecen imposibles y de palabras difíciles de pronunciar para el profano. Pero eso no importa; luego de sus estudios sobre el mecanismo de la tautometría, sobre la prototropía y sobre tantos otros recovecos de la Química Orgánica, saldrán las realidades industriales que llegarán a todos. Allí, en el Instituto «Alonso Barba», del Patronato «Juan de la Cierva», este hombre que ostenta el puesto de investigador científico seguirá, como siempre, trabajando hacia adelante, en busca de nuevos caminos.

Y en la ruta andaluza hay también el nombre importante de otra figura salida del C. S. I. C., Francisco Azorín Poch, un malagueño que cumple este año los cuarenta y tres de edad. Es un colaborador científico del Instituto de Investigaciones Estadísticas (Patronato «Alfonso el Sabio»), pero sus actividades científicas desbordan por completo los límites nacionales. Este hombre, que ha dedicado su vida al estudio de la Estadística, es simplemente un científico vencedor en todos los exámenes. Tras un doctorado por la Universidad de Madrid en Ciencias Matemáticas con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario, Francisco Azorín comienza a hacer sonar su nom-

bre en todos los centros estadísticos del mundo.

Ha sido becario del British Council Visiting Research Worker, en el laboratorio de Estadística Matemática de la Universidad de Cambridge y también en el Seminario de Estudios Superiores de Muestreo Estadístico de la Universidad de Estocolmo. En España ha obtenido también becas, como la del Instituto de Ampliación de Estudio e Investigación Industrial, y la del Instituto «San José de Calasanz».

Cuando pasan los años, Francisco Azorín deja de ser un becario destacado para convertirse en un miembro importante de muchas Asociaciones científicas. Ya es miembro de la Junta Constituyente de la Sociedad Española de Estadística y del Institute of Mathematical Statistics. Tras estos títulos, quedan las actividades docentes. Durante los tres años que precedieron a la creación de la Escuela de Estadística de la Universidad de Madrid, Francisco Azorín es profesor de los cursos de esta ciencia y sus aplicaciones. Ha sido también profesor ayudante de clases prácticas en la Sección de Exactas de la Facultad de Ciencias.

En 1955 llega la revalidación internacional de sus méritos. En la Misión de Asistencia Técnica de la Unesco, Francisco Azorín se convierte en profesor de Muestreo Estadístico de la Universidad Central de Venezuela.

Todo este largo camino de esfuerzo y de investigación está jalado de conferencias y trabajos, de los que buena parte corresponden a su labor como funcionario del Instituto Nacional de Estadística.

Francisco Azorín Poch es ahora un español que ha conseguido para su Patria un puesto relevante en la ciencia estadística. El lema «numen numerus» («genio del número»), que figura como símbolo de la estadística oficial española convendría muy bien a la figura de este colaborador científico del C. S. I. C.

MUY ARRIBA EN EL TIEMPO

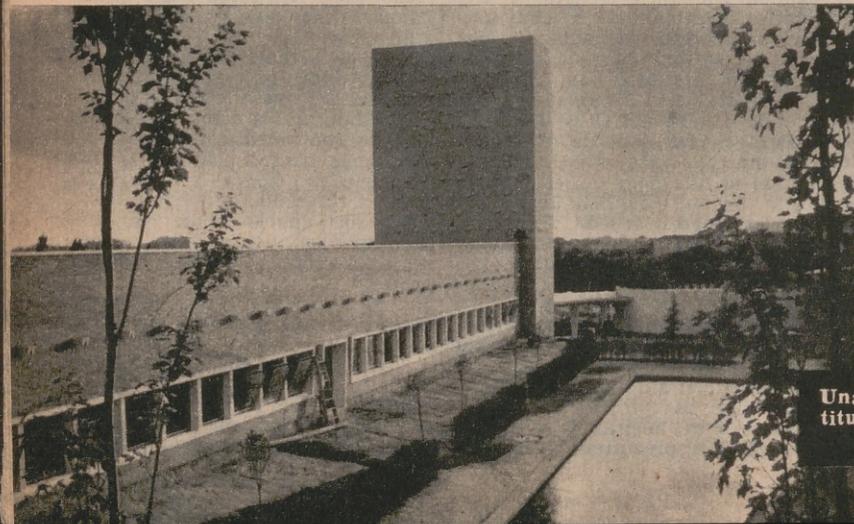
Hay luz de domingo en la calle. Arriba, en la altura de un quinto piso, está el domicilio de Emilio Sáez Santos. Desde allí, los tranvías parecen cambiar de forma y hacerse más panzudos.

Al mismo tiempo, la altura marca más la distancia. Todo llega muy apagado, como si los ruidos callejeros se cansaran de subir, porque para ellos no existe el ascensor.

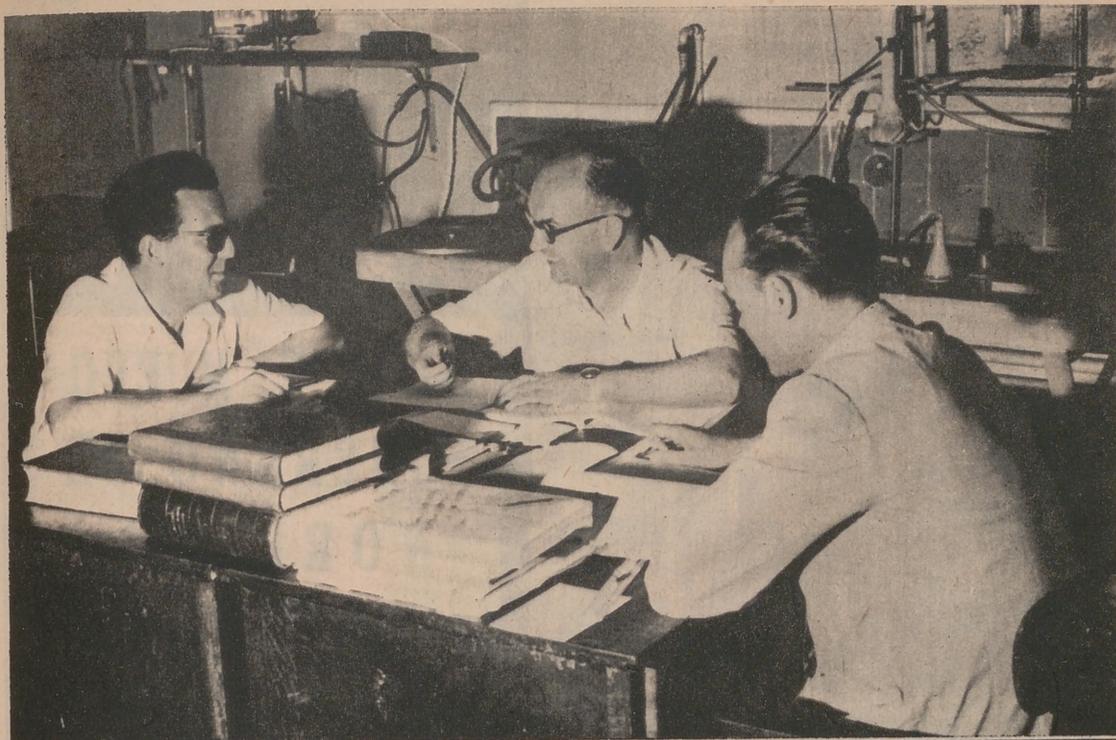
En la casa, grande y nueva, del investigador no se oye ruido de voces. Emilio Sáez Sánchez está solo; él mismo ha abierto la puerta, porque su familia veranea aún. Sí, es domingo, y él acaba de volver de misa de doce.

—Yo me he dedicado a las investigaciones sobre el reino de León en la Alta Edad Media, porque considero que, en lo que se refiere a aquella época, es quizá el Estado medieval menos estudiado.

Ahora, el humo de su cigarrillo trepa por los estantes de libros



Una de las naves del edificio del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento



Grupo de jóvenes investigadores en la sección de plásticos

hasta los gruesos diccionarios o las eruditas monografías.

—¿Por qué le atrae precisamente esa época de la Edad Media?

—Es muy poco conocida, quizá por las dificultades que se derivan de su estudio. Hace falta saber Historia y Latín; es preciso, además, dominar la difícil paleografía de la época. Todos estos inconvenientes se presentan notablemente disminuidos en el estudio de otros períodos de la Edad Media —Y ahora añade—: lo difícil siempre atrae.

Emilio Sáez, frente ancha y ojos un poco cansados, es, como todos estos hombres salidos del Consejo, una figura todavía joven, porque cuarenta años no son muchos en una vida dedicada a la investigación. Este hombre que viniera de la murciana Caravaca no ha renunciado jamás a su vocación.

—Al margen de mis actividades en la Escuela de Estudios Medievales, del Patronato «Marcelino Menéndez y Pelayo», me he ocupado recientemente en un estudio que me fué solicitado por el Gobernador Civil de Segovia. En colaboración unas veces y solo otras he redactado varios volúmenes sobre la historia medieval de Sepúlveda. Ahora, si la Diputación Provincial sigue dispuesta a ello, continuaré mi tarea con otras zonas segovianas.

Pero Emilio Sáez se entusiasma cuando habla de su trabajo en el C. S. I. C., en esa obra de romanos que será la edición de todos los documentos de los reinos occidentales de la Reconquista hasta el año 1065. El piensa que invertirá de unos diez a quince años en los trabajos, que concluirán con los veintiocho volúmenes previstos para la obra.

*Tres licenciadas en Filosofía y Letras son sus auxiliares en estos trabajos. Bajo su dirección, ellas

comprueban muchos datos, repasan las fichas y Emilio Sáez Sánchez es también quien las ayuda luego y orienta constantemente en la redacción de sus tesis doctorales. Y es buena ayuda la de este colaborador científico del C. S. I. C., porque Emilio Sáez Sánchez es un hombre que ha hurgado a fondo en las entrañas de los siglos lejanos para sacar a la superficie datos extraños y desconocidos, con los que luego realiza trabajos tan curiosos como aquel que se ocupada del coste de la vida en Galicia de la Alta Edad Media.

Este hombre, que conoce tantos archivos, fué pensionado por el C. S. I. C. para estudiar en los archivos de Portugal los documentos de los Reyes asturleonenses.

EL LIBRO POR EL LIBRO

José Simón Díaz es un madrileño ligado a las cosas de Logroño, a los hechos e historias de la vieja ciudad castellana. José Simón Díaz es un hombre joven, porque sólo tiene treinta y siete años. El, como tantas figuras salidas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es un portador de éxitos. Su historia, todavía corta, está repleta de títulos conseguidos en una larga serie que alcanza su primer punto importante cuando José Simón Díaz se convierte en doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid.

Después, casi de la mano, llegan los nombramientos y las distinciones que acompañan siempre a los hombres del Consejo. José Simón Díaz, el hombre que domina la Bibliografía, la ciencia del libro por el libro, es el director de las «Monografías Bibliográficas», jefe de la Sección de Bibliografía Literaria Española

del Instituto «Miguel de Cervantes».

Madrid y Logroño se unen en sus trabajos, porque ha sido secretario de los dos Institutos de Estudios, el madrileño y el riojano, al mismo tiempo que secretario de la Colección de Índices de Publicaciones Periódicas y de la Sección de Lengua y Literatura y de Lingüística de la Universidad internacional «Menéndez y Pelayo», de Santander.

Y en la larga lista que nunca se acaba, que siempre aparece incompleta, porque quedan muchos nombres y muchas figuras, aparece ahora un médico, Alberto Solís García, que, con la categoría de colaborador científico, se halla adscrito al Instituto Español de Fisiología y Bioquímica (Patronato «Santiago Ramón y Cajal»). Este alicantino, doctorado en 1946, en Madrid, ha aprendido y se ha dado a conocer en muchos centros científicos del mundo. Tras ser durante cuatro años profesor adjunto de Fisiología en Barcelona, marcha pensionado en 1950 por el C. S. I. C. al Departamento de Bioquímica de la Universidad de Oxford, y en 1951, al Departamento de Bioquímica de la Universidad de Washington (St. Louis, Missouri). Los tres años siguientes esta misma Universidad es la que le pensiona, en sustitución del C. S. I. C.

Entre los cargos que ahora desempeña figura la jefatura de la Sección de Enzimología del Instituto Español de Fisiología y Bioquímica y secretario del Comité Nacional de la Unión Internacional de Bioquímica.

Y así seguirían los nombres, los premios, las figuras salidas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A su amparo, la ciencia española ha abierto nuevas rutas ante los ojos del mundo.

Guillermo SOLANA



AÑOS DIFÍCILES EN EL REINADO DE HAAKON VII

OLAF V, NUEVO SOBERANO DE NORUEGA

UN HOGAR UNIDO EN EL PALACIO DE OSLO

UNO de los dirigentes del partido laborista noruego hizo años atrás este comentario sobre el Rey Haakon VII:

—Yo, políticamente, he sido republicano toda mi vida; pero creo que si se introdujera la República en Noruega, Haakon debería ocupar la Presidencia a perpetuidad.

Esta opinión prueba gráficamente la popularidad que el Rey fallecido había ganado. A pesar de haber nacido príncipe danés, y aunque su gestión en el Trono se limitaba a presidir el Consejo de Ministros de una nación con pronunciado régimen parlamentario, a inaugurar y clausurar las sesiones del Parlamento y, en general, a representar oficialmente al Estado y a los ciudadanos, Haakon VII era todo un símbolo viviente de su país adoptivo.

Ahora, al fallecimiento del primer Monarca de la Noruega contemporánea, le ha sucedido automáticamente en el Trono su hijo Olaf, que será coronado oficialmente, después de un período de luto, con el nombre de Olaf V. Nacido en Copenhague el 7 de julio de 1903, a sus cincuenta y cuatro años de edad acaba de prestar el juramento constitucional para asumir las prerrogativas reales. Las relaciones entre el Soberano desaparecido y su hijo fueron siempre presididas por una completa inteligencia y armonía. Cuando allá por el año 1924, Haakon se dirigía al país con motivo de la mayoría de edad del heredero, afirmaba con sinceridad:

—Durante su infancia y su adolescencia, el príncipe Olaf no me ha dado un solo día de tristeza o de inquietud.

Si algún rasgo define el carácter de la familia reinante noruega es la perfecta unión entre todos sus miembros. En esta at-

mósfera de acuerdo y de comprensión, padres e hijos han vivido en el severo Palacio de Oslo y en las acogedoras residencias de Bygdoy y Kongsseteren, desde que Haakon y la princesa Maud fueron llamados en 1905 para empuñar el cetro de Noruega. Un matrimonio éste joven y feliz, que nunca habría soñado en ocupar un Trono sin los acontecimientos políticos que se iban desarrollando en la península escandinava.

Cuando el 22 de julio de 1896 el romántico príncipe Haakon —entonces Carlos de Dinamarca— contraía matrimonio con la princesa Maud de Gran Bretaña y de Irlanda, en la capilla de Buckingham, tanto el novio como la novia sólo pensaban en fundar una familia bien avenida. Pero el destino les llamaba para otras tareas e inquietudes.

EN BRAZOS DE HAAKON. UN NIÑO DE DOS AÑOS

Hay que remontarse al mes de enero de 1814 para hallar la clave de los acontecimientos políticos que decidirían el futuro de Noruega. Es, entonces, cuando el Rey de Dinamarca se ve obligado a ceder sus derechos sobre el país noruego en favor del Monarca sueco. Se produce así la unión de Noruega y Suecia.

El país acepta esa solución a regañadientes. Dentro de esa unidad política, Noruega conservaba un Parlamento propio, un Consejo ministerial propio y su Administración de justicia, de las finanzas y militar. De acuerdo con los términos de esa unión, ambos países tenían un Rey común

y una política exterior también común.

Pero durante todo el siglo XIX, Noruega no cesa en sus intentos para introducir reformas en los vínculos que la ligaban a Suecia. Se agudiza el problema al desarrollarse un movimiento noruego para establecer un servicio consular independiente, respaldado por razones de orden práctico derivadas de la diferencia de intereses comerciales y navieros de ambos países. El Gobierno sueco responde a esas pretensiones friamente y la situación se agrava.

Noruega no se ablanda, y su Parlamento aprueba un proyecto de ley para crear un servicio consular propio. El Rey sueco no se aviene a sancionar el texto legal, y el Gabinete noruego presenta su dimisión. Cuantas tentativas



El Rey Haakon, llevando en brazos al príncipe heredero Olaf, es recibido por el primer ministro Christian Michelson al llegar a Noruega en 1905

se hacen para constituir otro Gobierno fracasan una y otra vez.

En esta situación, el Parlamento de Noruega decide arrojar todas sus cartas sobre el tapete, y el 7 de junio de 1905 adopta una resolución tajante: «La unión con Suecia bajo un Rey común queda disuelta en razón a haber cesado el Rey en sus funciones como Monarca de Noruega.

La reacción sueca es fuerte y se abren negociaciones secretas para tratar de soldar dos Reinos irremisiblemente desgajados. Durante algún tiempo las relaciones son extremadamente tirantes y hasta se habla de una guerra. Un plebiscito aprueba la separación por 368,208 votos favorables contra 184. Sin embargo, las opiniones son muy diversas en cuanto a la forma de gobierno que debería adoptarse. Poco a poco se impone el criterio del Gobierno y de la mayoría del Storting —del Parlamento—, que se pronuncian por el régimen monárquico.

Aceptada por Suecia la separación, se ofrece entonces la Corona al príncipe dinamarqués Carl, que acababa de cumplir los treinta y tres años. Tras una consulta popular, el príncipe acepta la dignidad real y adopta el nombre de Haakon VII. El 25 de noviembre de 1905 entra en Oslo, que se llamaba aún Cristianía. Junto a él va la Reina Maud, hija del Rey británico Eduardo VII. En los brazos del nuevo Soberano noruego, un niño de dos años de edad, envuelto en largos pañales blancos, bautizado con los nombres de Alexander Edward Christian Frederik. Por su condición de presunto heredero, sería dado a conocer al país con el título de príncipe Olaf, de tradición en el árbol genealógico de los Monarcas noruegos.

El nuevo Rey hacía suya entonces una sencilla divisa: «Todo por Noruega», y al país declaraba modestamente: «Se trata tan sólo del comienzo de una jornada.»

Desde aquel día, Haakon VII de Noruega inició sus incansables jornadas de trabajo para ganarse el aprecio del país, entregándose a la tarea de lograr la prosperidad de Noruega.

UN HOGAR EN EL PALACIO DE OSLO

Para el matrimonio real, uno de los primeros problemas a resolver es rehacer su hogar en la fría arquitectura del Palacio de Oslo. Educado Haakon en la austeridad y en la disciplina de su familia, compuesta de ocho hermanos, busca ante todo la modestia y la sencillez. Son estas cualidades que había aprendido durante sus años mozos, al servicio de la Armada danesa, embarcado en la fragata «Jylland». Allí se había familiarizado con el tradicional guiso de cerdo con patatas, con la dureza de la vida del mar y con el método y el orden de a bordo.

El Rey y la Reina se rodean de una Corte tan reducida, que es más bien un símbolo; las ceremonias protocolarias se restringen al máximo. Los dos, de acuerdo siempre, se afanan por crear



El Rey Haakon y la Reina Maud en la época de su coronación, en 1906

un hogar acogedor, incrustado en las vastas dependencias del Palacio de Oslo. Escogen muebles cómodos y sin pretensiones, y ni un solo cuadro es colocado sin el previo visto bueno del matrimonio. A los almuerzos asisten varios dignatarios, pero las cenas se hacen en privado: los Reyes mano a mano. Cuando el príncipe Olaf cumple los seis años, se sienta también a la mesa.

Cada mañana, la Reina decide los platos que han de servirse. Ella tiene preferencia por las chuletas de cordero, y el Monarca, por los pasteles al gusto danés. De la cocina de Palacio se extiende a todo el país la receta del «pudding a la Bygdoy», servido con crema, que no se tarda en calificar como el «pudding» de frutas más sabroso del mundo. La

receta ha sido ideada y perfeccionada por los Soberanos.

Después de la cena, los Reyes escuchan un concierto de música inglesa o noruega. Y siempre que tiene oportunidad, Haakon se enfrasca en la ardua tarea de ensamblar las piezas de un «puzlé».

La sencillez en el trato y en las costumbres contribuye a la popularidad del Rey. Visitando una aldea del Norte, se le acerca un marinero:

—¿Su Majestad se embarcará conmigo el próximo verano para navegar por el Artico?

—Haré lo posible para arreglarlo.

—¿Es eso una promesa?

El Rey sonríe:



El Monarca noruego, acompañado de su hijo Olaf, fotografiados en campaña durante la última guerra



El príncipe Olaf y la princesa Marta

—Ya sabe usted que la palabra de un Rey no tiene mucho valor en estos tiempos.

Con ocasión de otro viaje por el país, una joven se acerca al Rey para retratarle. Tras repetidos intentos, parece que ella no logra su propósito, debido a la gran estatura del Monarca.

—Usted es demasiado alto—dice la joven.

—Hay una solución: intente sacarme en dos partes.

EL PRINCIPE OLAF, EXPERTO DEPORTISTA

Junto a las obligaciones impuestas por la Corona, Haakon se reserva una a la que dedica también sus mayores desvelos: la educación del príncipe Olaf. Las primeras enseñanzas las recibe éste en privado, y cuando tiene la edad reglamentaria es enviado a una escuela pública. Todas las tardes, el padre toma la lección puntualmente al príncipe heredero.

Para que Olaf pudiera tener contacto más frecuente con sus compañeros de estudios, se habilita en Palacio un bien dotado gimnasio, y a él acuden los amigos del príncipe. El tiene plena libertad de invitar a cuantos compañeros quiera. Cuando cumple veintiún años, Olaf dice a su padre:

—Yo tengo que agradecer también el haberme permitido practicar muchos deportes, al mismo tiempo que podía trabar amistad con mis compañeros de

estudios, con mis profesores y con los padres de aquéllos.

El príncipe acababa de cumplir tres años cuando se calzó el primer par de esquís y empezó a practicar el patinaje en el jardín del Palacio. Después, sus preferencias fueron para la natación y las carreras de atletismo.

Pero no todo había de ser deporte en la vida del heredero de Noruega. Cumple los dieciocho años e ingresa en la Academia Militar, en el Arma de Infantería. Y al mismo tiempo ocupa ya un puesto, al lado del Rey, en las reuniones del Consejo de Ministros. Las responsabilidades políticas empiezan a ser familiares. Un alto en esas tareas lo constituye el año que pasa en Oxford estudiando Derecho Internacional. Entre lección y lección tiene tiempo para hacer sus primeras armas en el deporte de la navegación a vela. Tanta afición demuestra por esta actividad y tanta pericia, que en 1926 gana una de las regatas de Cowes y dos más en Hango. Es un auténtico «sportman», que lo mismo gana una prueba de patinaje, que una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Amsterdam.

El 21 de marzo de 1929 es la fecha de la boda del príncipe Olaf, que se casa con su prima, la princesa Marta de Suecia. Con este acontecimiento se abre una nueva era en la vida hogareña de la familia real noruega. Los Reyes ganan pronto el rango de abuelos; primero viene al mundo la princesa Ragnhild y luego la princesa Astrid. El príncipe Ha-

rald es el tercer descendiente del matrimonio. Siempre que Olaf y Marta tienen que ausentarse, son los abuelos quienes se hacen cargo de los pequeños; tantos son sus cuidados, que la madre no tiene nunca la menor observación que hacer al regreso. Únicamente al volver de un viaje se produce una controversia: al príncipe Harald le habían cortado la sedosa melena.

—Todo tiene arreglo; a su edad crece el pelo pronto—comenta la princesa Marta.

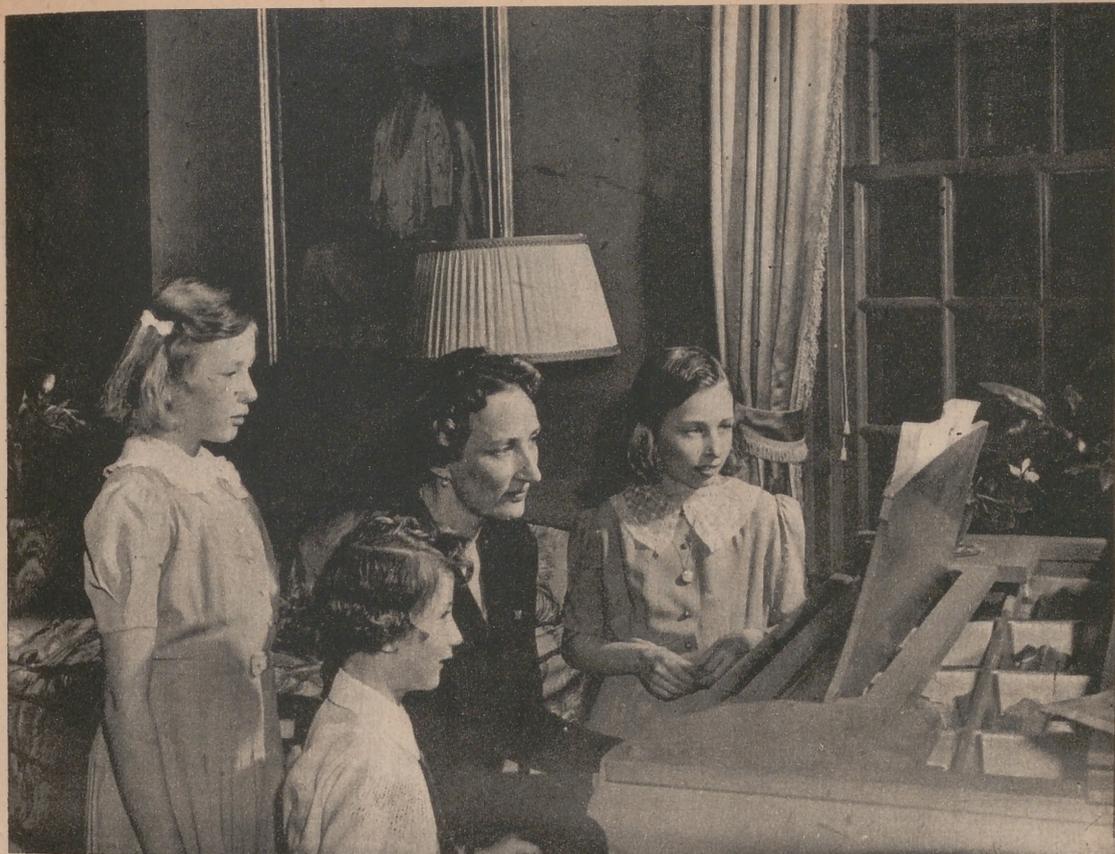
LA FLOTA NORUEGA POR LOS MARES DEL MUNDO

Durante aquellos años de reinado, Haakon tiene que allanar no pocos problemas y poner punto final a no pocas controversias entre monárquicos y republicanos. Pero tanto en sus opiniones como en sus decisiones y actitudes, revela grandes dotes políticas rehusando enérgicamente el permitir que su influencia fuera explotada por algún sector del país. Nunca intenta una política personal ni influir en la opinión del país.

No obstante numerosas crisis y dificultades, el reinado de Haakon constituye, económica, social y culturalmente, un período de crecimiento sin precedentes en la historia del país; de hecho, este período es el más fructífero que registran los anales de Noruega. Con la expansión económica va aumentando la prosperidad, con regresiones ocasionales, como la que se produce después de la primera guerra europea. Esta evolución económica es seguida por una activa política de reformas sociales.

Desde 1905, Noruega incrementa su producción en un 300 por 100. El comercio exterior experimenta el mismo auge, y pocas naciones pueden ofrecer un volumen parecido en relación con el número de habitantes. Gran número de industrias nuevas van surgiendo, basadas principalmente en la abundante provisión hidroeléctrica del país. Mientras que en 1905 un 41 por 1000 de la población trabajadora estaba empleada en la agricultura y sólo un 25 por 100 en la industria, las cifras actuales revelan un cuadro casi contrario: sólo el 26 por 100 se dedica a la explotación del suelo, mientras el 36 por 100 tiene ocupación en la industria. Hoy día, la industria proporciona el 45 por 100 de los ingresos nacionales. Entre las principales actividades se encuentran la industria de elaboración de la madera, la electroquímica y electrometalúrgica, la del hierro y metálica, así como la textil y la del vestido.

Al terminar la navegación a vela, en el siglo pasado, Noruega ocupaba el tercer puesto entre las flotas mercantes del mundo, superada sólo por Gran Bretaña y Estados Unidos. Pero mientras otras naciones habían finalizado prácticamente la conversión de la vela al motor alrededor de 1905, Noruega daba entonces los primeros pasos. Al estallar la segunda guerra mundial, Noruega poseía una Marina mercante de 4.8 millones de toneladas brutas de registro, la cuarta por su magnitud, superada únicamente por las de Gran Bretaña, Estados



Lección de música en la residencia del príncipe Olaf. Son los años anteriores a la segunda guerra mundial

Unidos y Japón. Era además, lo que es aún más importante, la Marina mercante más moderna del mundo. Durante la última guerra Noruega sufre severas pérdidas: cerca de la mitad de su tonelaje total. Los 2,7 millones de toneladas salvadas se multiplican en 1955 hasta siete millones, cifra sin precedentes en Noruega. Hoy ha vuelto este país a ocupar el tercer puesto entre todas las Flotas mercantes, el mismo que tenía en la época novelesca de la navegación a vela.

EL CAMINO DEL EXILIO PASA POR LONDRES

El año 1938 Haakon VII conoce el dolor de ver morir de repente e inesperadamente a la Reina Maud. Desde entonces, en el Palacio de Oslo y en las residencias de Bygdoy y Kongsseteren hay un vacío que nadie puede cubrir. Ni siquiera las risas infantiles de los descendientes del príncipe heredero.

Pero con ese triste acontecimiento no terminan las desdichas que se abaten sobre el país. El año 1940 Noruega se ve envuelta por la guerra y la familia Real tiene que tomar el sombrío camino del exilio. El 9 de abril de ese año, con las vanguardias del Ejército alemán a un tiro de piedra, Haakon VII, el Gobierno y los miembros del Parlamento tienen que salir de Oslo. La primera etapa es Hamar, y la siguiente, Nybergsund. El Rey se niega a transigir con las pretensiones germanas, y el 7 de junio de 1940, bajo una lluvia fina de verano, embarca en el crucero bri-



Olaf V, Rey de Noruega

tánico «Devonshire», acompañado del príncipe heredero y del Gobierno, con proa hacia Gran Bretaña. Cinco años habrían de transcurrir hasta que otro 7 de junio volviera Haakon VII a poner los pies en su Reino.

OLAF V, REY DE NORUEGA

El 29 de junio de 1955, en fecha casi coincidente con sus bodas de oro con la Corona, Ha-

kon VII se fractura una pierna. Es el principio del fin desde entonces ya no logra restablecerse plenamente. Poco a poco tiene que ir cediendo el despacho de los asuntos oficiales a su hijo Olaf, que actúa virtualmente como Regente.

Día a día y hora a hora se va extinguiendo la vida del Rey. Alto, anguloso, se mantiene erguido y bien plantado, pero su rostro es cada vez más grave, aunque nunca severo. La debilidad le va ganando y sus fuerzas disminuyen. El fallecimiento de la princesa Marta, casada con el príncipe heredero, es otro golpe moral que contribuye a su postración.

En el destartalado edificio del Palacio de Oslo, Haakon VII es sólo una sombra, más cerca de la muerte que de este mundo. El desenlace es inminente. En la madrugada del sábado 21, cuando un nuevo otoño hace su entrada, el Monarca se duerme placidamente y entonces, el corazón se niega a seguir trabajando. A los primeros fallos se extingue la vida del Rey de Noruega, con su habitual sonrisa sencilla dibujada en el rostro enflaquecido. Así moría Haakon VII, sin una palabra, sólo sonriendo, en la madrugada del 21 de septiembre de 1957.

Y desde el mismo instante para el príncipe Olaf se abre el capítulo de su reinado. Vestido con traje negro de huérfano jura las Leyes de su país en la misma mañana y en el mismo Palacio en que momentos antes se había acabado la vida de su buen padre el Rey de Noruega.

Alfonso BARRA



Punto de partida. Los cazadores se disponen a pēnetrar en la selva. Francisco Fernández Díez ha dedicado su vida a la exploración de las tierras vírgenes

SAFARI EN EL ORINOCO

UNA FAMILIA SANTANDERINA EN LAS SELVAS VIRGENES DE AMERICA

LAS EXPEDICIONES AMAZONICAS DEL PROFESOR FERNANDEZ DIEZ

Al acecho del tigre en la Sabana del Oro de la selva venezolana

EN la selva no hay invierno ni verano. Ni calor ni frío. Una temperatura uniforme rodea con su agradable tibieza al que se aventura entre la maraña de la intrincada jungla. Sin embargo, llover si llueve. Caen por las gigantescas ramas una lluvia compacta, y los ríos y las lagunas están altos. En el mes de marzo las lluvias cesan, y entonces es el momento apropiado para organizar los safaris.

En marzo de 1950, en las pequeñas localidades que son paso para entrar en el territorio del río Magdalena, en la oficina

de la Alcaldía, se presentaba un hombre de unos cuarenta años enjuto y con una mirada decidida:

—Permiso para safari.

Y exhibía sus documentos. En ellos iban sellos y firmas de las autoridades competentes y tres fotografías. La de él mismo y la de una mujer joven aún y una muchacha casi una niña, que representaba unos catorce años

—¿Y esto...?

—Son mi mujer y mi hija.

—¿Pero va a llevarlas en la expedición?

—Sí.

—Es una locura.

—Ellas están acostumbradas ya

—La selva es la selva y no vale acostumbrarse a ella. El peligro siempre es el mismo y puede ser la muerte—intervenia sentencioso un viejo indígena.

Cuando el alcalde se fijaba en la nacionalidad del cazador exclamaba:

—¡Ah, españoles! Los españoles siempre son temerarios.

Y el español sonreía con satisfacción.

Con su visado en la mano, el español se disponía a reanudar la





Navegando por los ríos y riachuelos que atraviesan la selva se descubren parajes maravillosos. En el Magdalena hay cantidades enormes de caimanes.

marcha. Además de las dos mujeres le acompañaba un guía. También llevaban con ellos dos perros de pastor alemán.

—En marcha, pues.

—En marcha.

Y el pequeño grupo sube al coche-casa, que lleva también a remolque un «jeep».

Cuando la selva, impenetrable y hosca, surge ante los expedicionarios, hay que abandonar los vehículos y seguir a pie, separando arbustos y malezas a golpe de machete.

EL SALTO DE YUYYN

Ha quedado atrás la espesa jungla. Ahora los claros se suceden, y esto anuncia la proximidad del agua. Efectivamente: el río Magdalena se ve ya. Hay una serenidad grandiosa en el paisaje. Y el silencio envolviéndolo todo y sirviendo de sedante a los hombres que se han aventurado a llegar hasta aquí. La pequeña expedición de los españoles continúa.

—Las lagunas no deben quedar ya lejos—asegura el guía indio.

El expedicionario español mira un mapa. Después hace sus cálculos y traza un gráfico.

—A la izquierda—dice.

Cada río de estos territorios se adentra en innumerables lagunas donde los caimanes gustan de ir a refugiarse porque les atrae el agua espesa y turbia. En estas lagunas es más fácil apresarlos. Temprano, cuando el caimán ha salido a las aguas del río a procurarse su comida diaria de peces, se prepara la trampa. Se pasa bajo el agua un cable de acero con una especie de lazo o nudo corredizo cuyos extremos se tienden hasta las dos orillas, en que se sitúan los cazadores. Cuando los caimanes vienen, tropiezan necesariamente con la trampa.

Pasa la cabeza con facilidad, pero al pasar el grueso del cuerpo ya no puede porque el hueco del cable le resulta estrecho, y entonces empieza a debatirse. Ese es el momento en que se aprovecha para tirar fuertemente y cerrarle el acero en torno a su cuerpo. De esta forma y tirando, se lleva al animal a la orilla y con machetes o cuchillos se le da muerte. Cuando la presa es alguna cría que no mide más de un metro, los indios la cogen simplemente con las manos. Y ya en tierra la asfixian, para así no estropear la piel con las heridas.

Pero si los indígenas hacen esto sin miedo, la hija del expedicionario también lo hace con la misma maestría que ellos:

—Mira, papá, uno pequeñín ha caído.

—¡Oh! Preciso. Pero ten cuidado, hija.

—¡Bah!

Y la muchacha se inclina sobre la pequeña laguna. Ya ha alcanzado al caimán. Lo sujeta con fuerza y lo pone sobre la tierra.

—Puede arrancar mano o dodo. No te fíes—advierte el guía Yuyyn.



La esposa y la hija del profesor Fernández Díez, compañeras inseparables en la aventura de las exploraciones.

Pero la muchacha sabe bien dominarlos. Es experta en ello. El padre la contempla orgulloso y la madre se queja:

—Nunca podré acostumbrarme a verte andar con esos bichos.

—Menos mal que tú te quedaste en el campamento el día que tuvo ella sola que encañonar al puma...

La muchacha sigue manipulando para reducir su presa, cuando se oye un grito ahogado por el pánico, casi gutural:

—¡Hija tuya!...

Es Yuyyn quien lo ha preferido, y salta en un salto terrible, de casi cinco metros. Todo ha sucedido rápidamente. Aún no han comprendido qué sucede.

Sobre la blanca blusa, a la altura del hombro, ha quedado cercenada la mitad de la lengua de una víbora que Yuyyn, el guía, cortó en el preciso momento en que se iba a clavar en la carne de la muchacha. En el suelo ya, Yuyyn hunde su cuchillo una y otra vez en el venenoso reptil.

EL PEOR ENEMIGO DEL HOMBRE

Por un momento, el visitante que llega al Salón de Exposiciones del Circulo de Bellas Artes olvida el tráfigo de gran ciudad que hay afuera, en las calles madrileñas, y se siente sumergido en el ambiente exótico de la selva auténtica. Sobre la puerta de entrada se anuncia: «Expedición amazónica. Fauna americana.» Una enorme boa de ocho metros de longitud está disecada en el centro del salón. Más allá, un cocodrilo; en un extremo, un tiburón, cóndores gigantes cazados en los Andes chilenos, reptiles diversos, y por todas partes objetos de innumerables tribus: de los piroas, de los guahibos, de los maquitaris, de los guajibos, de los cuibas y muchas más que viven diseminadas por los extensos territorios de Bolivia, Colombia, Venezuela y Perú. En las paredes, ejemplares rarísimos de mariposas y aves de irisados colores, como la «Dios te dé», de Argentina; el «Sangre toro», de Amazonas; el «Chingolo», de Perú; el «Azulejo», del Matto Grosso; el «Guácharo», de Venezuela. Dieciséis años de trabajo en expediciones y safaris continuos por tierras vírgenes ha sido necesario para reunir esta Exposición. Un español tesonero, el santanderino Francisco Fernández Díez, se echó a andar por estos territorios, desconocidos hasta para los mismos nativos. Pero lo que es más extraordinario, llevando siempre a su mujer y a su hija, que nunca se quisieron separar de él.

—Cuando empezamos las expediciones, mi hija Pilar tenía cuatro años.

—¿A qué edad salió usted de España?

—Yo salí con mis padres de Santander a los ocho años. Mi padre emigró a Cuba y allí ejerció de vista de Aduanas. Yo es-

tudié en La Habana Ciencias Naturales, pero vine a España a cumplir el servicio militar. Fui, naturalmente, a Santander a visitar a los familiares de mis padres, y entonces conocí a mi mujer. Nos hicimos novios y nos casamos aquí en España, y en Santander también nació mi hija. Pero yo llevaba la obsesión de las expediciones en mi mente. Le dije a mi mujer que teníamos que partir, y ella no se opuso. Llevamos la pequeña en pañales. Nos fuimos a Argentina. A mi no se me apartaba la selva un momento de la imaginación. Y empecé a prepararme. Al fin, con un camión que era a la vez casa y laboratorio, que me servía para disecar, y con 400.000 pesos argentinos, salí de Buenos Aires para adentrarme en las vastas e intrincadas extensiones. Desde entonces se puede decir que no hemos parado. Ahora soy director del Instituto de Zoología y Taxidermia de Caracas, pero hago safaris dos veces al año, de una duración de tres meses cada uno, así que se puede decir que vivimos en la selva seis meses de los doce del año. Y créame que no podría ser de otra manera. Nos hemos acostumbrado, y la ciudad nos agobia. En cambio, la jungla vivifica. Se siente uno vivir. No es verdad que el clima sea insalubre. En la selva no hay calor ni frío y el sol no tuesta la piel, y se respira a pleno pulmón como en ningún sitio. Hay un silencio y una paz que es el mejor sedante.

—Es un verdadero, un auténtico paraíso—dice Pilar Ruiloba, esta española que ha compartido los peligros con su marido, recorriendo como él más de 150.000 kilómetros.

—Hasta mi hija está descentrada cuando volvemos del safari.

Y Pilar, la hija, menuda, de ojos entre grises y azules, asiente dulcemente con la cabeza.

—¿El mayor peligro para un hombre en la selva?

—Las víboras pequeñas, como la que hace ocho años estaba ya sobre el hombro de mi hija. Estas víboras son color tierra y no se las ve. Se las confunde con el suelo o con una rama de arbusto, como pasó cuando mi pequeña estaba cogiendo el caimán en

la laguna. Son peligrosísimas porque el hombre no puede defenderse de ellas. Se apercebe de su presencia cuando ya le ha picado. Aquel día, si no llega a ser por el guía indio, no hubiera tenido salvación.

—¿Son leales los indios?

—Más que eso. Son criaturas primitivas de almas cándidas capaces de dejarse matar por quien ellos consideran su amigo. Eso de las flechas y los ataques de los indios son pura fantasía, al menos en estos territorios. No hay que temer nada de ellos en ningún sentido. Fijese: yo entraría sin ningún recelo a un grupo de indios a mi hija con la seguridad de que la llevarían sana y salva a donde se les ordenara. Y la mayor alegría para ellos es cuando se les obsequia con cuentas de colores o con cuchillos, que ellos emplean para descortezar árboles con más facilidad y para otros menesteres que sin ellos les cuesta más trabajo. También les gusta mucho la mostacilla. Yo, cuando voy de expedición, llevo verdaderas cantidades de ella, y por un puñado me sirven de guía alegremente y con su mejor voluntad.

—¿El mayor peligro para los animales de la selva?

—El tigre. El tigre es traicionero y feroz. No hay animal que no le tema. Nosotros, en cuanto volvamos a Venezuela y salgamos de safaris, vamos a cercar a un ejemplar magnífico que ya hace un año que estamos «velando».

—¿Velando...?

—Sí. Allí se dice velar por espiar. Ya tenemos localizado el paraje donde él suele ir muchas veces. Es un sitio que se llama Sácana de Oro. Pero nos ha costado localizarlo casi un año. También la boa este gigante, que es el mayor ejemplar cazado en el mundo, nos costó dos años. Es una culebra de agua y vive en las lagunas. Al fin, una vez cuando bajaron las aguas, la pudimos hacer salir. Le pusimos un cordero a su vista, y cuando salió para comerlo le echamos un lazo al cuello y la sujetamos a un árbol lejano.

—¿Por qué lejano?

—Porque los próximos los habíamos talado todos. Hicimos como una especie de plazaleta o calvero. Me ayudaron a hacer esto un grupo de indios piroas. Fué necesario hacer este calvero, porque si no la boa se hubiera enroscado con la cola a cualquier árbol y entonces, haciendo fuerza, se hubiera podido arrancar la cuerda por la que la teníamos sujeta. Y aun así era peligrosísimo acercarse a ella. Hay que atontarlas con una inyección enorme de formol y éter. Cuando cogimos a ésta, y mientras yo la estaba poniendo la inyección, enroscó la cola a la pierna de un indio y por poco se la corta de parte a parte. Tienen una fuerza terrible, pero en esta ocasión no cogió a hacerlo porque le hizo efecto en seguida la inyección.

—¿Qué peso es necesario llevar para un safari?

—Dos toneladas. Yo siempre cargo esto. Para mi mujer, mi hija, un ayudante de Caracas que llevo ahora siempre conmigo y un guía o dos indios.



«Putsi» y «Sully», los dos perros del safari de Francisco Fernández

—¿Qué es lo más eficaz para defenderse de los peligros de la selva?

—Pues una cosa muy vulgar y sencilla que mucha gente ignora. Un perro de pastor alemán. Nosotros llevamos dos. «Putsi» y «Sully». Son maravillosos. Serían capaces de enfrentarse con un mismo tigre, y además su instinto es tan maravilloso que a distancias enormes ya presiente el peligro y nos avisa. Se puede dormir tranquilo teniéndolos a ellos. Nosotros los criamos a los dos y los enseñamos y preparamos para la selva. Ahora son dos ejemplares que me los pagarían en oro.

—¿Dejan el camión y el «jeep» a veces lejos para seguir avanzando?

—Con ellos llegamos sólo a donde podemos. Después, unas veces en caballos y otras andando, y abriéndonos camino con el machete, porque la espesura nos cierra el paso.

MI MUJER ES LA COCINERA DEL SAFARI

Lo que solemos hacer es montar una tienda. En ella se queda ahora mi mujer, mi ayudante y un perro, y mi hija, el guía y yo avanzamos hasta donde está el ejemplar que queremos cazar. Mi hija aguanta todo el día andando. Su madre ya se cansa más. Ahora prefiere quedarse y prepararnos la comida para cuando regresamos. Es una cocinera excelente. No, hace mil combinaciones con el laterío que llevamos; también solemos llevar media vaca o una vaca entera, que se nos conserva muy bien con el hielo seco que se prepara para estas expediciones. Y de beber llevamos mucha «Coca-Cola», zumos de frutas y «sangría Chamberi». Esta sangría la fabrica un madrileño que llegó a Caracas y se ha hecho rico en poco tiempo con esta bebida.

—¿Ha encontrado usted alguna vez españoles por la selva?

—Sí, encontré a Arturo Mateos, que iba con su moto. Llevaba una pierna herida. No nos conocíamos, pero al saber que éramos españoles nos dió una alegría enorme. Nos abrazamos y comimos juntos. Después, cada uno



Un caimán pequeño se puede coger con la mano



La cocina improvisada en el campamento

seguimos nuestro camino. A la aventura de vencer la selva. Por América dicen que los españoles somos aventureros y temerarios.

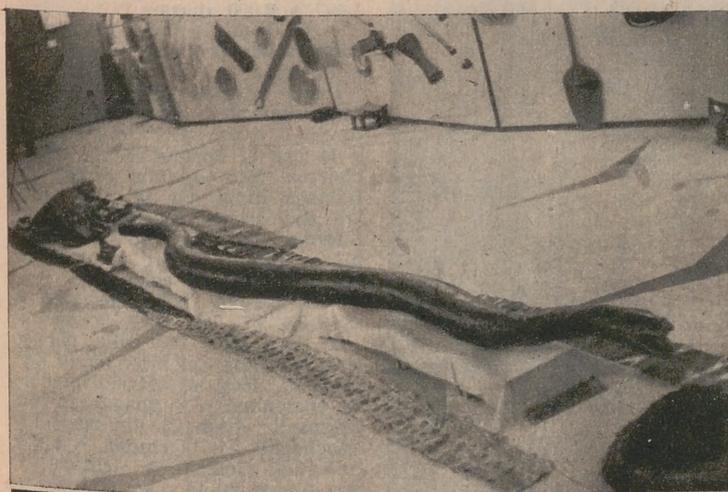
—¿Encontró misioneros?

—Sí, Y lo mismo religiosas que religiosos no reparan en los peligros de las fieras. A ellos sólo les guía hasta el heroísmo el afán de cristianizar los indios. Y ahora también nos encontramos a veces con los misioneros seglares. En Iquitos vimos hace tres y

cuatro años a un matrimonio valenciano. Jóvenes, de unos cuarenta años y muy bien parecidos. El era médico. Llevaban también con ellos a sus dos hijos, de catorce y dieciséis años. Edificaba verlos. Era emocionante.

—¿Los indios más civilizados conocen el Descubrimiento?

—Ya lo creo. En los poblados cercanos a las ciudades nos acogen con los brazos abiertos cuando ven que somos españoles. En el Perú los indios «cholos» se vuelven locos de entusiasmo al solo nombre de España. Allí es frecuente que cuando los indios se enteran que hay españoles corran a encontrarnos e ingenuamente nos digan: «Yo soy García. Yo soy Fernández. Yo soy Gutiérrez.» Porque todos los apellidos de los «cholos» son españoles y a ellos les parece que son como hermanos nuestros. En lo que se llama la Guajira colombiana, que es un territorio que va desde Dupar a Maicao, en una extensión de casi 300 kilómetros, entre los indios que lo habitan, y que por cierto son verdaderamente, tanto hombres como mujeres, de facciones perfectas y cuerpos estatuarios, hay también muchos apellidos que dejaron los conquistadores. Una muchacha india guapísima que se hizo muy amiga de mi hija cuando acampamos en aquellos parajes se llamaba Consolación Martínez



Detalle de la Exposición de la fauna americana, presentada ahora en Madrid



Un alto en el camino. La selva es un paraíso



En esta zona se ha localizado una raya gigantesca

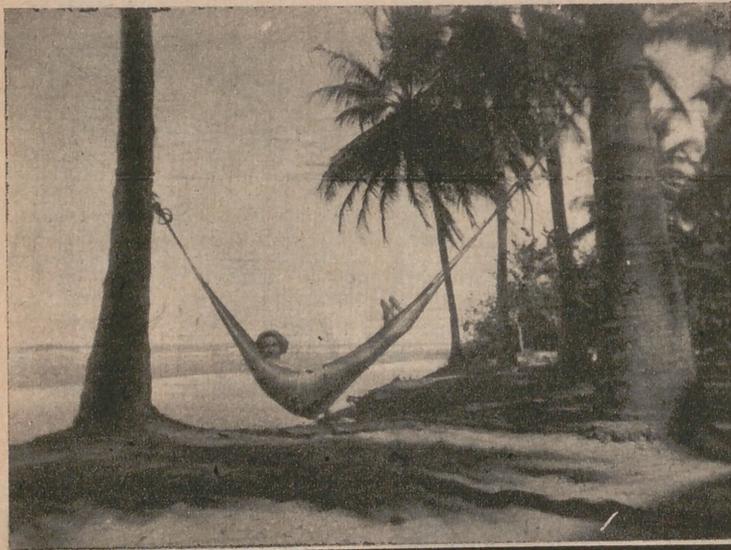
y era una fervorosa cristiana, como toda su familia, convertida en muchas generaciones por los misioneros españoles. Pero el caso más curioso es el del gallego Aguiar, que llegó a la selva del Amazonas muy joven y se internó por ella no sé con qué motivo. Ahora es rey de varias tribus de indios maquitari, y tiene miles de hectáreas, que cultiva. Donde vive Aguiar pertenece al Estado venezolano de Maripa, cuyo primer enlace se llama Ma-

pire. Hay que ir primero en avión, luego en «jeep», y por último, tres días en barca. No le conozco personalmente, pero me escribió invitándome a ir a sus dominios. Y tengo que ir a ver su reino. Debe de ser un hombre extraordinario.

CUATROCIENTOS CINCUENTA COCODRILOS

—¿Qué fué lo que más les asombró?

—Pues una vez que navegába-



En el «chinchorro» descansan los exploradores

mos mi hija y yo en una embarcación pequeña a lo largo del río Magdalena y fuimos contando hasta 450 cocodrilos que estaban acostados al sol en las márgenes.

—¿Cuál es el río más peligroso?

—En el Magdalena hay estas cantidades enormes de cocodrilos. En el Orinoco hay las boas gigantes como esta que capturamos nosotros, pero río proceloso y temible por su corriente es el Maraón.

—¿Tuvo alguna vez miedo?

Y este hombre enjuto que vió tantas veces el peligro cara a cara hace una pausa y afirma:

—Pues, sí. He pasado mucho miedo una vez. Lo gracioso es que no fué de una fiera, sino de la civilización. Iba ya conduciendo el camión en un viaje muy largo, cuyo recorrido nos llevaba quince días. Tuvimos que pasar por una carretera que estaban arreglando. Y había que desviarse de las obras y seguir por la misma vía del tren que va desde Barranquilla a La Dorada, que es hasta donde el río Portuguesa es navegable. Iba ya a salirme de la vía y alcanzar un repecho que llevaba al trozo de carretera por el que ya se podía pasar, cuando se me rompió la transmisión del camión y apareció el tren. Fueron unos segundos en que experimenté verdadero pánico. Mi mujer y mi hija iban dormidas dentro y no se dieron cuenta hasta que ya pasó todo. Un remolque de los obreros que arreglaban la carretera fué lo que tiró de mi camión, y pude salir sin que el tren nos alcanzara.

—Después de su próximo safari del tigre, ¿qué hará?

—Iré al mar Caribe, donde he descubierto una raya gigantesca de lo menos seis toneladas. He dedicado mucho tiempo a localizarla y ya la he visto muchas veces. Sé en la ensenada en que se suele encontrar. Es un verdadero monstruo. Quizá es el fabuloso monstruo de que hablan muchos marinos y que aseguran que no es una ballena. Creo que la conseguiré capturar.

—¿Cuántas Exposiciones lleva usted hechas?

—Unas 600.

—¿Con muchos visitantes?

—Pues con un promedio de 1.500 a 2.000 diarios.

—¿Qué es lo que más gusta cuando por primera vez se llega a la selva?

Pues, además de los paisajes impresionantes, cuando aparece un lago o un río, y del silencio y la paz el dormir en un «chinchorro». Esto es una especie de hamaca india que se cuelga entre dos árboles y en la que se duerme más a gusto que en la mejor cama. A mí me molesta ahora dormir en colchones.

—Es verdad. Igual nos pasa a mi hija y a mí—dice la madre.

Y una mira la calle por la gran ventana del salón de la Exposición. Hay un tráfico intenso. Se encienden y se apagan en mil guiños los anuncios luminosos. La anochecida en la ciudad es como miles de fuegos de artificio, y una piensa en la selva lejana que esta familia nos ha traído como por arte de encantamiento hasta aquí.

Bianca ESPINAR

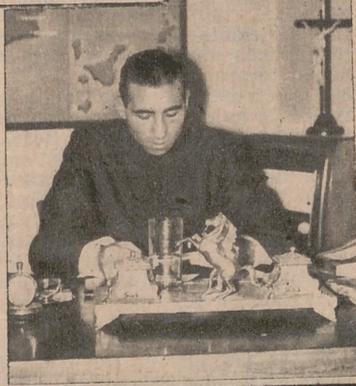


"EN LA RADIO SOLO SE LLEGA A LA MASA A TRAVES DEL INDIVIDUO"

EL padre Jesús García Jiménez es un sacerdote joven. Ha cumplido sus veintisiete años y sólo hace dos que cantó su primera misa. Dinámico, entusiasmado con su labor de cada día, emprendedor, con una admirable y jovial alegría que no tiene que forzar para comunicársela a los demás y, en sus labios, una sonrisa abierta y franca para todos. He hablado con el padre tres horas largas y me han sabido a poco. Hablamos de muchas cosas, pero el tema central, naturalmente, ha sido su obra, su primera obra escrita. El padre Jesús García Jiménez acaba de publicar su primer libro: dos gruesos volúmenes con más de quinientas páginas. La obra se llama «Luz en las antenas».

—El título me lo dió mi madre. Yo pensaba en algo así como «gargantas de hierro», o algo parecido y un día, cuando ya las cuartillas estaban casi terminadas, mi madre me dió este título y me agradó. Y ése puse.

Si yo dijese que la sinceridad es una de las virudes de este padre y escritor, no mentiría. «Luz en las antenas» es un texto de moral profesional para los radiofonistas. Pero un texto pensado y escrito con amplias perspectivas, con gracia, con fina habilidad, sin prurito de falsa erudición libresco. Un poco arrancado de la experiencia de cada día, sacado de la misma emisora, de los estudios



La radio es la gran parcela de trabajo que ha elegido este joven sacerdote, autor de «Luz en las antenas»

de control, de los programas, de todo ese mundo un poco maravilloso de la radio y de la televisión, que el padre García Jiménez conoce tan bien, tan al pie de la letra, porque es el mundo de su vocación y de su entusiasmo. Su buen número de páginas y la altura de visión con que el autor enfoca y resuelve todos y cada uno de los problemas que envuelven a las modernas técnicas de difusión hacen que esta obra sea al mismo tiempo libro de consulta, libro de texto y deontología profesional.

El primer volumen lleva por subtítulo «La empresa radiofónica».

UNA VOZ AL AIRE

EL PADRE JESUS GARCIA JIMENEZ, APOSTOL DE LAS ANTENAS

El segundo, «Deontología del hombre y del programa».

Con esta obra viene a enseñarnos el autor cómo purificar el bronco lenguaje de las antenas y de las cámaras. Cómo hacer que, por su medio, los hombres sean mejores. La radio y la televisión deben acercarse al hombre de nuestro mundo para hablarle con su lenguaje armonioso, íntimo, confidencial, del Amor, de la Justicia, de la Paz. Estos volúmenes del padre García Jiménez quieren encontrar el cauce y la expresión cristiana para realizar esta misión. «Luz en las antenas» es una deontología de la radiotelevisión, dedicada, de modo especial, a los jóvenes radiofonistas, a quienes el Romano Pontífice



El padre Jesús García Jiménez durante una de sus intervenciones en el estudio de Radio Juventud de España

ha llamado mensajeros de la verdad.

—De un modo indirecto está también pensada y escrita esta obra para el oyente, a quien he intentado indicarle qué es lo que de estas técnicas puede exigir y qué es lo que no puede tolerar.

SIMPATIA, VOZ Y SONIDO

Aunque muy joven, el padre Jesús ve ya lejos aquellos años de niñez pasados en un pueblecito de Guadalajara, cerca de Molina de Aragón. Nace el 15 de marzo de 1931 y a los nueve años ingresa en el seminario de Alcalá de Henares. Los cinco siguientes transcurren en este Seminario donde hará todos los cursos de Humanidades costeados con una beca que gana en refida oposición. Lo que más le agrada es precisamente el estudio de las Humanidades, las lenguas clásicas, en las que conseguirá todos los cursos diploma de honor. La Filosofía la cursa en el Seminario de Madrid para pasar, en 1950 a la Universidad Pontificia de Comillas. Aquí un curso de perfeccionamiento en Ciencias literarias que terminará para el joven seminarista con un premio extraordinario, y, más tarde, la licenciatura en Sagrada Teología.

De Comillas y ya ordenado de sacerdote, un salto a Madrid. El trabajo, la acción, el apostolado empiezan inmediatamente. Todavía de seminarista, hará una larga excursión a Francia, para recorrerla de punta a punta. A Alemania irá de sacerdote, con la preocupación de aprender el idioma y estudiar los problemas de la radio. En Madrid, al padre García Jiménez le resultarán escasas las horas del día; asesor eclesiástico de la Cadena Azul del Frente de Juventudes, redactor de Radio Juventud de España, capellán en la iglesia de San Sebastián, profesor de Deontología en la Estación-Escuela Nacional de la Cadena Azul, después, preparación de emisiones, artículos para revistas, libros para leer y... y libros que escribir. «Historias de Göttingen» es su primera emisión. Más tarde, hace «Su voz en el camino» que aún continúa y la adaptación de «El cantor del padre Brown».

Uno de los capítulos del primer

volumen de «Luz en las antenas» los dedica el autor a estudiar las condiciones psicológicas del radiofonista.

—Para mí son éstas las esenciales: aptitud o competencia, consagración, desinterés, autopoiesis y simpatía.

—¿Qué entiende usted, padre, por simpatía en el profesional de la radio?

—Simpatía no quiere decir sólo el hecho de ser agradable. Es algo más. Tiene esta virtud social una más honda raíz humana. Simpatía quiere decir exactamente solidaridad afectiva. Es reír con los que reír y llorar con los que lloran. Y esta virtud es muy necesaria en quienes tienen una amplia función social que realizar.

—¿Y las cualidades físicas?

—La esencial es la voz. La voz de un locutor ha de ser timbrada, clara, de matices confidenciales, flexibles. La voz es la condición más importante y, hablando en términos generales, la única. Como una derivación necesaria de la valoración filosófica del lenguaje, creo que se está llegando a paso lento a una auténtica ética de la voz. Ella es para la radio el todo de su expresión y de su contenido estético y como cualidad personal del radiofonista en algunas de sus especialidades constituye una de sus más preciosas dotes de orden físico. La voz tiene también su pedagogía. Es un encuentro con el mundo, como lo son sus formas inarticuladas de la risa y el llanto. Es la voz misma quien lo crea activamente, hasta el punto de determinar en gran parte su sistema de influencia en nuestro propio terreno psicológico. La radio, sólo con la voz, posee el mundo. Ella ha de suplir las formas de otras artes de expresión. De ahí su importancia.

—¿Qué papel ocupa en la radiación el sonido?

—Es el tercero de los elementos indispensables en la ambientación radiofónica. El segundo es la música. A diferencia de la música y de la palabra, difícilmente puede crear situaciones determinadas en el radiooyente, excepto casos extraordinarios. Toda su trascendencia estriba en un singular poder «fotográfico». La primera condición para que una audición sea capaz de influir sobre

el oyente en el verismo de las escenas radiofónicas. El oyente, inconscientemente, debe convencerse de que la escena se desenvuelve realmente en las circunstancias de tiempo, modo, lugar y persona que el propio guión señala. En este sentido de «fonografía», o de «fotografía auditiva» no existe elemento tan importante en el radiofonismo como el sonido en sus múltiples posibilidades. Basta a veces en un guión, por otra parte perfectamente desarrollado, un sonido estridente, inadecuado, artificial, para destruir, en un momento, todo el fruto de la audición. Para mí las tres virtudes cardinales del sonido son la oportunidad, la verosimilitud y la sobriedad.

EL ARTE DE GANAR AMIGOS

En su obra el padre García Jiménez nos ofrece una sugerencia nueva y luminosa en las grandes líneas de esa ética de la voz, que cree próxima a su sistematización, como una derivación necesaria de la actual valoración filosófica del lenguaje. El radiofonismo se convierte, iluminado desde todos sus ángulos de dignidad y eficacia, en una verdadera ciencia.

Al hablar de la «Deontología del hombre y del programa», en el segundo volumen de su obra, el escritor dedica un buen número de páginas al estudio del autor radiofónico, al crítico, a sus virtudes y deberes, a su moralidad en la crítica, al relator deportivo con un capítulo bien meditado y bellamente expuesto sobre la reticencia y ascetismo del deporte, su sociología y la misión de la radio en este sentido. Después estudia la deontología del locutor.

—El locutor ante el micrófono debe situarse siempre en actitud de conquistar amigos, debe tratar al oyente como si realmente pretendiese entablar con él, en cada momento, una profunda amistad. Pero no debe pasar jamás de esta actitud preliminar. Por eso debe conocer estos siete mandamientos del hombre que busca sus amigos: interesante; sonríe, aunque tengas que hacer violencia; recuerda nombres propios; escucha con atención; habla, al menos algo, de lo que quieren ellos; sin ser adulador, no seas tacaño en el elogio; no hieras nunca a tu interlocutor.

—¿Entra el humor dentro de la deontología del locutor?

El padre García Jiménez sonríe. Mientras habla lo hace acompañando sus palabras con abiertos y acogedores ademanes de sus brazos.

—Sí. Indudablemente. Muchas veces en los locutores animadores hemos oído la risa airada, que es la actitud satírica; la risa cruel, que es la actitud sarcástica; la risa indiferente, que es la actitud irónica, o la risa pura, que es actitud cómica. Pero creo que acaso no se ha medido la hondura humana del humor verdadero. Y, sin embargo, sin el humor no puede darse la amabilidad ni la comprensión, que forman el quicio de la actitud humana del locutor. La actitud humorística es risa, pero con ternura; es indulgencia, pero con sonrisa. Es sonreírse de nuestra limitación

pero sin amargura. Hay que reirse del objeto, mientras se le sigue amando. Hay que reirse del prójimo, pero sintiéndonos a nosotros mismos dentro de él. El humorismo es un profundo humanismo. Es una forma egregia de comprender. Es una superación de la desilusión y de la amargura, que sería un mayor pecado.

EL NIÑO, LA MUJER Y EL ENFERMO

Más tarde, a lo largo de las quinientas y pico de páginas de la obra, el escritor nos habla, en su apartado de «Deontología del programa», de la novela radiofónica y sus principios deontológicos, de los concursos y de la publicidad. Al hablarme de uno de los apartados más interesantes del libro, este que el padre titula bajo el epígrafe de «El oyente y el televidente», el autor comenta:

—Resulta completamente imprescindible para el radiofonista el hecho de que éste conozca a su oyente, hasta el punto de que el oyente forma parte integrante del radiofonista. Si la radio es un espectáculo, ¿cómo podríamos hablar de ella sin un espectador? Si es un órgano informativo, ¿cómo hablar de ella sin una segunda persona que reciba la información? Pero la radio es más: es un espectáculo informativo y formativo de opinión pública y por tanto con una misión altamente social que impone al radiofonista la necesidad de conocer las reacciones que producen en los distintos estratos psicológicos sus recursos técnicos. La mayoría de los pecados radiofónicos, tanto de orden artístico como moral, tienen su origen en la despreocupación por el oyente con sus numerosas exigencias. El radiofonista es un espectáculo auditivo de masas y nunca de vía ordinaria de minorías. Pero resulta que esa masa realmente no existe en cuanto masa, sino en cuanto individualidades y esto impone una finura exquisita y un tacto psicológico notable en quien concibe o realiza un programa. En la radio a la masa no se llega sino por el individuo.

—¿Existen algunos tipos cualificados de oyentes que maten y condicionen la calidad a los programas radiofónicos?

—Sí: tres tipos perfectamente diferenciados, que son: el niño, como elemento control; la mujer, como terreno de conquista, y el enfermo, como objetivo de caridad y humanismo. La presencia del niño debe ser un criterio positivo para el contenido de las emisiones, y del niño no debe prescindirse en ningún momento según aquel aforismo moral: más vale siempre pecar por defecto que servir de escándalo. El radiofonista ha de tener en cuenta siempre y por todo cuanto se refiere al instinto moral del niño, a su agudizado sentido de justicia a su instinto de propiedad, a su maravillosa generosidad, ante su espontánea reacción en presencia de una falta moral. La radio y la televisión, por ese poder de penetración en el hogar, han de tener muy en cuenta el no lesionar nunca el alma tierna y sencilla de los niños,

MISION APOSTOLICA DE LA RADIO

La unificación temática en la obra del padre Jesús García Jiménez resulta clara y perfecta. Deontología de los recursos técnicos, deontología del hombre, deontología del programa.

La última parte de la obra se titula «La liturgia en la radio y en la televisión».

—Un modo, creo que excelente de hacer apostolado es el presentar el espectáculo religioso de nuestra litúrgica a través de las antenas y de la pantalla, pero se ha de hacer de un modo digno y acomodado a las exigencias técnicas de estos medios de difusión.

—En el prólogo que Antonio Garrigues pone a su obra dice el prologuista textualmente: «La Iglesia a la radio, prácticamente, no ha «ido» todavía.»

—Al menos podemos decir que los que por misión debemos atender a sus posibilidades de apostolado, no medimos en su justo valor la eficacia de estos procedimientos. No es la Iglesia propiamente, sino quienes hemos tenido en la mano el instrumento y, por ignorancia o desidia no hemos sabido usarlo. La postura del católico ante estos gigantescos medios de difusión no puede ser puramente negativa. A este respecto es bueno recordar aquella memorable Asamblea celebrada en Sevilla hace unos veinticinco años en torno al problema del cine. La Asamblea era de carácter nacional. Hubo una buena parte de los asambleístas que consideró que estudiar el problema del cine era prácticamente exponerse a perder el tiempo, puesto que el cine no tendría trascendencia ni gran difusión. Hoy vemos hasta qué punto estaban aquellos asambleístas equivocados y lo que ocurrió entonces con el cine puede muy bien ocurrirnos hoy con la televisión y con la radio. Las relaciones de la Iglesia con estos medios técnicos de difusión en cuanto a la actividad apostólica, cuentan con un organismo de doble juego: uno de índole horizontal, a través de las asociaciones internacionales, como la O. C. I. O., para el cine, y U. N. D. A., para radio y televisión, vinculadas en sus artículos adicionales a los organismos competentes de la Santa Sede. El

otro organismo es de índole vertical, que radica en la Comisión Pontificia Permanente para cine, radio y televisión, creado hace ahora siete años por Su Santidad Pío XII, y que entronca con los problemas de cada país a través de las oficinas nacionales de revisión, dirigidas por los Episcopados respectivos

—¿Cree usted padre que el apostolado a través de las antenas, o de la pantalla ha de realizarlo el mismo sacerdote, o mas bien los mismos radiofonistas?

—Creo que la verdadera misión apostólica en la radio, por ejemplo, deben realizarla los profesionales mismos. Ellos conocen mejor que nosotros las técnicas y son el cauce normal para hacer llegar los criterios rectos hasta los oyentes. Nosotros hemos de estar detrás, suministrando estos criterios.

El padre Jesús García Jiménez tiene mucho que hacer y yo le he robado tres horas. Es hombre de estudio, de meditación, pero indudablemente es también hombre de acción, hombre para quien los minutos valen mucho. En su cabeza siguen buyendo ideas, planes para un futuro inmediato.

Mi primer plan por ahora es conocer y querer entrañablemente a todos los profesionales de la radio de Madrid y, si me es posible, de toda España. El día que consiga esto, sería posible llegar a organizar un Club de radiofonistas católicos, para poder tener nuestras tertulias en las que discutiríamos nuestras actuaciones y marcásemos consignas generales de actuación, con conversaciones, charlas fructíferas en este campo.

—¿Otro plan, padre?

—Sí; preocupar a los seminaristas españoles en este tema; hacerles vibrar por la eficacia enorme de estos medios de difusión, organizando cursillos especiales y prácticas de emisiones radiofónicas en colaboración con las emisoras provinciales, como lo vienen haciendo tan ejemplarmente los dominicos de Avila. Este plan equivaldría a sembrar los futuros asesores y redactores de radio y, sobre todo, a cumplir el llamamiento que ahora nos hace el Papa para un mayor conocimiento de estas técnicas desde dentro.

E. LINDELL



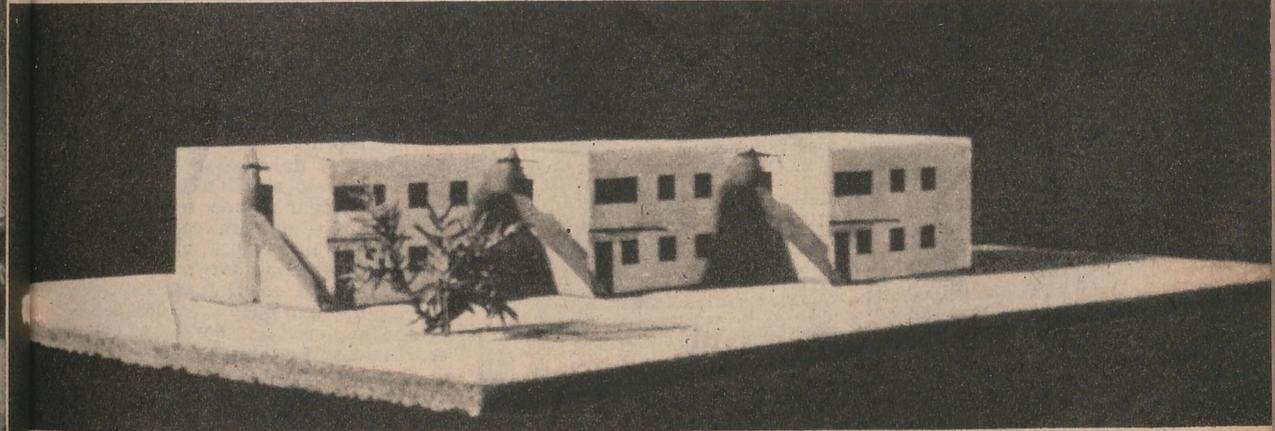
«Sería posible llegar a organizar un club de radiofonistas católicos?», se pregunta el padre García Jiménez



ESUELAS MODERNAS Y ALEGRES PARA TODOS LOS NIÑOS DE ESPAÑA

PROGRAMA DE CONSTRUCCIONES ESCOLARES ADECUADAS A CADA REGION

«CONVERSIONES PARA ENSEÑANZA PRIMARIA SON SIEMPRE
MEJORES», DICE EL DIRECTOR GENERAL D. JOAQUIN TENA ARTIGAS



Una de las viviendas para maestros que comprende el nuevo plan

VAMOS hacia la construcción de escuelas económicas y sencillas, desprovistas de todo lujo superfluo, pero que al mismo tiempo sean sólidas, eficientes, dignas y alegres. Buscamos la economía en la ubicación adecuada de estas nuevas Escuelas y en la simplificación de sus elementos constructivos, en la normalización de aquellos susceptibles de este proceso y en la supresión de todo lo ornamental y suntuario.

Me habla el director general de Enseñanza Primaria

Estimaciones estadísticas realizadas por los servicios técnicos del Ministerio de Educación Nacional cifraron el año pasado en 25.000 el número de escuelas que era preciso construir en España para que todo niño en edad escolar obligatoria, entre seis a doce años, pueda recibir la adecuada enseñanza en locales modernos y agradables.

En un esfuerzo sin precedente en nuestra historia de la educación y de la enseñanza, el Estado español se enfrentó enérgicamente con el problema y se adoptaron inmediatamente las medidas más oportunas para su resolución total y definitiva. La ley de 17 de julio de 1956, que autorizaba la emisión de Deuda Pública por un importe de 2.500 millones de pesetas para financiar las construcciones escolares primarias, supone, en este camino de realidades tangibles, un paso decisivo. Las aportaciones obligadas de Ayuntamientos, Diputaciones y entidades, así como la ayuda de personas privadas, harán aumentar estas cifras a unos 4.500 millones de pesetas. Con esta financiación, con la acción activa y emprendedora del Ministerio de Educación Nacional, el problema de las escuelas para la enseñanza primaria comienza ya a apuntar hacia la meta fija de su so-

lución. Y decimos que empieza ya, porque, al siguiente año de publicarse esta ley, a los pocos meses, los proyectos se iban convirtiendo en realidades. Nuevos edificios para escuelas de niños se abrían en pueblos y capitales de todas las zonas geográficas de España.

De cuatro formas diferentes se están llevando ya a la práctica las financiaciones de estas escuelas primarias y las viviendas para maestros. En primer lugar, con subvención del Estado al promotor de la construcción. Si se trata de un Ayuntamiento, la subvención del Ministerio de Educación Nacional es de 60.000 pesetas por aula y 40.000 por vivienda. Si es una entidad o persona privada, la subvención no puede exceder del 35 por 100 del presupuesto total y en ningún caso de las 60.000 y 40.000 pesetas por escuela y vivienda, respectivamente. En segundo lu-

gaje, la aportación del Ayuntamiento proporcional al censo de habitantes oscilando entre el 5 por 100 y el 10 por 100 en los Ayuntamientos con un censo entre 1.000 y 2.000 habitantes, y el 50 por 100 para los que tengan censo superior a los 2.000 habitantes. En tercer lugar, la forma se refiere a los edificios que están haciendo los Ayuntamientos de provincia o de municipio que tengan censo superior a 10.000 habitantes. En cuarto lugar, el Estado aporta la mayor parte de los costes que la edificación supone. En los Ayuntamientos de menos de mil habitantes, al menos de mil habitantes no autorizados legalmente para solicitar subvención del Ministerio de Educación Nacional, estando exentos de pago, excepto, naturalmente, el coste del solar donde la nueva escuela va a levantarse.

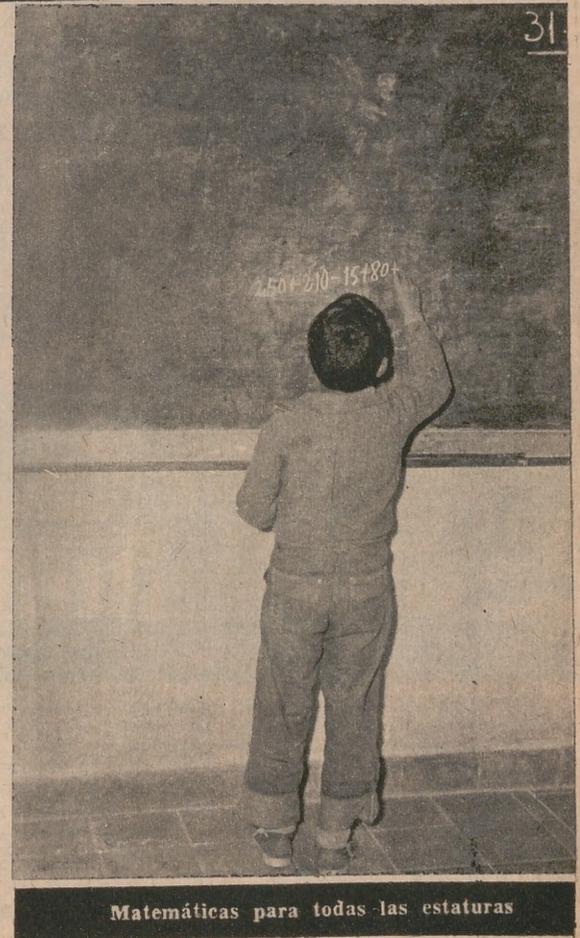
En el primer periodo de 1957-58, el Estado va a invertir 1.500 millones de pesetas en la construcción de nuevas escuelas primarias y viviendas para maestros. Este mismo año se iniciará la ampliación de gran parte de las escuelas en funcionamiento. En este mismo año se iniciará la construcción de las obras de los nuevos edificios de las escuelas del tipo Jaén, Toledo, Laguna, Oviedo y Salamanca. Comenzarán a levantarse edificios normales en Albacete, Palencia y Se-

Escuelas para niños y centros docentes donde se formen los futuros maestros. Esa es la empresa. Una obra que, por su magnitud y su extensión, sobrepasa, en mucho, a cuanto hasta este momento se haya podido hacer en nuestra Patria.

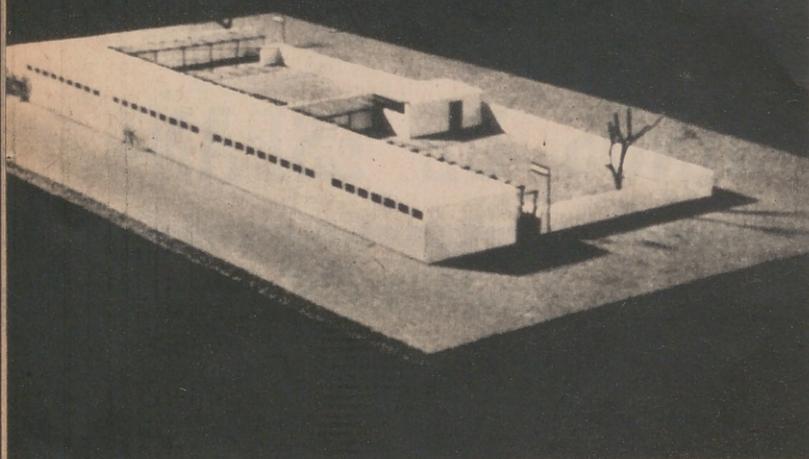
ESCUELAS ADECUADAS A CADA REGION

En el planteamiento del programa de construcciones estaba prevista la utilización de proyectos-tipo de escuelas rurales a fin de que con la mayor economía posible se construyeran edificios del más elevado grado en su eficacia pedagógica. Con esta finalidad se convocó el 3 de octubre de 1956 un concurso entre arquitectos españoles para seleccionar proyectos de escuelas para núcleos rurales. Se pretendía incorporar a la arquitectura escolar nuevas tendencias y nuevas estructuras acomodadas a las necesidades funcionales y a las características geográficas y climáticas de cada zona. España quedaba perfectamente dividida en siete grandes zonas geográficas. Nuestras 50 provincias se dividían de este modo en atención a sus peculiares necesidades: Zona cántabro-galaica, Meseta castellana y Bajo Aragón, Zona de montaña, La Mancha, Costa mediterránea, Andalucía interior y Extremadura Baja, Costa andaluza y Canarias.

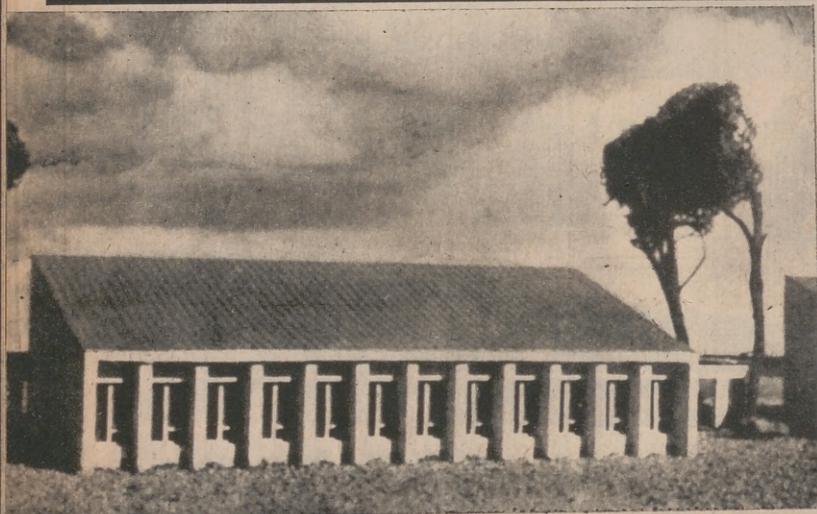
De los 78 proyectos presentados, 11 fueron los seleccionados. El



Matemáticas para todas las estaturas



Tipo de escuela de cuatro clases



Uno de los tipos de escuela para los medios rurales



Escuela mixta rural perteneciente al plan nuevo de construcciones

concurso se fallaba en el mes de febrero. Hoy estos proyectos-tipo están ya en marcha y son utilizados en numerosas construcciones del presente año. Su aplicación hace posible una notable economía en el importe de construcción de cada Escuela, permitiendo armonizar la necesaria racionalización de método y la aplicación de las técnicas menos cos-

tosas, con la utilización de aquellos materiales que, por ser característicos de la zona, han de resultar a la vez más económicos y más en consonancia con la estética y clima de cada región.

—Vamos hacia la construcción de escuelas económicas y sencillas..., sólidas, eficientes, dignas y alegres.

Don Joaquín Tena Artigas. di-

rector general de Enseñanza Primaria, ha expuesto bien claramente su idea, y sus palabras han pasado a los proyectos y de los proyectos a las obras.

—Además, no hace aún un mes, un Jurado convocado al efecto acaba de seleccionar en Madrid los proyectos de un segundo curso restringido. En ellos hay ocho nuevos tipos de Grupos Escolares para zonas urbanas. Creo que estos proyectos, que han sido muy estudiados, constituyen una aportación al problema mundial de construcción de escuelas y así ha sido juzgado por la reciente Conferencia Internacional de Instrucción Pública que examinó, en el mes de julio, el tema.

Cada Junta Provincial, cada Ayuntamiento, tiene la posibilidad de utilizar libremente aquel proyecto más adecuado a las condiciones naturales de la localidad. El Plan no entraña una resolución definitiva de las cuestiones que la dotación material de nuestra Enseñanza Primaria plantea. Se trata de un primer paso, un primer paso firme y seguro que es de esperar vaya seguido de otros muchos. La escuela es el hogar donde se fragua día tras día nuestra comunidad nacional, y atender a su renovación y crecimiento tanto vale como hacer esa comunidad efectiva. Y esto no menos en los aspectos espirituales que en los económicos. La cultura primaria es el primer presupuesto de la industrialización. Sin ella cae por su misma base la enseñanza técnica y, por tanto, la capacitación real del país para acceder a un nivel económico más elevado.

ECONOMIA, ESTETICA Y COMODIDAD EN LAS NUEVAS CONSTRUCCIONES

El Plan 1957 comprende la edificación de nuevas escuelas para las 50 provincias españolas. Un reparto equitativo y proporcional a las necesidades de cada una de las capitales y de cada uno de los pueblos. Donde hacen falta más escuelas, más se levantarán.

Y junto a estas nuevas escuelas se están edificando también viviendas para maestros. En el presente año de 1957 quedarán terminadas 2.732 escuelas. 1.928 viviendas y habrán experimentado reparaciones 39 edificios antiguos. Un programa completo, bien repartido e inteligentemente llevado a la práctica.

El hecho de que estas escuelas estén sometidas a determinados tipos de construcción no quiere decir que la nueva geografía escolar adolezca de excesiva igualdad o monotonía. Cada región, cada zona, exige sus características propias, sus diferenciaciones. Siete tipos distintos de escuelas se han estudiado y se han aprobado sólo para la región manchega, que, a su vez, pueden ser utilizados en otras regiones de condiciones análogas.

Desde los dos tipos distintos de escuelas mixtas hasta los tipos diferentes de escuelas de dos clases de cuatro y de seis. El primer tipo de escuelas mixtas para La Mancha tiene capacidad para 40

Grupo Escolar de San José de Ribarteme, en Las Nieves
(Pontevedra)



alumnos, un recreo cubierto y un bloque de aseos, estudiado para los dos casos posibles de existencia o no existencia de agua. La unidad de clase consta de un vestíbulo portavientos y de la clase propiamente dicha, proyectada con una superficie de 50,70 metros cuadrados. Su orientación es al mediodía, de forma que permita un caldeo de la clase, que está protegida de la insolación directa por medio del voladizo de cubierta. La orientación norte corresponde a la ventilación de los aseos y a las pequeñas ventanas de la clase que, situadas en la parte superior, permiten un complemento de iluminación y un sistema de ventilación cruzada, fácil y rápida. Un espacio reservado para clase al aire libre complementa el conjunto. Los otros tipos de escuelas previstos para la zona manchega poseen otras características diferentes dentro de la misma región. La diversidad va unida a la estética y la economía no está reñida con la alegría, la comodidad y la eficiencia de cada edificio, de cada bloque.

CUALIDADES Y CONDICIONES DE LAS 25.000 ESCUELAS

La meseta castellana y el Bajo Aragón comprende cuatro tipos de edificación distinta: escuela mixta, de dos clases, de cuatro y de seis. A esta distribución corresponden las 67 nuevas escuelas que en este año aparecerán en la provincia de Cuenca, o las 24 de Segovia, o las 48 de Valladolid, por ejemplo. Las escuelas de seis clases, tres para niños y tres para niñas, tienen también una capacidad de 40 alumnos, recreos cubiertos y bloques de aseos se-

parados de las clases. Las de cuatro clases tienen la misma capacidad, parecida distribución, habiéndose tenido en cuenta en el proyecto de crear espacios que permitan ser utilizados para dar clases al aire libre. Las de dos clases y las de una siguen las mismas condiciones y cualidades pedagógicas, pero con distintos modos de emplazamiento.

Guipúzcoa, Vizcaya, Orense, Pontevedra, Santander, Oviedo, como todas las provincias de nuestro litoral norte, caen dentro de la zona que el proyecto llama cántabro-galaica. Estas escuelas, propias para el clima lluvioso y la temperatura fría del Norte no se parecen a las nuevas escuelas que ya se están construyendo en la zona andaluza, en Canarias, en la Andalucía interior y Extremadura Baja o a lo largo de la costa mediterránea.

Las construcciones escolares y los proyectos que para ellas se han redactado, en el medio rural, están sujetas a normas bien meditadas y conforme a ellas se están edificando. El arquitecto escolar encargado de elegir un solar para escuelas en núcleo rural, después de estudiar las características de la localidad, sus particularidades topográficas y sus circunstancias de clima, y después de oídas las opiniones de las autoridades, escoge el solar que cumpla en lo que sea posible las siguientes condiciones: En primer lugar, máxima proximidad al núcleo de población, aunque no necesariamente dentro de ella. Busca el solar en sitios altos, o a media ladera, en zonas verdes, próximas a las zonas donde los futuros escolares habiten. En lo posible también se ha de tener en cuenta que estos lugares están

alejados de las vías de tráfico o de otras instalaciones peligrosas para los niños. Los solares pequeños, donde no se pueda disponer de un campo escolar suficiente son radicalmente desechados y el arbolado es indispensable en el recinto de estas nuevas escuelas. Otra cosa a preveer por el arquitecto escolar es la superficie que debe tener el solar de la nueva escuela. La superficie será como mínimo de seis metros cuadrados por alumno, teniendo en cuenta, que, por su carácter rural, el espacio verde ha de estar íntimamente ligado al recinto de la escuela.

Además de estas cualidades, en las que entra la buena orientación, iluminación suficiente y adecuada, ventilación y aislamiento, el arquitecto tiene en cuenta que el terreno que la nueva escuela ocupe sea sensiblemente plano y de pendiente no exagerada. Se procura, al mismo tiempo, que el solar tenga la posibilidad de obtención de aguas subterráneas. Su topografía y clase de suelo serán los convenientes para no retener aguas superficiales.

En atención a estas normas y a otras muchas que el Ministerio de Educación Nacional está dictando para conseguir estas escuelas sean prototipos de otras futuras que se irán levantando en los próximos cuatro años, podemos decir que estos edificios de nueva construcción son actuales, es decir, de ambiente y trazado moderno, aunque no exóticos, de escala infantil, amoldados a los últimos avances de las pedagogía y a las nuevas técnicas de la construcción, sin olvidar aquellas fórmulas ya experimentadas y que dieron buen resultado en cada una de las regiones.

RENTABILIDAD DE LAS INVERSIONES EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA

El problema de la Enseñanza Primaria tiene la esencial característica de ser un problema de índole universal, que, en mayor o menor grado afecta a todas las naciones. Otra característica no menos esencial que la primera es la que se refiere a la rentabilidad de las inversiones efectuadas en la solución del problema.

Podría tal vez pensarse que en un trance histórico como el que España hoy atraviesa, la inversión debería polarizarse en campos inmediatamente productivos. Este es un criterio totalmente erróneo y todos los economistas, sin excepción, coinciden en que la educación masiva, es uno de los más importantes factores del progreso económico y condiciona éste al actuar, como cuello de botella. Es decir, que su ausencia o su relegación a un segundo término puede impedir la realización de un programa de desarrollo económico admirablemente concebido. Un país que intente mecanizar su agricultura, poner en marcha un plan de industrialización, o intensificar la inversión de capitales extranjeros, no podrá desarrollar aquello ni servirse de estos si no cuenta con un núcleo de población suficientemente preparado y numeroso, con los productores y los técnicos indispensables. Viene a significar esto que toda reforma económica en escala nacional fracasará clamorosamente si no va emparejada con una profunda reforma docente. Así lo han entendido en estos últimos años algunos países que al plantear sus programas de desarrollo económico, han puesto en marcha ambiciosos planes de educación masiva. Y este es el caso de España. El avance que la creación de estas 25.000 nuevas escuelas supone para la nación quedará, para siempre, como un glorioso capítulo en nuestra historia por la acción educadora.

AUMENTAN LAS VOCACIONES AL MAGISTERIO

Otro fenómeno generalizado en todo el mundo es la disminución de vocaciones al Magisterio. Los Estados vienen encontrando dificultades para la formación del personal docente en un número suficiente para atender las necesidades actuales y futuras. Tal vez por carencia de estímulos económicos y sociales, los jóvenes mejor dotados intelectualmente prefieren seguir carreras profesionales más remuneradoras que las del Magisterio, con el peligro gravísimo de que éste se nutra de personal mediocre. El fenómeno



se agudiza, si consideramos especialmente los Maestros varones. Actualmente en Estados Unidos e Iberoamérica el porcentaje de maestros varones no alcanza, en general, el 20 por 100.

También en España las escuelas masculinas del Magisterio han mostrado su tendencia a despoblarse, muy principalmente en las zonas más industrializadas. Sin embargo, ha bastado una mejora económica sensible—el aumento del 60 por 100 de sus salarios—y la visible y constante preocupación del Estado en el terreno de la Enseñanza Primaria para conseguir elevar, en el pasado año, la matrícula de nuestras Escuelas Normales.

La noticia me la da el director general de Enseñanza Primaria:

En el pasado curso la matrícula de las Escuelas Normales pasó de diez a quince mil en los alumnos varones y de dieciocho a veinte mil en las mujeres. Existe otro dato significativo del halagüeño resultado que en este campo esta-

mos obteniendo. Los candidatos maestros para ingresar en el Magisterio Nacional han pasado de 9.400 el año anterior a 13.500 en el presente.

A la preocupación y a los desvelos del Estado en su afán por sembrar de Escuelas toda la geografía española, por levantar Normales más en consonancia con los tiempos modernos, por elevar el nivel de vida de los Maestros dignificando así una de las más bellas profesiones del hombre, la sensibilidad del estudiante español ha correspondido con la mejor respuesta: con su aportación personal haciendo que esas 25.000 nuevas Escuelas puedan tener al frente de cada una un maestro bien preparado y vocacionalmente llamado para la tarea de la enseñanza.

Se han elegido, pues, los dos medios más eficaces para acabar con el analfabetismo en España, los dos medios que pueden cegar para siempre las fuentes de este analfabetismo: más escuelas y más maestros.

Según el estudio de los datos estadísticos puede estimarse que el porcentaje de analfabetos se reduce en España en un 4,11 por 100 cada cinco años. De acuerdo con esta reducción, y suponiendo que el ritmo se mantenga a la misma altura, puede afirmarse que hacia 1970 el analfabetismo habrá desaparecido de España. Si además sumamos como sumando de mayor importancia el esfuerzo y el avance que las 25.000 nuevas Escuelas significan, podemos pensar que el plazo será más corto.

Ernesto SALCEDO

ESTE CONSEJO VALE 100.000 PTS.!

Especialícese en COMERCIO

Todo negocio depende hoy de los expertos. ¡El buen técnico se paga a peso de oro! Usted también será un técnico con un curso CCC de

**CONTABILIDAD
TRIBUTACION
CALCULO MERCANTIL
REDACCION COMERCIAL
MECANOGRAFIA - TAQUIGRAFIA**

Otros cursos: **CULTURA - RADIO - IDIOMAS**

CONFIE EN EL CENTRO MAS EXPERIMENTADO DE ESPAÑA
CENTRO DE CULTURA POR CORRESPONDENCIA CCC

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL, NUMEROS 38, 34 y 37

APARTADO 108.156 - SAN SEBASTIAN

DELEGACIONES: MADRID, Preciados, 11 - BARCELONA, Av. de la Luz, 48

CORTE O COPIE ESTE CUPON

Envíame información GRATIS del curso de:

Nombre _____

Dirección _____

Población _____

156 D

6º Concurso PROFIDÉN

Septiembre 1957 - Mayo 1958
ocho regalos de regalos (uno mensual)

3.350.000
pesetas en premios

SOLICITE LAS BASES A SU PROVEEDOR DE DENTIFRICOS



80 Motos **VESPA**



80 Aspiradores **TORNADO**



80 Radiogramolas
80 Máquinas eléctricas de afeitar
80 Planchas **PHILIPS**



80 Relojes **COPPEL**



120 Máquinas fotográficas **KODAK**



80 Estilográficas **MONTBLANC**



400 Gafas de sol **INDO**



40 Bicicletas **B-H**



280 Balones **CONDOR**
280 Muñecas **LILI**

CAMPAÑA PROFIDÉN DE HIGIENE DENTAL

"GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA"

OFRECE LA MAS AMPLIA INFORMACION DE LA ACTUALIDAD

Administración: PINAR, 5. MADRID



SUPERSTICION

NOVELA - Por Pedro MONTON PUERTO

A derecha e izquierda, de frente y de espaldas, al Norte y al Sur, por el Este y por el Oeste; desde cualquier punto geográfico en que el observador se situara, todo era campo. Era tierra llana, sin adornos, sin disimulos, sin mentiras. Pocos árboles y ningún rosal que quisiera concretar el primer de un jardín. De trecho en trecho, una casa. De éstas, pocas, y los trechos largos; entre ellas la del tío Zuero, casa pequeña y vergonzante de tejado amarillento, de paredes de adobe, a la que daban guardia unos tapias bajos y cuarteados.

Tierra todo o casi todo. Hasta los habitantes de la vivienda parecían de tierra. Eran, además del Zuero, la tía Nicasia, su mujer, hembra brava de aquellos andurriales en cuyas pestañas, escasas y castigadas, se apegaba el polvo ardiente del paisaje, retenido y espeso por la humedad perpetua de los ojos, y Miguelico, el hijo, cazador de toldellas, remendador de cacharros —cacharros mas bien inútiles—, fruto único y tardío de los consortes.

Cuando Miguelico vino al mundo, pareció que sobre el inmenso cielo de aquel inmenso campo se había rizado, propicia, la nube del milagro. Fue como si con ello hubiera motivo para que reverdecieran las varas bíblicas de la historia de los antiguos patriarcas: El Zuero tenía sesenta años; su mujer —cosa más de asombro— cincuenta y dos. Llevaban veintiocho de solitario y triste matrimonio.

La Nicasia se puso con dolores a eso de las nueve de la noche. Ya había cerrado la oscuridad hacia buen rato porque ocurrió el lance por los finales días de febrero. Hasta hacía dos meses no pudieron pensar en aquello. Era creer que la Nicasia tenía un tumor o una hidropea. Y fueron a don Simeón, el médico de Navas, la Nicasia en un pollino bastante agreste y el Zuero al paso de sus abarcas nuevas.

Navas tiene un torreón a la entrada, que dicen es parte de un viejo castillo árabe. Porque Navas

está en alto; dominando la llanada, cortando el paso de un difícil camino de arriería. Bueno, pues llegaron al torreón y les sareseca que llevaba un mantón lio al cruce una gitana vieja y oliváceo.

El pollino, enseñado a la soledad, dió un respingo con la aparición repentina y a poco abate a la Nicasia; el Zuero se atufó, torció la boca y afianzó corta la vara. Pero la gitana se siguió viniendo hacia ellos y hablóles:

—Andad, que os voy a decir la cierta güenaventura...

Y miren como son las mujeres, y que en esto también se conocía el estado de la Nicasia, a ésta le entró el antojo de que la gitana echara por su boca. Conque así se lo dijo al marido y tirando del ronzal hizo dar mil vueltas al pollino que no era partidario de estar quedo. El Zuero se puso de malas, malas, y pensó en la lástima grande de verse con la vara sin uso llevando burro y mujer antojadizos.

Al fin pudo la gitana asir la mano de la Nicasia y las primeras palabras que dijo, como suele ocurrir en esta vida, no dieron a todos contento.

—Mira, rosica de Navas, que en esta raya veo que vas a tener un hijo como un sol, que dará más que hablar al contorno que un ramo pintado. Y ha de ser de fuego y con mucha gracia y talento...

La Nicasia rió el piropro, agradecida, y todo aquello le supo a gloria; no al Zuero, que se puso de peores porque fué como darle en la yema del verdugón. De manera que arrojó a la vieja una perra gorda, arreó al pollino y no quiso escuchar más coplas de las mujeres.

Llegaron pronto a casa de don Simeón Pellicer, el médico. Era hombre de fama allá; corto de piernas, de mucha panza, con barba casi toda canosa, pantalones con rodilleras, boina moteada de caspa y un tic nervioso en todo el lado derecho de la cara, cuyo ojo de esa parte —de estirarlo y encogerlo de continuo— constantemente le lagrimeaba.

Mandó tumbarse a la Nicasia en una especie de sillón largo de paja y empezó a ejercer su arte. No duraron mucho los manejos del galeno, que ayudó pronto a la mujer a incorporarse y diagnosticó las inflamaciones y otros síntomas como efectos

del mal funcionamiento del corazón. Recetó unas gotas para antes de las comidas, hizo varias recomendaciones y, al caer la tarde, ya estaba el matrimonio de vuelta en su casaca.

A solas, la Nicasia se puso a hablar con su hombre.

—Mira, Miguel, que yo lo que es, es que estoy en estado.

Buena paciente tuvo el Zuero aquella noche, buena. Después de un rato se salió de la cocina, y ni pío.

—Mira, Miguel... Mira, Miguel...

Pero llevaban cansancio encima y se durmieron pronto.

Al cosario que corría el camino, le dió el Zuero por la mañana, muy temprano, la receta para que le trajese del partido la medicina.

—Esto para mi mujer.

—Mañana estoy de vuelta.

—¿Qué te debo?

—¡Ah, pues ya hablaremos! Llevo dinero.

Efectivamente, al otro día llegó el hombre de la medicina.

—Nicasia, ahí tienes lo que mandó don Simeón. Trece pesetas vale; con que a tomarlo.

—Mira, Miguel, que esto me va a sentar a mi como picadura de alacrán.

—Las cosas se piensan antes, Nicasia.

—Pensado lo tengo ya todo, porque lo que tengo es que estoy en estado, Miguel.

—Pues para eso no hacía falta ir a Navas.

—Es que la gitana me abrió los ojos. Antes no sospechaba.

—Pues allí pudiste hablar.

—No hablé porque tú estabas de arranque y había que aguantar la cosa.

—Pues ahora también hay que aguantar y tomar eso de don Simeón.

—¿Lo ves? Si yo digo en Navas que no voy al médico hubieses dicho que lo que se empieza hay que acabarlo, y que si me había levantado los cascos la gitana embustera.

—No. Si es que ahora tampoco lo creo.

—Ya sé cómo tienes de dura la cabeza. Y me voy a tomar las gotas y los tragos que quieras, porque no es la hija de mi madre de las que se arrugan, aun a sabiendas de que arruino mis entrañas.

Se tomó la Nicasia la medicina y antes de acabar la comida le entraron unos sudores fríos, una palidez y una debilidad en los movimientos que aquello parecía la muerte. El Zuero la tendió como pudo en la cama y, por ser hombre de conciencia, le tomó un sobresalto tan grande que se arreó a sí mismo unos pescozones y le cayeron unas lágrimas de verse con tanta soledad en aquel apuro.

Menos mal que el rato, sin más remedio, fué poniendo mejor a la Nicasia. Volvió el color, le recorrió el cuerpo un buen ánimo y le quitó mucho pesar al marido.

—Yo que tú, ahora que estoy casi bien, para salir en dudas me llegaba en dos brinco con la «Parda» a por la tía Zocata.

El Zuero no quería ya más que dar gusto a su mujer. Le pesaba el trance y en dos voleos ensilló

a la mula, montó y arreó a por la Zocata, que, al menos, le daría compañía.

Menos, todavía, tardó en la vuelta. La Zocata, que no era buena amazona, pese a lo que se asegurase de sus cabalgadas nocturnas, iba en las ancas tirando al Zuero de la chaqueta para que sujetase a la «Parda». Cuando entraron en la casa ya estaba la Nicasia levantada, junto al fuego y tapada con un mantoncillo, porque dijo que le daba algún escalofrío.

A la Zocata, el Zuero ya le había dicho sus cosas mientras la andaba; de modo que llegó a la enferma, le retiró bien la piel de los párpados con un par de dedos y la miró fija y segura en las pupilas.

El Zuero contenía la respiración de tanto anhelo. Y se volvió la vieja a hablar, sonriendo con sus dientes de non.

—Lo que tiene esta mujer, bien pronto se ve.

El Zuero dió un respingo y a la Nicasia se le hizo la sangre mieles.

—Que tome un cocimiento de higos dulces en agua templada para que eche el veneno que se ha tomao... Y a esperar, Zuero, que por fin vas a ser padre y ahora la espera es cosa de poco.

Como si fuera un sacramento se tomó el brebaje la Nicasia. Echó el veneno de las gotas y cuanto pudiera tener en el cuerpo. Casi se puso peor que antes, pero ahora estaba contenta y parecía no sentir el mal. Al Zuero tampoco le apuraron las bascas, porque aquello era cosa seria, y arrojó por la ventana el frasquito de la farmacia. Ya no le pararon los vómitos a la Nicasia hasta el día del alumbramiento y se quedó muy débil, muy agotada. Pero tan contenta, eso sí.

—¿Ves, Miguel? Esta mujer me lo ha hecho mover; me lo ha dao vida. Si no es por ella se me queda ahí dentro, muerto, el angelico.

El Zuero asentía y la contemplaba como en los sponsales. Pensaba en lo que es eso y en lo hermosa que está la vida.

Ya dije que el parto fué una noche de febrero y, por cierto, que hacía buen frío. Por cierto que venía un viento de Norte...

A las nueve y media ya estaba el Zuero, caballero en la «Parda», camino de Navas. Iba en busca de la Zocata. Con la mano izquierda se subía las puntas de la capa intentando proteger el rostro; con la derecha, riendas en ella, mantenía el buen andar de la mula.

Dió dos aldabonazos secos que hicieron retumbar la calle. No esperó a más la Zocata para asomar la cabeza por un ventanuco de la zahúrda.

—¿Quién es el alma?

—Baja, Zocata, que la Nicasia está con dolores.

—En seguida arreglo.

Miguel, el «Zuero», oyó a su lado el golpe de algo metálico que había caído, supuso en seguida que era una llave y la buscó a tientas porque su mechero de campo no daba claridad. Pronto tropezaron sus dedos con el frío redondo de una llave enorme. A ciegas también buscó la cerradura en el portón llevando por delante la mano izquierda. Al recorrer la madera, vieja y carcomida, una astilla



puntiaguda y mal intencionada se le hincó carnes adentro en lo más grueso del dedo. Soltó una blasfemia horrible, de las que hacen bajar las orejas a las bestias, y en el instante, como movimiento de magia, suave, sin estridencias, el paso se abrió.

Apareció la Zocata con un candil renegro del que salían llamas altas y amarillas; al fondo, la habitación, oscura y misteriosa, parecía no tener fin conocido. Un vaho húmedo y pegajoso, entre agrio y exudado, se desprendía de la casa.

—Te eché la llave para evitarte el frío y veo que anduviste torpe con la cerraja.

—Los nervios son, Zocata.

—No temas, que ahora tu mujer estará tranquila. Anda, pasa, que no querrás que me falte abrigo cuando no falta hielo.

Levantó el candilón en alto para que el Zuero viese unos escalones de piedras desgastadas, por los cuales se disponían a subir. La luz reflejó, incierta, en las paredes y distinguióse, tal la ráfaga de un relámpago, un Santo Cristo enorme y doliente, de crispada boca y humana cabellera. El Zuero se estremeció como de fiebre pensando en su blasfemia de hacía unos minutos.

A la escalera se le daban tres vueltas. Eran unos peldaños cuadrados, encajonados entre paredes ásperas. Arriba estaba la principal estancia de la Zocata.

Una vela alumbraba en una mesa central redonda, sin que pareciese preocuparle mucho a la vieja la economía; el candil lo colgó de una alcayata recia.

Con los dos fuegos, la pieza quedaba bastante bien iluminada. Unos maderos desiguales, retorcidos, bajaban desde las alturas de sobre el portal para terminar rozando el montante de una raquítica ventana. La vieja desapareció en una especie de alcoba y un gato de arqueado lomo empezó a frotarse a gusto contra las canillas de Zuero. Eso, tan corriente, casi puso al hombre al borde de la desesperación. Se estuvo quedo, contentiendo la respiración, y a no ser por hacerse el cargo de que llevaba una misión delicada con ganas le habría soltado al felino una buena patada.

Y todavía fué peor para el Zuero observar que en el rincón había otro gato inmóvil, como reservando sus movimientos para un ataque. Desde que lo descubrió no pudo apartar de él los ojos. Hubiera preferido que saltase de una vez en plan de desafío. ¡Allá se hubieran visto!

Volvió la vieja muy abrigada, ya dispuesta a correr la aventura del frío. Se dió cuenta de que el Zuero estaba como encantado contemplando la quietud del gato.

—Está disecao—dijo—, por eso es tan manso. Ya va para tres años que murió. Eso era gato; éste apenas me sirve para nada.

Y agachándose cogió al animalillo por la piel del lomo y lo dejó colgado por las patas traseras de un nudo corredizo que pendía de la misma alcayata del candil.

—En lugar de atacar a los ratones se me comería cualquier cosa.

Luego apagó las luces, cogió al Zuero de una mano y le guió despacio, entre trompicones, hasta la calle. El gato mártir gemía, entretanto, lastimeramente.

Los gemidos taladraban el ancho silencio de la noche. El Zuero, con la cabeza entre las manos, fumaba un cigarrillo mal liado que volcaba de cuando en cuando una catarata de chispas sobre los recios pantalones de pana. Ni se molestaba en sacudirlos y ellas solas morían en los fríos surcos de la tela sobada.

A la Nicasia no la consolaban las palabras de la Zocata porque tenía el dolor muy adentro y la vieja, con decires y hierbajos, no conseguía echarlo fuera.

Cuatro horas llevaba la madre peleando de firme para cumplir buenamente su sacrificada misión. Primeriza y con tantos años, la cosa estaba dura. A cada esfuerzo inútil la debilidad le ganaba; ratos había en que sus quejidos eran más bien estertores, quedando extenuada, con los ojos cerrados y toda sin movimiento.

La Zocata se decidió a hablar claro, porque hay ocasiones en las que, aunque nos duela como si fuese la piel, no tenemos más remedio que arran carnos de un golpe la careta.

—Zuero; coge la «Parda» y avisa a Pellicer.

Miguel la miró, entre brumas, desconcertado e idiota.

—Y ¿qué?

—Que vayas a Navas a por el médico.

—¿Es que se muere?

—No, no. Pero bien puede ser que al menos la cria se ahogue.

Oír aquello y volar a la cuadra; ensillar la bestia y ponerse de nuevo en camino, fué cosa de instantes. Con la madrugada había caído una niebla muy densa. De vez en vez los cascacos acostumbrados de la «Parda» tropezaban con alguna piedra raída y saltaban chispas del encontronazo. El Zuero dejaba orientarse a la mula, bien templada, y sólo procuraba azuzarla y sujetarse.

Cuando el Zuero soltó los dos picaportazos en la puerta de don Simeón, se oyó por dentro, inmediatamente, un rumor de conversación. Se abrió la ventana y apareció el ama, una vasca hombruna con la que había intimado Pellicer en un verano de su juventud en que fué a tomar baños a Algorta.

—¿Qué es a estas horas?

—Soy el Zuero, el del Campolargo, que tengo a la mujer de parto.

El ama se entró y por la ventana entreabierta, de la que salía una claridad nubosa, se la oyó conferenciar con el señor. Pronto bajó la vasca a abrir la puerta; en la escalera ya estaba don Simeón vestido con unos pantalones anchos, unas botas altas muy raspadas y con una pelliza vieja al brazo. En la parte superior del cuerpo sólo llevaba puesta la camisa mal abrochada, por la abertura de la cual asomaba un vello delgado y cenizo.

—Treinta y dos años llevo de carrera y aún no he tenido tiempo de estudiar a fondo la razón científica de por qué las mujeres paren casi siempre de noche—le dijo a Miguel—. ¿Y mi boina, Mari? Mari. ¿y mi boina?

Era gracioso oír llamar con ese nombre, que tiene un no sé qué de delicado, a aquella mujerona que le sacaba al Zuero su buen par de dedos de estatura y a don Simeón más de la cabeza. Vestía ella una amplia falda negra, con vuelo abajo y es trecha en la cintura, y por los hombros se había puesto una manta roja pequeña, cubriendo su enorme osamenta, libre y descuidada sin duda hasta hacía bien poco. La mujer, dirigiendo miradas rencorosas e imbéciles al visitante, escudriñaba por los rincones.

—¡Mari, Mari! ¿Cómo buscas por ahí, mujer?

Pero ella ya volvía con un cubrecabezas de visera a cuadritos negros.

—Gorra sólo le hay, señor...

—¿Y por qué gorra, Mari?

—Hay niebla y el ojo llora de agua fría. Cuida no pasmes, señor.

—Bueno. Al fin y al cabo, con gorra está uno más turista.

Entre don Simeón y el Zuero aparejaron el caballito negro y brioso del médico en un santiamén. Entre tanto, éste le habló al labriego:

—Pero, oye, ¿tu mujer no estaba enferma del corazón?

—Puede, puede... Pero me salió encinta, señor Pellicer.

—Malo.

Miguel iba teniendo cada vez más miedo.

—Cuando una mujer de esas condiciones queda encinta, hay que llevar con ella unos cuidados y un régimen especial. Consultar con el médico. Pero es que vosotros creéis saberlo todo y, además, os hace duelo soltar los tres duros.

Al Zuero le vinieron ganas de aplicar a la cara barbuda del médico, que con su tic nervioso parecía que se le burlaba, dos bofetadas sonoras.

Aquella noche había que estar de aguante.

—¿Cuándo ha empezado con dolores?

—A cosa de las nueve.

—También has tardado en avisar.

—Sí, señor...

No se veía un perro a dos dedos. Emparejados el médico y el Zuero, distinguían sus siluetas respectivas como figuras veladas y fantasmales; un chorro de vapor, como otra niebla más blanca y fina, escapaba de los alientos de las bestias y de los hombres.

—¿Esperabas asistirte tú? ¡Eh, Zuero!

—No, señor. Mas que como a veces las mujeres tienen barruntos largos, no quise molestar a des tiempo.

—Más me has molestado así; de salir, pronto ¿me explico? Y luego que tarde lo que quiera.

—Sí, señor.

Repentinamente sintió el Zuero un ruido sordo a su derecha; en seguida un lamento subió del suelo como si allí hubiera un animalito atropellado. La «Parda» iba a buen paso y le costó mucho obedecer a la brida. Descabalgó Miguel y volvió a oír atrás los lamentos, más rabiosos, y palabras claras.

—¡Así me lleven los diablos, eso es!

Era don Simeón.

—¡Podía parir la madre del lucero del alba!

El médico estaba sentado en la orilla del camino, palpándose el hombro derecho. «Caracol», su caballo, como clavado en el suelo, le miraba con ojos mansos y obedientes.

—¿Qué ha sido eso, don Simeón?

—¡Maldito parto, maldito camino y maldita noche!

—¿Está herido?

—Herido no creo. Pero el hueso ya duele, ya...

—¿Qué ha hecho «Caracol»?

—El pobrecillo, nada. Es que ha resbalado en alguna lisura y se arrodilló.

Ayudaba Miguel a levantar al médico.

—Y, claro, yo, que iba descuidado, caí por las orejas. ¿Me explico?

El Zuero estaba todo turbado y llevaba el pensamiento de don Simeón Pellicer a su pobre mujer, que sabe Dios lo que sería de ella. Reflexionaba, en silencio, que cuando a un hombre se le ponen las cosas mal, por más que bratee contra corriente al fin se ahoga.

Subió al caballo don Simeón con muchas pampinas, mientras el Zuero le tenía el estribo.

—Yo soy de esa pasta de hombres que tienen la corteza muy hecha, pero son todo por dentro levadura. A mí, si me toca sacarle a alguno las tripas, se las saco lo mismo con el bisturi que con el de monte; ¡pero que no me vengan con una necesidad, y más si es de parte de mi profesión! Por eso dice Mari lo que dice...

El Zuero callaba y callaba, y no apartaba el pensamiento de su Nicasia.

—Zuero, búscame las alforjas que se han dado a caer.

—Déjese de alforjas, don Simeón, y abrevie. Hasta bien entrado el día no ha de pasar por aquí alma; yo se las buscaré con la primera luz.

—¡Bruto, bruto! Llevo en ellas los fórceps y si las dejo es como llegar tarde y no tener llave.

Convencido, se puso Miguel a buscar las alforjas. «Caracol» las pisaba.

—¡Alza!

—¡Alza, «Caracol»! Ni por esas...

Entonces fué cuando el Zuero se dejó remilgos, diplomacias y demás esperas a un lado. Con un pedrusco bien granado le atizó a «Caracol» en el anca que a poco se la quiebra. El caballito trotó como un conderado. Recuperó Miguel las alforjas y subió a su «Parda».

Por el Este parecía venir un algo más de claridad.

Lo más malo fué encontrar don Simeón a la Zocata junto a la Nicasia. Esta seguía con sus quejidos, y ya de largo la oyó Miguel que fué como si le viniera a herir la esperanza; una herida cosquillosa y dulce.

La Zocata aplicaba a la parturienta, en la frente, unas compresas húmedas y ésta parecía más animada, con mejor color. La escena, que tanto reconfortó al Zuero, a Pellicer no debió hacerle gracia porque tomó a Miguel por la capa y le habló muy atravesado.

—¿Sabes qué te digo? Que los del campo pareáis tontos y sois peor que la ortiga.

—¡Verdugo!—pensó el Zuero—. ¡Verdugo!

—¿Tienes las alforjas?

—Aquí están.

Dispuso el médico aquel instrumental acerado, que parecía útiles de tortura a la luz misteriosa de los candiles. La doliente lo miraba preparaf temerosa y durante unos instantes se le olvidó la manera de producir cualquier sonido de queja.

—¿Qué va a hacerme, don Simeón?

—Nada, rica, nada. Dejarte tranquila, que ya es hora.

La Zocata se había sumido en la penumbra con ánimo de desaparecer; mientras don Simeón obraba, teniendo al Zuero cerca le dijo por lo bajo:

—Yo, Miguel, me voy, que aquí sobro.

—¿Cómo vas a llegar sola a Navas con esta noche?



—Soy mujer que no me apuro. Cuando tengo que llegar a un sitio, llego. Adiós.

Algo de la conversación debió de llegarle a Pellicer, porque apenas dió la vieja el primer paso hacia la puerta la detuvo reteniéndola del mantón.

—Zocata, aquí quieta que ahora vas a ser útil. A mí no me gusta fajar críos ni atar ombligos. Si no hay más remedio lo hago, pero no es mi gracia.

La Zocata no tuvo voluntad para decir nada y se quedó allí como una esfinge.

Don Simeón había prendido fuego al alcohol que achara en la caja metálica del instrumental y que desinfectaba ardiendo. Eran unas llamas azules y asmáticas que en ocasiones parecían perder el aliento de la combustión; en el techo se reflejaban, bailoteando, las más extrañas claridades. Fué el médico a la parturienta y por debajo de la ropa camera maniobró. La angustiada Nicasia respingóse con unos estridentes gritos, como salidos de un metal mellado.

—Lo que me figuraba, lo que me figuraba—fué diciendo por lo bajo Pellicer, mientras volvía al instrumental. Miguel era más muerto que vivo y a la Zocata aquello no le decía nada.

—Tengo yo buen ojo, Miguel—le dijo el médico al marido—. Al fin llevo más de treinta años de profesión, ¿me explico? Oye, ¿y dices que tu mujer tiene algo de corazón?

—¡Verdugo! ¡Verdugo!—pensó el Zuero, y añadió con la cabeza como un autómeta.

—Ahora vamos a ver.

Recogió el doctor sus útiles y de un tirón echó al suelo las ropas que cubrían a la paciente. Miguel no quiso ver nada y se puso cara a la pared. Se acordaba de la Providencia o del Cristo de Turbiona. Rezaba entre dientes, si aquello era rezar. Don Simeón se repizó las narices, humedecidas por el violento frío, y se dispuso a acometer. Con dificultad introdujo la rama macho del fórceps mientras la Nicasia estaba asombrosamente quieta; hecho esto miró a su alrededor y a grandes voces ordenó a la vieja curandera, que permanecía en el mismo sitio:

—¡Zocata! ¡Acércate, mujer! Toma esta cuchara y témmela así, como yo te la doy.

La mujer obedecía sumisa, deprimiendo en la dirección que el médico le ordenaba. El, entonces maniobró convenientemente con la otra rama del aparato.

Miguel extrañaba aquel silencio de su mujer y pensaba:

—¡Ya la ha matao, la ha matao, por Dios!—pero no se volvía porque era mejor verlo así, figurado en la pared oscura. Parecía que sobre la superficie imprecisa del muro el Cristo de Turbiona se transparentaba entre velas con los labios hinchados y la cabeza gacha y amorosa. Todo era mejor así, como si él, el Zuero, se hubiese quedado con la sordera y la ceguera de los difuntos.

De repente su sordera se rompió con un llanto. Como un hilillo débil y persistente, igual que el agua diáfana y solitaria de un manantial cerrero, llegaba el lloriqueo de una criatura. El Zuero sintió lo áspero de la barba humedecido, tal que si hubiera puesto la cara bajo la frescura del chorro.

—¡A mis años!—y entonces sí que se volvió para ver aquello. Su mujer, atendida por el médico, respiraba aunque tenía los ojos cerrados y en el rostro una palidez de muerte. La Zocata, con mucha disposición, manejaba a quien acababa de nacer.

—Es un niño, Zuero—le dijo don Simeón sin volverse—. Y buen ejemplar, ¡bueno!

Entonces el padre lo miró. Era una cosa encarnada y bastante grande que estiraba los miembros como con dificultad. Don Simeón acabó su faena y la Nicasia, pidiendo al hijo, sonreía como si tal cosa. Bien envuelto se lo dió la Zocata.

—Yo me vuelvo a Navas, que aquí ya no hago falta—dijo Pellicer—. Pero antes, Zocata, mírame este hombro, por tu madre, que cada vez me duele más. Para eso de los huesos sí que eres tú cosa buena...

La Zocata le anduvo al médico en la articulación y éste puso unas caras compungidas y hasta se tragó un par de gritos que le empezaban en el gañote. Luego dijo la vieja que no era cosa mayor y que se colocase una venda prieta.

—¿Y cómo se va usted ahora solo?—le dijo Miguel al doctor cuando se puso éste la pelliza.

—Solo, solo. No necesito a nadie. Vocstros cuidad de que la Nicasia no se duerma hasta que venga bien clara la luz del día.

El nacimiento de Miguelito fué el comentario de Navas y de todos los caseríos. Más nombrado que él, en aquel tiempo, ni el Gobierno ni la sequía. Sobre todo a las mujeres se les hinchaba el pecho y los carrillos de admiración.

—¡Muerta estaba cuando don Simeón le sacó el chico y la volvió a la vida!

—¡Y a los sesenta años!

—Don Simeón tiene mucho ojo, ya os lo digo yo, aunque parece a veces que tontea.

Y don Simeón en aquellas fechas andaba malucho, por cierto. Que si el frío de la noche del parto, que si la caída, la cosa era que no se encontraba bueno. Poco más de veinte días contaba Miguelico cuando la Mari salió a la calle dando voces. La vasca iba desmelenada y como loca. Parecía un fantasmón vacilante agitando las aspas de los enormes brazos.

Subieron los vecinos a la casa y se encontraron una cosa muy triste e inesperada. Don Simeón estaba echado en aquella especie de sillón de paja de su consultorio, donde dormía algunas siestas, rígido. La pupila lagrimeante se le había quedado muy abierta, cual si hubiese contemplado algo asombroso y aterrador. El otro ojo, semicerrado, parecía el de una gallina a la que hubieran apretado el tragapán poco a poco. Una zapatilla de fieltro le colgaba de un pie, enganchada levemente, como algo ridículamente trágico.

A la vasca hubo que atarla a un sillón fuerte porque se arrojaba a besar al muerto y no consentía que nadie lo adecentase para el viaje. A dos hombres que la sujetaron les mordió en las mejillas.

Se desató la lengua popular y todo fueron suposiciones. Pero en casi todas ellas andaba mezclada la Zocata.

—Creo se encontraron en el parto de la Nicasia y don Simeón tomó un disgusto muy grande.

—Bruja e hija de bruja—la dijo.

—Pues él, anda que no se iría de vacío.

—Seguro...

—Lo llamó legañoso y capa gorriones...

—¡Huy!

—La sofocación le habrá traído el mal; porque don Simeón era muy suyo.

—¡Pobre hombre!

—¡Pobre! Y aquella noche tan fría...

—Cata que no fuera la enfermedad cosa de hechizo. La Zocata es de cuidao...

—¡Y tanto!

Pellicer salió para el camposanto en una cala de galonadura amarilla.

—¡Pobre! No hizo más que bien...

—¡Genio ya tenía, ya!

—Pero eran unos pronto, nada más. ¡Como la espuma de la gaseosa!

La Zocata perdió mucho, mucho, con aquella muerte. Por lo demás todo siguió lo mismo en Navas; vino un médico nuevo, joven, lo menos quince meses más tarde, que desaparecía los sábados del pueblo y no regresaba hasta el lunes. En realidad poca falta hacía. Tomó pensión en casa de la Dorada, la del café, una rubia jamaña muy jugosa, y nadie le hizo mucho caso. Se bañaba en la balsa del molino hasta en invierno y por el balcón abierto se le veía hacer gimnasia desde la plaza. Aquellas excentricidades le parecían a la gente poco serias y le restaron parroquia. Se acordaban mucho más del gran don Simeón.

Mari, la vasca, continuaba en Navas solitaria y macilenta, con la mirada entrecruzada y como ausente. Pellicer debió de dejar algún ahorro y de él soplaban la infeliz. El personal se acostumbró a su presencia intermitente en las calles, a su silencio manso y grave. Por loca algunos la tomaban y de vez en vez salía a la conversación.

—Loca, no. Yo «yamo» loca a la que vocifera y pelea, ¿pero ésa? ¡Si acaso, modorra!

—Joaquín lo ha dicho, ¡modorra! Modorra está como una pera pasada.

—Debe de tener los sesos líquidos.

—Pero aún tiene sesos?

En el café sonaron unas risotas groseras. La Dorada, en la cocina, preparaba un buen adobo para la cena del médico.

Nadie le sacaba de aquello.

Miguelico había tomado del genio de la madre

Contaba ya doce años y era la admiración del contorno por su agilidad y sus mañas. Tenía el carácter ardiente y decidido, era ágil y fuerte y la libertad de su crianza, si bien le perjudicó en lo moral, le vino pintada en lo físico. Todos los escasos árboles crecidos en varias leguas, sintieron los pies firmes, las manos garfiadas, los brazos elásticos del muchacho, rozar o asir sus más encumbradas copas. Las tordellas no abundaban en los alrededores de Navas; pero desde que Miguelico las buscaba casi se podía contar especie desaparecida. Contra ellas usaba el perdigón, la piedra de honda o tirador, el asalto a los nidos, los cepos, las trampas y todo cuanto su ingenio, que no era escaso, y su voluntad y destreza, que tenía de sobras, le proporcionaban. Moreno como un africano, vivo como una ardilla, muy desarrollado y largo para su tiempo, era una especie de gloria local. Mala uva tenía a manta, eso sí, y se tomaba la venganza siempre por su mano y con creces; pero sabía aguantar cualquier rayo que estallase sobre sus espaldas sin dar parte a nadie ni indisponer. Las gentes le querían de lejos, pero le querían, y a más de cuatro padres y a más de doce madres se les iba la envidia por los ojos y por la lengua:

—Los hijos de los viejos relucen como espejos...

—Hijos de viejos o tontos o parejos...

—Sí, sí, pues lo que es éste...

Además, si se le sabía tratar, era servicial y útil más que nadie. Lo mismo apañaba una tinaja que montaba un espantapájaros tan propio como un duque, que machiembraba dos cabos de acarrear sin que apenas se notase la nudosidad. Y todo ello sin cobrar una perra por el juego...

Don Senén, el maestro, que fué liberal cuando todavía no se sabía en qué consistía eso y ahora era un viejecillo fofa, triste y con espejuelos, lo decía a boca llena.

—Este chico como alumno es muy malo; pero si en España la fantasía sirviera para algo, ganaba Madrid en cuarenta y ocho horas.

Con este motivo, por primera vez en incontables generaciones, se quebró la herencia de apodo de los Zueros. Miguelico se llamó Fantasía.

Nadie lo sacaba de aquello. Se encerró en un silencio muy suyo y muy voluntarioso. En la cama estaba tendido mirando casi siempre a la pared. Ni sus padres, ni don Senén, ni nadie. El médico le hizo la cura pero no quiso confianzas, aunque el tío Miguel le instó a que le hablase por si le sacaba algo más.

—¡Pero cómo es posible que a ti te haya pasado eso!—le decía el Zuero por ver si le pinchaba en la potra del callar—. ¡Tú, que eres capaz de subir a la torre con los dientes!

—Mira que te quiero bien, hijo, que te quiero bien—torbaba el maestro—. Habla de una vez.

—Lo que he dicho es lo católico. Yo estaba subido en un árbol alto cuando salió un pájaro grande y negro, un cuervo sería... y me asusté. A cualquiera le pasa pillándolo desprevenido. De allí va uno al suelo.

—Pero qué pájaro ni pájara, árbol ni calligustre—replicaba confuso el padre—. si no había ninguno lo menos en veinte metros...

—Porque me arrastré, porque me arrastré...

—A ti lo que te han dado es una paliza, porque hay muchos que te tienen envidia. Muy hombres serían, con una criatura... Pero te juro que me las pagan todas y habla de una vez.

En la próxima visita consultaron con el médico.

—¿No le parece a usted, señor, que mi chico tiene una paliza? Además de las piernas partías tiene unos verdugones en los brazos y en la espalda. Y arañazos por toa la cara, que a la vista están. Y aun lleva una señal en el cuello como de un dedo que le hubiese apretado...

El médico dijo que puede que sí; pero que también pudo dañarse con algunas ramas en la caída e incluso contra el mismo suelo, además del derriemento de los piernas.

—Y ésas, ¿qué le parecen?

—Que por bien que queden, no le permitirán la vida de antes. Se le notará siempre. Son tres roturas entre las dos y gracias a la edad que tiene. Quedará más o menos inútil, pero inútil. Baldado, como usted dice.

Don Senén, presente, lanzó al médico una mirada de rencor. Dióse cuenta de que las palabras



habían llegado al muchacho y de cómo le dolían alma adentro.

Miguelico «Fantasía» no adelantaba nada. Allí estaba en la cama tullido, cada vez más silencioso, más desganado, más en diálogo triste y mudo con la amiga pared.

—Voy a llamar a escondidas a la Zocata, que para cosa de huesos es especial—dictaminó el padre.

La Nicasia torció el gesto, pero tenía tan desesperadas sus entrañas de madre que estaba dispuesta a hacer una prueba con el mismo diablo.

—Bueno, bueno. Si tú quieres...

Era curioso como aquella mujer, la Zocata, antes ídolo y panacea del pueblo, había perdido las simpatías desde la muerte del médico Pellicer. Dos o tres días llevaría la vieja dando sus friegas y unturas al paciente, cuando se le acercó a Miguel uno de los que tenían heredad en Campolargo.

—Hombre, mira; me han dicho que va a tu casa la Zocata a la cura del chico.

—Sí, ¿qué pasa?

—Nada; pero ten cuidado. No olvides sus cosas de hechicería...

—Servirán pa sanarlo.

—¡Quién sabe! Es mala mujer, eso es fijo.

Más tarde, en el café, la Dorada hablaba con don Senén bajito cuando entró Miguel.

—Anda, anda. Ese chico se morirá de tristeza, eso es. De pena pura.

—¿Qué se trata?—saludó el Zuero.

—Pues, a propósito—dijo la Dorada—. De tu chico. Sé que lo trajina la Zocata. Nada le he dicho al doctor, porque, ¡menuda!; pero quiero decirte que no te fies.

—¿De qué? ¿De que alguien se lo diga? Puede que ganemos si no viene por casa. Además, veremos quién se lo canta...

—No. No es de eso. Es de las mañas de la vieja.

—Para huesos es entendida. Puede que otras cosas, no...



—¿Y tú no te acuerdas de la muerte de don Simeón?

El labriego quedó parado un instante, como si le trajeran un mal recuerdo.

—Sí, pobrecillo. Fui el último que lo vió cabal.

—Pues, eso. Ya sabes del bochorno de la curandera, de que se insultaron en tu casa. ¿Recuerdas?

—Mira, Dorada, han pasado doce años ya; pero no creo que se dijeran nada de particular. Yo, de todas las maneras, estaba muy nervioso...

—Se comprende. Pues de aquello vino todo. La Zocata no tiene sangre para sufrir antuviones. Ya ves cómo se quedó el médico: como un pajarillo.

—Ya, ya, pobre...

—Y es natural que sea tu hijo, el causante de su sofión, el que ella ahora no pueda ver y le das herramientas para acabar el tajo...

Miguel, el Zuero, empezó a preocuparse. El hijo estaba cada vez más delgado, inapetente y mustio. La piel se le pegaba al hueso, más ya que morena, renegrida, y las orejas se le transparentaban anchas, delgadas, finas como hostias de harina abalada.

Una tarde tuvo con la curandera una explicación.

—Mira, Zocata. Como Miguel se me muera, te agarroto; soy casi tan viejo como tú, pero es que te agarroto con una mano, ¡por éstas!

La mujer se estremeció porque leyó una gran decisión en los ojos del labriego. Golpeó el suelo con la cayada con la que desde hacía algún tiempo se ayudaba e intentó echar la cosa a broma para salir mejor.

—¡Hombre, no está para eso! Además, ¿yo qué culpa tendría de ello? Se muere o no, según Dios quiere. Hago todo lo que puedo; pero lleva mal golpe, eso sí. Aunque él tiene muchos reaños, muchos. ¡Buen hijo tuviste, Zuero!

—Buen hijo, que ahora se me va a morir en tus manos. Si no es por don Simeón no nace, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. El tenía instrumentos, había estudiado...

—Bueno. Pues no te olvides tampoco de lo que te he dicho, anda.

Miguel murió. Fué una consunción lenta y continua que le hizo perder hasta la sombra de su primitiva figura. La Nicasia se quedó pegada al cuerpo, muda; como si ella, con los ojos inmóviles y espantables, fuese ahora la sombra de la muerte guardiana. Al Zuero le dió rebato y se lanzó al campo a hacer alguna barbaridad.

Caminó rápido y sordo hacia Navas, viento de su idea. Pronto supieron los vecinos la muerte del hijo. La mirada del hombre, los brazos caídos, la espalda, más curvada, lo decían. Y también las palabras entrecortadas, pregoneras de una obsesión.

La cuesta de la Zocata se le hizo al viejo llana: tal era la voluntad de sus piernas. Detrás, a distancia, le seguían gentes contemplativas, preguntándose con gozo en qué pararía aquello. Subió los escalones a brincos. No sabía qué brutal voz, muy de su alma desolada, le soplabá al oído, antigua como su misma sangre: «Miguel, Miguelico ha muerto. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!»

Las gentes se lo decían también, de oído a oído: «Miguelico ha muerto. Miguelico, «Fantasia»...

El tropel se detuvo ante la casa. Algunos hombres intentaron seguir al desesperado; pero nadie pisó el umbral.

Se oyeron gemidos; una voz suplicante. De pronto, un bulto oscuro cayó de la ventana al centro del arroyo, rozando en su descenso a algunos de los espectadores.

La Zocata, con el rostro aplastado en tierra, no se movía. De su nariz, boca y oído manaban unas ligeras fuentes de sangre.

—¡La ha matado!

—¿Y ahora? ¿Y ahora, qué?

Varios se aproximaron al pobre cuerpo desventajado y enteco con respeto; los más, con repulsión. Hubo hasta quien escupió sobre la negra mancha del ropaje revuelto. El Zuero bajaba con los ojos inyectados, el paso vacilante. Se sentó en el escalerón del quicio, manso y vencido como perdiz alicortada.

Entonces, por la cuestecilla de la calle, hizo su aparición una figura larga y oscura, aspeando los brazos, las greñas sobre la cara... Era Mari, la vasca.

—¡Soy la dama del sortilegio! ¡Yo soy el cuervo negro y el soplo malo! ¡Yo la ira y la pena! ¡Vengada soy y os veo a todos muertos o en daño! ¡Yo os he conjurado por el mal de mi dolor! ¡Yo puedo transformarme y ser ave, o pez, o aire, o fuego de maldición! ¡En los «batzarres» de las «sorguñías» lo aprendí!

Cayó al suelo, arrojando una baba amarilla, con cuatro dedos de lengua fuera. Los del lugar la recogieron y avisaron a la Guardia Civil...

Mi tío, el capellán, que tiene mucha amistad con las monjas del Hospital de Caridad, me ha contado que, recién cantada su primera misa, aún llegó a conocer en el establecimiento, como asilada, a la pobre Mari. Era una loca muy apreciada entre las monjas por su gran habilidad de rememora. Convivía con ellas muchos ratos, silenciosa y dada a su tarea, en el cuarto de costura. A veces —dice mi tío— pasaba semanas y semanas normal; sólo con aquella extraña mudez y su vivir para adentro. Pero, de repente, se desataba en blasfemias y horrores, en decir herejías y necedades. Las monjas sabían dispensarla, por enseñanza de la caridad y porque tenían costumbre de tratar con mujeres a las que se les ocurría lo más extraordinario. Por lo demás, a pesar de sus invocaciones, frases cabalísticas y teatralismo demoníaco, nunca observaron nada de particular ni del otro mundo. La desgraciada Mari murió un día cualquiera en la ya larga historia de la Benéfica casa...

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA VIDA SILENCIOSA

Por Thomas MERTON



THE SILENT LIFE
THOMAS MERTON

UN monje es un hombre que ha sido llamado por el Espíritu Santo para abandonar los cuidados, deseos y ambiciones de los demás hombres y consagrar su vida entera a la búsqueda de Dios. Este es un concepto que nos es familiar, pero lo que realmente significa envuelve todo un misterio. Nadie sabe exactamente lo que significa buscar a Dios hasta que se encuentra ante El. Ningún hombre puede explicar a otro lo que esta búsqueda representa, si no es que este otro es iluminado, al mismo tiempo, por el Espíritu, que le habla a su propio corazón. En resumen, nadie puede buscar a Dios si no ha comenzado antes a encontrarlo. Nadie puede encontrar a Dios si no ha sido antes encontrado por El. Un monje es un hombre que busca a Dios porque Dios le ha hallado a El. Un monje, por lo tanto, no es más que «un hombre de Dios».

LA PAZ MONÁSTICA

La soledad, la pobreza, la obediencia, el silencio y la oración del monasterio disponen al alma para el misterioso destino de Dios. El mismo ascetismo no produce la unión divina como resultado directo. Dispone sólo el alma para la unión. Las diversas prácticas de ascetismo monástico son más o menos valiosas para el monje según lo que le ayuden a realizar el trabajo espiritual e interior que necesita para que su pobre y humilde alma se llene con el misterio de la presencia de Dios. Cuando las prácticas ascéticas se realizan mal, sirven sólo para llenar al monje de su propio yo y para endurecer su corazón ante la gracia. Es por ello, por lo que el ascetismo monástico se centra en las dos grandes virtudes de la humildad y de la obediencia, que no pueden practicarse si el hombre no se vacía de su propio egoísmo.

Con el fin de llegar a su autenticidad, el hombre debe de purificar su corazón de las tinieblas que producen la ilusión y la falsedad. El corazón «impuro» del hombre caído no es simplemente un co-

EL novelista inglés Evelyn Waugh ha asegurado que Thomas Merton ha descubierto la vida monástica y su significado al pueblo de los Estados Unidos con sus libros. En realidad, esta afirmación está más justificada, pues el genial trapense norteamericano, con sus 15 libros publicados desde el día de su ingreso en la Trapa, tiene siempre asegurado, y sin defraudar lo más mínimo, un puesto en la lista de los «best-sellers» con cada obra que lanza desde su refugio de la Abadía de Gethsemani (Kentucky).

Para los lectores de EL ESPAÑOL no hace falta presentarles al padre Merton, ya que el libro de esta semana, «The silent life», constituye ya la tercera obra que hemos incluido en nuestra sección habitual. En «The silent life» Merton trata, según él mismo nos dice, de dar «una meditación de la vida monástica» con el fin de que todos los que están fuera puedan comprenderla a través de la descripción de uno de los que la viven. Como en todos sus libros, en este Merton muestra, junto con su profunda fe religiosa, su no menos grande alma de poeta, lo que hace más que difícil resumir un libro en el que por dondequiera que se abra se encuentra siempre algo digno de leerse. Por si esto fuera poco, el trapense de Gethsemani incluye también una interesantísima información sobre el desarrollo de las órdenes monásticas en Estados Unidos, que acaban de alcanzar su plena madurez con el establecimiento de la primera Cartuja, aunque sólo sea con carácter provisional, en el año 1950.

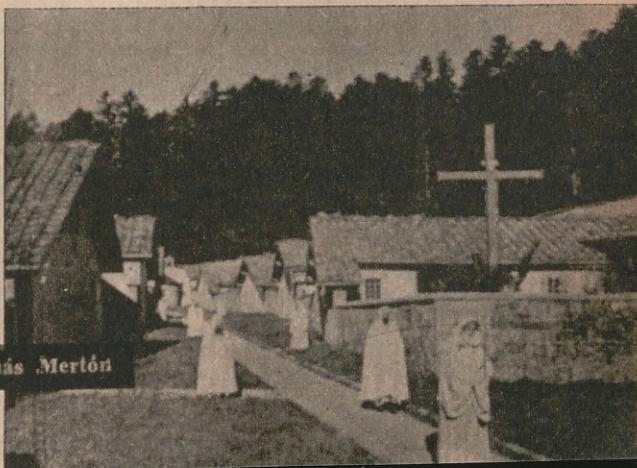
MERTON (Thomas): «The silent life». Farrar Straus & Cudahy. Nueva York, 1957.

razón sujeto a la pasión carnal. «Pureza» e «impureza» significan a este respecto mucho más que castidad. El corazón «impuro» es un corazón lleno de temores, ansiedades, conflictos, dudas, ambivalencias, vacilaciones, contradicciones consigo mismo, odios, envidias, necesidades conminatorias y cariños apasionados. Todo esto y otras mil impurezas más oscurecen la luz interior del alma, pero no son ni la impureza principal ni la causa de las impurezas. El desasosiego interior, básico y metafísico del hombre caído es su convicción profunda e ilusoria de que es un Dios y que el Universo se centre en El. Nótese que esta convicción tiene una base cierta, ya que El mismo es la oscura imagen de Dios.

Pero aunque Dios nos haga libres no nos hace omnipotentes. Nosotros somos capaces de llegar a la perfección si recibimos libremente la luz, el amor y la libertad de Cristo, la que da el Logos encarnado.

La pretensión racionalmente psicológica de ser omnipotente es la profunda impureza que mancha y divide la pura

alma del hombre. Esta exigencia, por parte de un ser limitado, de ser tratado como el ser abso-



Esta es una de las ilustraciones del libro de Tomás Merton



La Cartuja de La Val Sainte

luto y supremo es la terrible ilusión que nos somete a la esclavitud de la pasión, de la locura y al pecado.

Naturalmente, sólo auténticos psicópatas son capaces de proclamar abiertamente esta oculta pretensión. Pero también hay muchos medios de reconocer implícitamente este ilusorio poder divino.

El gran enemigo de la pureza monástica de corazón es precisamente este oculto proyecto básico de ser mejor que los demás, de asegurar su propia libertad a costa de la libertad de los demás, de exaltar la voluntad propia sobre la voluntad de los otros y de tratar de realizarse sobre todos.

La pureza de corazón, el amor perfecto, es el comienzo de la unidad del monje consigo mismo. Libre de ilusiones y de proyectos egoístas, independientemente de la penosa necesidad de servir a su propia e inexorable voluntad, el monje comienza a ver cuán dulce es el yugo del servicio de Cristo y cuán ligera es la carga de la libertad divina. La pureza de corazón es también el comienzo de la unión del monje con sus hermanos. Se trata de una auténtica unión, ya que la caridad monástica no es un simple contrato social, que es un simple negocio al que se llega por acuerdo de muchos egoísmos. La pureza de corazón se alcanza sólo cuando las voluntades separadas de todos los hermanos se hacen una sola: la voluntad común, la voluntad de Cristo.

El monasterio es un tabernáculo en el desierto sobre el cual la «Shkinah», la «Lumen Luminosa» de la Divina Presencia, casi desciende visiblemente. El monje es alguien que vive inmerso en la divina presencia, al igual que los hijos de Israel, cuando a través de Moisés escuchaban el mandato divino y luego trabajaban en construir el tabernáculo del testamento. También la comunidad monástica, guiada por el abad, que representa a Dios, une todos sus esfuerzos en la tarea de la construcción de un santuario. El monasterio no es nunca una casa, una vivienda para hombres: es una iglesia, un santuario de Dios. Es un tabernáculo del Nuevo Testamento donde Dios viene a morar con los hombres, no sólo en la nube milagrosa, sino en la mística humanidad de su divino Hijo, a quien prefiguraba la nube.

El silencio de los bosques, la paz del viento de la aurora, que mueve las ramas de los árboles, la

soledad y el aislamiento de la casa de Dios, son todos ellos buenos, porque en este silencio, porque en esta tranquilidad, en esta soledad y en este aislamiento mundanal, Dios gusta más de revelarse íntimamente a los hombres. El humilde trabajo en los campos, las tareas en los almacenes, cocinas y granjas, son buenas, porque dividen y dispersan las cargas de la vida material, porque distribuyen los cuidados y las responsabilidades, para que así ningún monje tenga que pensar en excesivo número de cosas materiales. Todos contribuyen a la paz y al recogimiento, sin ansiedades indebidas.

El monasterio es antes que nada y por encima de todo un «tabernaculum Dei cum hominibus», la «puerta del Cielo», un lugar a donde Dios viene con su infinita caridad para mostrarse y darse a conocer a los hombres. Toda la fuerza vital y fructífera del monasterio deriva de su vitalidad para contribuir a este fin esencial.

«IN UNITATE»

Cuando se observan los destinos de una comunidad de frailes, el hombre más importante del monasterio lo constituye el abad, quien por su carismática vocación ocupa el puesto de Cristo en el monasterio. La función del abad en el monasterio es la de dar a sus hijos la madurez espiritual que proporciona la libertad y la sabiduría cristiana. Las fiestas del año litúrgico nos traen este misterio de manera simbólica y viva. La familia monástica se reúne con especial solemnidad en la Iglesia abacial. Es allí, ante el altar mayor, donde la comunidad adquiere conciencia de su vocación y de su carácter sobrenatural. Cuando el abad celebra la misa pontifical, estamos unidos no sólo el cuerpo monástico en un solo corazón y en una sola voz en la oración, sino con todo el cuerpo místico de Cristo, unidos con Él en la adoración de su Padre. Y aquí recordamos que la invisible realidad es mucho mayor que lo que vemos. Comprendemos una vez más la tremenda profundidad y el gran silencio que yace bajo las palabras, pensamiento y símbolos de nuestra fe.

Estamos en presencia de la invisible y perfecta liturgia celestial, una liturgia imprescindible para nuestras inteligencias, cuyos cantos son silenciosos, cuyas oraciones se esconden en Dios, una liturgia de alabanza que sale de Dios como un río de fuego para quemarse en sus criaturas y consumirse en ellas.

Aquí, ante el altar, donde la comunidad se reúne para el banquete eucarístico, nos damos cuenta que los solitarios del desierto están también presentes. Esta misa es tanto suya como nuestra. Nos damos cuenta de que los cautivos y los confesores de la Fe, ocultos en los presidios y en las minas de los perseguidores, están también presentes. Esta es también su misa más que la nuestra. Nos damos cuenta de que las almas inmersas en el misterio de la muerte y todavía no purificadas, están también presentes. Es su misa más que la nuestra. Recordamos finalmente a todo el organismo del pasado monástico, a su presente y a su futuro. Toda la Iglesia está presente aquí en este Sacrificio. Porque toda la Iglesia de Dios, es una en caridad y en el espíritu de Jesucristo, la Caridad, lanzada por el Espíritu Santo es la vida y la forma de los principios activos de la vida monástica, y por ello está oculta, silenciosa e inmensa en el misterio. Pero hay también elementos visibles, factores materiales que deben ser animados por este espíritu oculto.

El elemento material, la carne y los huesos, que cubren este espíritu solitario con el poder de actuar en el mundo de los hombres es lo que busca la observancia monástica. Esta varía en detalles de una familia a otra, pero esencialmente es siempre la misma. Trata de crear una estructura dentro de la cual puedan los monjes cumplir sus deberes. En nuestra época, en la que ya pocos monjes viven en el desierto, las reglas y los usos del monasterio, crean algo del silencio del desierto espiritual, a través de la soledad, del desarraigo, la pobreza, la austeridad, el trabajo y la oración.

Las variaciones de la disciplina monástica dependen ampliamente de las diferentes reglas a que se someten. Las mejores normas monásticas no son necesariamente las más austeras, pues la severidad no es la única norma de valor en el monasterio. Las reglas son buenas si están adecuadas a sus fines y si una regla es demasiado aus-

tera, el hombre puede convertirse en una máquina y cesar en ser un hombre de oración. Las más austeras reglas, y las que buscan reproducir lo más estrictamente la pureza de la vida monástica, dan la mayor importancia a la soledad, la penitencia, el trabajo manual y la vida contemplativa. Las reglas menos austeras tratan de dar a la vida monástica una respuesta para un gran número de vocaciones que encuentran el puro ideal, insoponible. En estas reglas se da gran importancia a la oración litúrgica, a la vida comunitaria, al trabajo intelectual, a la enseñanza y al ministerio apostólico.

Estas dos tendencias, la solitaria y la social, están siempre unidas en cualquier forma de vida monástica organizada. Todos los monasterios son en cierto modo una mezcla de vida solitaria y comunitaria. Los cartujos llevan una vida semi-eremítica. Todos los monjes tienen su propia celda y se puede decir que forman parte de una comunidad de celdas. Los camaldulenses, que son quizá, los más flexibles y los más tradicionales de todos los monjes occidentales en su observancia, mantienen comunidades cenobíticas y eremíticas.

Los trapenses, cistercienses y ciertas familias benedictinas, mantienen la vida cenobítica en una soledad que garantiza la práctica estricta del silencio y la clausura. Los benedictinos de Solesmes, manteniendo el principio de la soledad y aislamiento del mundo y guardando silencio dentro del Monasterio sienten conciencia de una especial misión en el mundo para mayor gloria de Dios.

La austera tradición de silencio y contemplación de la vida monástica no carece de elementos de profundo y vital humanismo, pero por encima de todo posee una tradición de desarraigo, austeridad, fe y oración. El estudio, la liturgia, el arte, la agricultura, la educación y la escritura tienen su lugar en la austeridad y la soledad monástica, pero su puesto es y debe ser secundario.

PROLIFERACION DE LOS CISTERCIENSES EN LOS ESTADOS UNIDOS

La familia de los cistercienses está hoy dividida en dos grandes grupos: los de la estricta observancia o trapenses constituyen un homogéneo y unificado orden y los de la común observancia forman toda una serie de congregaciones más o menos flexiblemente organizadas y no sujetas a reglas uniformes.

Monasterios de la observancia común se funden todavía en Baviera, Austria y Suiza. También Hungría, antes del advenimiento del comunismo, constituyó uno de los baluartes de la común observancia cisterciense. El principal monasterio de la Sagrada Orden Cisterciense de Norteamérica es fundación del abad húngaro de Zirc: el priorato de Spring Bank en Wisconsin.

El rápido crecimiento de los cistercienses de la estricta observancia en los Estados Unidos durante los últimos veinte años ha constituido un importante y raro fenómeno de la historia monástica. No ha llegado todavía el momento para calibrar en toda su importancia el movimiento. Cuantitativamente ha pasado su cima. Pero la historia monástica no se evalúa en números y estadísticas y todo depende de la calidad espiritual del residuo. Ha habido centenares de vocaciones en las grandes abadías norteamericanas de Gethsemani y Spencer, así como en sus más importantes fundaciones. De todos estos centenares, como era de esperar, más de la mitad no han permanecido en el monasterio. La generación de los que se quedaron ha alcanzado ahora su madurez religiosa y se muestran dispuestos a representar una activa parte en los destinos monásticos de los Estados Unidos.

Las fundaciones continúan. La abadía de Nuestra Señora del Valle y en Rhode Island se quemó y se destruyó en 1950, teniendo que trasladarse al espacioso y agradable nuevo monasterio de Spencer (Massachusetts). También Nuestra Señora de Guadalupe, fundada en 1947 en Nuevo Méjico, se trasladó a Oregón en 1955 en busca de mejores condiciones. Por otra parte, Gethsemani estableció una fundación en 1949 en Carolina del Sur, sobre una extensa y antigua plantación, cedida por Henry R. Luce y Clara Booth Luce. Mepkin es uno de los más tranquilos y hermosos monasterios de la orden. Pequeño todavía y prácticamente desco-

nocido se desenvuelve tranquilamente como lo hace una fundación cisterciense que no está muy distante de convertirse cuando menos se lo piense en enorme. Otra nueva fundación de Gethsemani es la establecida en Genese Valley (estado de Nueva York) en 1951. Nuestra Señora de Genese se muestra en muchos sentidos como una excelente comunidad llena siempre de juventud, energía y celo. La más reciente de las fundaciones de Gethsemania es la llevada a cabo en California en julio de 1955. Nuestra Señora de New Clairvaux se encuentra en el Valle del Sacramento, en Vina Ranch, un conocido lugar que ha representado un importante papel en la historia del norte de California, desde la «quimera del oro». Mientras se imprime este libro llega la noticia de que el Monasterio de Spencer ha realizado una nueva fundación en Snow Mass (Colorado). Los otros monasterios trapenses son los de Iowa, Georgia, Utah, Missouri y Virginia. Un convento de monjas trapenses se ha establecido también en Wrentham (Massachusetts).

LA CARTUJA PASA EL ATLANTICO

Cuando los cartujos desembarcaron por primera vez en América en 1951 pudo decirse que la Iglesia de los Estados Unidos había alcanzado ya su mayoría de edad. La fundación cartuja de Whittingham, Vermont, se encuentra todavía en fase experimental pero su actual desarrollo presenta una simplicidad tan primitiva que uno cree que los fundadores miran hacia atrás, pensando en la gran felicidad que les aguarda en los años futuros.

No existe una auténtica cartuja en Whittingham, se trata solamente de una granja. «Sky Farm» (Granja del Cielo) se llama y en ella se alojan huéspedes y postulantes. Metidas en el bosque hay algunas cabañas que sirven de celdas, cuatro en total. Se han instalado sobre el posible terreno de la Cartuja y no tienen nada de la seguridad y rigidez de la auténtica Cartuja. Allí los eremitas



OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

**INDUSTRIAS RIERA
MARSÀ, S. A.**

Primera empresa nacional de la alimentación

viven en paz, manteniendo la austera regla cartuja, solamente variada por las inevitables modificaciones que exige la naturaleza provisional de su vivienda. Los postulantes que se presentan son probados durante algún tiempo y luego enviados a Europa para que allí realicen su noviciado.

En estos últimos cuatro años la mayor parte de los elegidos no han sido capaces de soportar las exigencias de la orden y de cumplir el ayuno y sufrir el frío y la soledad en el silencio helado de un invierno alpino. Pero de vez en cuando surge un superviviente, que hace sus votos y profesa como cartujo.

La piedra angular de la comunidad americana es uno de los fundadores de Whittingham, un antiguo benedictino, que enseñó psiquiatría en la Universidad católica de Washington, Dom Thomas Verner Moore, que abandonó la capital de la Unión para marchar a España en 1948 y seguir el noviciado en la cartuja española de Miraflores, próxima a Burgos, habiéndose convertido ahora indudablemente en uno de los guías espirituales de las fundaciones americanas.

La Cartuja en América tendrá que enfrentarse con las grandes tentaciones que este país ofrece a todas las órdenes monásticas: publicidad, técnica, popularidad, comercialismo, maquinismo y la vergonzosa propensión a echarlo todo por la borda por el gusto de la fama y la prosperidad (todo ello enmascarado con lo de el «apostolado del ejemplo»). Pero uno cree que los cartujos están equipados mejor que nadie para resistir este ataque del mundo. Toda la estructura monástica de los Estados Unidos puede depender eventualmente de lo que ellos hagan con éxito.

EL MONJE Y EL MUNDO

El monasterio no es ni un museo ni un asilo. El monje permanece en el mundo del que ha huído y permanece como una potencial fuerza, aunque oculta, de este mismo mundo. Por encima de todos los trabajos que incidentalmente puedan unirle con este mundo, el monje actúa sobre él simplemente por ser monje.

Aunque nunca abandone su monasterio, aunque no hable una sola palabra con el resto de los hombres, el monje está inexorablemente unido con el sufrimiento común y con todos los problemas de la sociedad que le ha tocado vivir. No puede escapar de ella ni tampoco lo desea. No está exento del servicio de luchar en las grandes batallas de su época, sino que, como soldado de Cristo, está designado para luchar en esta batalla en el frente espiritual, en el misterio, por medio de la gracia y el sacrificio de sí mismo. El obra así, unido con Cristo a través de la Cruz, unido con todos con los que Cristo murió por ellos y consciente de que esta batalla contra la sangre y la carne, sino contra los espíritus del mal de las grandes potencias.

El mundo de nuestros días vive en la confusión. Ha alcanzado la gran cima de la mayor crisis de la Historia. Nunca hasta este momento se produjo una conmoción tan grande de toda la raza humana. Enormes fuerzas actúan en el terreno espiritual, sociológico económico, técnico y finalmente político. La humanidad está al borde de una nueva barbarie; pero al mismo tiempo existen posibilidades para una inesperada y casi increíble solución: la creación de un nuevo mundo, de una nueva civilización, completamente distinto a todo lo que hemos visto hasta ahora. Estamos frente al Anti-Cristo o el Milenio; nadie sabe lo que ocurrirá.



En este mundo cambiante, los monjes son el baluarte de una Iglesia invariable contra la cual no podrán prevalecer las puertas del infierno. Ciertamente, la Iglesia cambia, porque es un organismo viviente y en continuo desarrollo. Donde hay vida tiene que haber cambio, y por ello las órdenes monásticas tienen que cambiar, desarrollarse y crecer.

Ante el mundo, ante los hombres, ante Dios, el monje se ve sobrecargado con la tremenda responsabilidad de tener que ser lo que está llamado, es decir, un monje, un hombre de Dios y no sólo alguien que huye del mundo, sino que es capaz de representar a Dios en el mundo, alguien a quien salvó el Hijo de Dios por su muerte en la Cruz.

El monasterio no puede ser simplemente un refugio de artificiosa arquitectura gótica, donde se den unas enseñanzas clásicas y se viva una piedad convencional. Si el monje no es más que un burgués acomodado, con prejuicios de clase media y con toda esa serie de habituales vulgaridades, descubrirá que su vida no se ha consagrado a Dios, sino «al servicio de la corrupción» y deberá desaparecer con toda esta fugacidad.

Por otra parte, su vocación le prohíbe descender a la llanura y mezclarse con las luchas que en ella se dan. Las alternativas que el mundo le ofrece, las posibilidades que le invitan a alinearse a un lado o a otro, pueden ser sólo consideradas como tentaciones. Su vocación le llama solamente a lo trascendente. El es, y debe de estar por encima de toda facción humana. Esto quiere decir que probablemente se convertirá en la víctima. No debe renunciar nunca a su exclusiva posición espiritual, por el simple hecho de proteger su pellejo o de poder vivir bajo techo.

Ahora bien: la comunidad no puede ser «exclusivamente espiritual» como anticipo de toda encarnación. Esto sería una decepción. El monje está inevitablemente condenado a vivir en la realidad y no puede atender a esta obligación si no permanece en continuo contacto con ella. Y la realidad está para él encarnada en la creación divina, en el resto de la humanidad, con sus penas, sus luchas y sus peligros. Cristo, el Verbo, se hizo carne con el fin de vivir, sufrir, morir y resucitar por todos los hombres y para liberarles del mal dándole el espíritu al mundo material. El monje está, por lo tanto, en el mundo caótico de la carne, en el cual proclaman El y su Iglesia incansablemente la primacía del espíritu, pero lo hacen así para dar testimonio de la realidad de la Encarnación del Verbo. Para el monje y para todos los cristianos hay que vivir en Cristo.

La comunidad monástica, como ya hemos dicho, vive por y para la caridad que alimenta la Lumen Christi, la Luz de Cristo, que aclara las tinieblas de un mundo descreído.

Si el monje está, en cierto sentido, por encima de las divisiones de la sociedad humana, esto no quiere decir que no tenga un puesto en la historia de las naciones. Ha sido siempre y lo seguirá siendo, por su misma vocación, copartícipe de cualquier movimiento social y cultural que fomenta el desarrollo del espíritu humano. Los benedictinos fueron famosos por su humanismo y nadie ignora que fueron precisamente los monjes los que conservaron las tradiciones de la antigüedad. En cualquier sociedad que favorezca la auténtica libertad, los monjes serán una parte integrante de la sociedad, ya que un monasterio es precisamente el hogar de la libertad espiritual y trascendente.

Es allí donde se reproduce en la tierra la caridad divina de la cual todas las libertades y comunidades humanas no son más que una sombra.

Es por esto por lo que es importante para un monje, por encima de todo, ser lo que él es, es decir, un monje, un solitario, un hombre que vive solo por su desarraigo de todas las cosas. Ahora bien, en la soledad de este desarraigo siente una vocación superior por la caridad que cualquier otro. Porque ha abandonado todas las cosas que poseía, porque ha abandonado a todos los hombres y sus posesiones por la caridad de Cristo y porque él mismo se ha abandonado por el amor de Dios, es capaz de trabajar por la salvación de su prójimo con el irresistible poder divino.

LA "CONSTANTE ESPAÑOLA" A TRAVES DE LA HISTORIA, EL ARTE Y LA POESIA

ENSEÑANZAS
AUDIOVISUALES
SOBRE EL MODO
DE SER NACIONAL

VEINTE MIL
TRABAJADORES HAN
ASISTIDO A LOS
CURSOS DE EXTENSION
CULTURAL DEL FRENTE
DE JUVENTUDES



Toledo es un buen lugar para el estudio de las constantes españolas

UN grupo de quince jóvenes con un hombre ya maduro, pero aún no entrado en años, se han dado cita en la puerta del Museo del Prado. Forman una comunidad que se distingue por algo. No les llaman la atención los jardines que rodean el sanctasanctorum de los lienzos más famosos del mundo. Tampoco, los juegos reposados de los niños que, a esas horas de la tarde, corren por aquellos jardines.

Van a algo concreto y ya previsto de antemano. A juzgar por su compostura, no son turistas que antes de entrar en el Museo posan la mirada en cualquier contraste de color o de armonía de los muchos que se tropiezan en los suntuosos edificios públicos.

A juzgar por su indumentaria, ese grupo de quince jóvenes pertenece a la clase obrera relativamente acomodada. Por fin, han entrado en el Museo del Prado tras el hombre maduro, pero aún no metido en años. Llevan una curiosidad muy distinta a la que demuestra el que atraviesa los salones del Museo lo mismo que podría subir los escalones altos de una moderna cafetería.

Antonio Almagro, el hombre que los acompaña—mirada penetrante y frente despejada—ha empezado a hablar. Ante un cuadro de Velázquez va exponiendo con palabra gráfica, expresiva, unas características, un sentido, una intención.

Intención, sentido, características que afloran también dentro del peculiar estilo en los lienzos del Greco y de Goya. De pintor a pintor, de siglo a siglo, se marca una «constante española»

Mientras así decía Almagro, jefe del Departamento de Extensión Cultural del Frente de Juventudes, el grupo iba pasando de sala en sala y de cuadro en cuadro. De pronto, al atravesar la puerta de una sala aún no vi-

sitada, Almagro se paró y con él el grupo que lo acompañaba. Almagro vió otro grupo de personas que a sus acompañantes nada les había sugerido. Se adelantó.

—¿Cómo ustedes por aquí?

—Ya ve. Como estábamos de permiso, vinimos a enseñar a las chicas lo que usted nos enseñó antes.

Cinco soldados de la guarnición de Madrid andaban por el Museo del Prado explicando a su modo

Una explicación frente al Palacio de la Granja de San Ildefonso





Clase bajo una cruz con faroles y en el patio de San Juan de los Reyes

la «Constante española» que habían aprendido de Almagro y sus ayudantes. La compañía de aquellos soldados era femenina. Y altamente expresiva. Las cinco chicas llevan cofia blanca en la cabeza y delantal del mismo color a la falda.

EL DEPARTAMENTO DE LA HIDALGUÍA ESPAÑOLA

Cuando entré en aquel despacho pequeño pero confortable, tres cosas me sorprendieron a simple vista. A la izquierda, unos cuadros de pintura bastante

avanzada. A la derecha, un retrato femenino que—también avanzado en pintura—hacía por doce o trece de sus vecinos de pared.

Al fondo, casi oculta por un sofá y unas sillas, aparecía el cuello de una guitarra. Contrastaba su color caoba resinoso con el mil rayas del tapizado del respaldo.



Ahora es la plaza de Illescas la que se ha convertido en aula bajo el sol

Todo esto despertaba la curiosidad. Era la central del Departamento de Extensión Cultural del Frente de Juventudes en Marqués del Riscal, 7. El Departamento de la hidalguía española Allí nació no hace mucho, lo que ya se va conociendo por toda España con el nombre sugestivo de «constante española».

Hasta el mes de enero pasado, Extensión Cultural no se llamaba así. Ni era Departamento. Se denominaba Asesoría de Cultura y Arte del Frente de Juventudes. Pero con el nuevo año nació el nuevo Departamento. Con una misión bien definida. Con un rumbo totalmente nuevo.

Cuando el hoy Departamento era solamente Asesoría de Cultura y Arte, su finalidad se centraba, más o menos, en las rondallas y en los guñoles que las Falanges Juveniles de Franco llevan a los pueblos por los que figura su itinerario en las marchas constantes.

Se hacía alto en los pueblos o en las cortijadas. En cualquier montículo rebajado, a la sombra de unas cuantas encinas añosas, los muchachos de las Falanges Juveniles desenrollaban sus bártulos y empuñaban sus guitarras. O bien alardeaban con sus guñoles. Pero de ahí no pasaba la cosa.

Ahora esas actividades son secundarias dentro del programa del nuevo Departamento. Ahora se pretende que toda la juventud de España sepa definir y en qué consiste, detalle a detalle, la «constante española».

LA «CONSTANTE ESPAÑOLA»

Cuando el hoy Departamento de Extensión Cultural era solamente Asesoría de Cultura y Arte, Antonio Almagro figuraba en Centros de Trabajo, también de las Falanges Juveniles. Allí organizaba cursos de ampliación cul-

tural para imponer a los jóvenes trabajadores no sólo en el manejo del torno o del espillo. Se les enseñaba, a la vez, algo de historia, de economía, de arte, de legislación.

Es decir, se les mostraba un camino por el que, si habían dado tres o cuatro pasos, fué allá en la edad escolar y, en ocasiones, bajo el lema de palo y tente tieso. Se les enseñaba una obligación. Ahora se les muestra una devoción.

Este método de inculcar la cultura, sobre todo la patria, pasó al nuevo Departamento de Extensión Cultural con Almagro y sus ayudantes. Porque el servicio pretendía enseñar algo más de lo que puede dar un oficio. De ese modo nació la «constante española». Una nueva actividad cuyo fin es el siguiente: mostrar el modo de ser español y la herencia peninsular, a través de la pintura, del arte, de la historia, de la poesía, del baile e incluso del traje regional.

Y todo esto se va logrando mediante la formación de profesores que llevan a todas las provincias de España la curiosidad por la cultura como devoción, entre los jóvenes trabajadores. Una constante, pues, para la fábrica y para el taller. Para el campo y el mar.

Por otra parte, hasta ahora hubo en el Departamento en cuestión seis cursos para profesores llegados de toda España. Ellos van llevando ese modo de ser español en la pintura, en el arte, en la historia, en el baile e incluso en el traje regional, a los más recónditos centros de trabajo. En seis meses pasaron por Madrid, en régimen de internado, 200 profesores de la «constante española».

Para esta moderna enseñanza de devoción, se ha creado un sistema audiovisual. A través de documentales de historia y arte se aprende a distinguir la «constante». Y con ella a concebir unos

encasillados donde encaje perfectamente todo lo que al joven le suene a español, bien sea en la misma España, bien allende nuestras fronteras.

En el Departamento, en el número 7 de Riscal, hay una colección de diapositivas en color que complementan a esos documentales. Diapositivas de historia de arquitectura, pintura, jardinería, de trajes regionales y de paisajes españoles.

UNOS OCIOS BIEN APROVECHADOS

La proyección que el Departamento de Extensión Cultural ha dado a la «constante española» y a su aprendizaje, no implica en modo alguno distracción de tiempo ni pérdida de horas. Es cierto que antes está la obligación y luego la devoción. En este caso, obligación y devoción, son conjuntas por el Departamento. Porque la «constante española» se les enseña a los jóvenes trabajadores, una vez concluidas sus faenas y su trabajo. Ellos, por su parte, pueden o no, dar satisfacción a un deseo de perfección cultural patria. Pero las puertas están abiertas para todos.

Prueba de ello es que en ocho meses de vida de la «constante española», aproximadamente unos 20.000 jóvenes trabajadores han pasado por los ciclos y saben distinguir a la perfección un cuadro español de uno extranjero. O un estilo de arquitectura propio de nuestro Siglo de Oro, de otro que, existiendo también en España, no fué moldeado por manos nacionales.

En este sentido, Extensión Cultural desempeña su tarea formativa cuando se da de mano en el trabajo. Especialmente, en los campamentos de las Falanges Juveniles y sobre todo durante las marchas. Así, el muchacho encasilla lo que va viendo y sabe encontrar la «constante», por muchos pueblos que atraviese, el



El patio de un castillo es un buen lugar para la observación de los estudiosos

macuto a la espalda y el poncho en el hombro.

UN PRIMER ALBERGUE NACIONAL

Entre las muchas realizaciones de esa «constante», figura ya algo que fué durante mucho tiempo el sueño dorado del Departamento. El I Albergue Nacional de Artes Plásticas. Ha venido funcionando durante el verano en Navacerrada, con sesenta aficionados a la pintura, de Falanges Juveniles, de Centros de Trabajo y Centros de Enseñanza.

La vida del Albergue discurrió como en la de cualquier Campamento veraniego. La jornada fué intensa. Al final de la temporada de este I Albergue Nacional de Artes Plásticas, cada uno de los participantes presentó sus obras, y se hizo una Exposición.

¿Qué se les enseñó allí? A comparar la pintura española con la extranjera. Y, sobre todo, la técnica de la pintura. Cómo y con qué se deben llenar los lienzos.

Por si aún fuera poco, ya fué convocado también el II Albergue Nacional de la Casa de campo, con una novedad de septiembre: la escultura. Así se va avanzando poco a poco hasta conseguir que sea el mayor número de jóvenes trabajadores españoles los que sepan que la pintura y la escultura española se diferencian de la extranjera quizá por una línea que siempre aparece recta cuando se trata del arte nacional, y siempre curva cuando del extranjero.

Pero todo esto no es un ensayo. Es ya una realidad palpada a través de seis años.

Es el comentario común en el número 7 de la calle Marqués del Riscal, cuando se pregunta que si por los frutos se conoce el árbol. Una realidad que tiene una de sus expresiones en esto: en la segunda visita con los muchachos al Museo del Prado, enseñándoles cómo se debe ver un cuadro, aquéllos querían volver por tercera vez. La curiosidad de descubrir luego y comparar lo español con lo extranjero hace el milagro de encontrar divertida una tarde entera entre los mejores lienzos de la pintura mundial.

DEL TRABAJO, AL CUARTEL

Cuando los que tienen a su cargo la responsabilidad de ciertos sectores españoles se dieron cuenta de la trascendencia que para sus protegidos podía tener la nueva modalidad de la «constante», acudieron al Departamento. A enterarse. Después, a pedir profesores.

Y fué así cómo una tarde de verano Antonio Almagro y su grupo de quince jóvenes trabajadores toparon, de buenas a primeras con cinco soldados de la guarnición de Madrid en medio del Museo del Prado. Enseñando la «constante» a cinco chachas que los acompañaba. Pudieron haber buscado los jardines de la ciudad o la comodidad de un banco público. Ellos prefirieron no perder tiempo y enseñar, a su mo-

do, la forma de ser español de la pintura.

Convencidas las autoridades militares de Madrid de la importancia de la nueva modalidad de devoción, solicitaron del Departamento de Extensión Cultural un grupo de profesores que enseñaran en los cuarteles esa «constante española». Primero se empezó con los oficiales. El mismo Almagro iba en persona. Luego se siguió con la tropa.

Y por si aún era poco, las autoridades militares de Madrid cursaron instrucciones a las ve provincias para que se organizaran cursos en los cuarteles y en las guarniciones. De ese modo, el número de los que aprenden en España, hoy por hoy, la «constante», se duplica. E indudablemente se triplicará cuando, llegada la hora de la licencia militar, los soldados que regresan a sus pueblos encuentren el modo de ser español en las ruinas de un castillo con leyendas o en el cuadro familiar que se heredó de generación en generación. Entonces harán ver ese modo de ser a sus paisanos. A los que sostienen que en la «mili» se aprende mucho.

Se empezó, pues, con la oficialidad del propio Estado Mayor de la capital de España y se acabará —indudablemente— en cualquier aldea, por apartada que se encuentre de la cultura patria, siempre que a ella lleguen los que de allí salieron como quintos.

POR PARTIDA DOBLE, LA «CONSTANTE» ESPAÑOLA»

No ha terminado ahí el desarrollo del trabajo que realiza el Departamento de Extensión Cultural. Saltando del campo puramente laboral, la «constante española» tiene ambiciones mucho más amplias. También el Departamento amplía sus cursos de Historia, Economía, Arte pintura, trajes regionales y jardinería a las mismas Universidades.

De ese modo se ha llegado ya a las puertas enrejadas de muchos colegios y a los claustros de bastantes Facultades. Con el tiempo, llegará a otros claustros cerrados, sobre cuya entrada puede leerse un rótulo con la siguiente inscripción: «Clausura». Porque el Departamento en cuestión pretende llegar allí donde haya un hábito de juventud y devoción por las reliquias artísticas, máxime si son nacionales. Sobre todo eso: si son nacionales.

A título de tal, no es extraño



ver en una misma comunidad de ideas y de sentimientos grupos de jóvenes, unos, bajo el brazo los libros de estudio, y otros, las herramientas, que atienden a unas explicaciones enteramente nuevas y desconocidas a fuer de sabidas.

Por partida doble ha proyectado el Departamento su «constante española». Hoy por hoy, la mujer cuenta también. Casi al par que el hombre. En nuestra Patria y fuera de ella. Por eso, Extensión Cultural pretende que la mujer española no quede al margen de esa devoción, que no está refiada, en modo alguno, con la obligación.

Y en este sentido, hasta la Sección Femenina participa de los cursos para el aprendizaje de la «constante española». La razón es obvia. La mujer —quírase o no— figuró siempre en cualquier manifestación artística de la vida, no ya española, sino universal. A veces, como símbolo de la misma expresión del arte. Extensión Cultural, al ampliar sus enseñanzas a la joven española, trata de hacerle ver el papel preponderante que lleva ejecutando en muchos siglos de Historia. Sobre todo, el papel de la mujer española dentro del arte, la pintura, la arquitectura, la economía y la legislación patria.

También la mujer tiene mucho que decir. Y ella, de un solo vistazo puede definirse como española en un cuadro y en un estilo, como en una escultura, o extranjera en ese mismo cuadro y estilo. Los programas del Departamento de Extensión Cultural son, al decir de sus mismos propulsores, bastante ambiciosos. Después de ocho meses de actividades, no está mal para los comienzos, como si dijéramos, de unos 20.000 muchachos y otras tantas muchachas nacionales, que ya pueden señalar con su dedo toco, acomodado a los trabajos manuales, o con su mano suave y delicada, hecha para las costuras sutiles, donde se encuentran, dentro de España, los auténticos solares de la hidalguía nacional.

LO QUE YA NO PUEDE SORPRENDER

Cuando salí de aquel despacho pequeño, pero confortable, no me sorprendieron ya las tres cosas del principio. Ni los cuadros de la izquierda. Unos cuadros en miniatura, colgados de la pared. De pintura bastante avanzada.

Ni el retrato femenino de la derecha que—también avanzado en pintura—hacía por doce o trece de sus vecinos de pared. Ni el cuello de la guitarra que, al fondo, casi oculta por un sofá y unas sillas, contrastaba su color caoba resinoso con el mil rayas del tapizado del tresillo. Todo lo que antes despertaba la curiosidad.

Cuando me despedí del número 7 de la calle Marqués del Riscal, no tuve necesidad de preguntar por el significado de aquellos cuadros—grandes y chicos—de la pared. Ni por el ánfora encima del armario. Ni por la guitarra de cuerpo escondido. Todo estaba explicado. Absolutamente todo.

Juan J. PALOP

HOMBRES Y BARCOS PARA LA COSECHA DEL MAR

ESPAÑA, LA TERCERA POTENCIA PESQUERA DE EUROPA Y LA SEPTIMA ENTRE LAS DEL MUNDO



Partir es morir un poco; partir para la pesca en el Cantábrico, a veces, es exponerse a morir de veras



Todo nuestro litoral es pesquero, y en la economía española estos hombres son como legionarios del trabajo

dillo Franco, y que a su voz de mando izaremos en nuestros barcos la enseña de la Patria para defender en cualquier mar la unidad, la libertad y la grandeza de España.»

En el preámbulo se leía:

«En consideración a que la riqueza tiene como primer destino mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo; a que España debe ocupar la jerarquía mundial que le corresponde; a que nuestros hombres saben hincar sus rodillas en las cubiertas de sus barcos y rezar al Dios que a todos ampara; a que la estirpe hispana sólo reconoce y admite ser mandada por quien sea el primero en el peltro y en el servicio de la Patria el Sindicato Nacional de la Pesca, en nombre de la Conferencia Nacional Pesquera, de conformidad con su espíritu y propuesta formula la que desde hoy llamaremos Declaración Pesquera de Madrid.»

El texto íntegro de esta declaración pesquera se alzó, como auténtico gallardete de júbilo, en las proas de los barcos que hacen de las aguas su camino.

Han pasado tres años.

—Vivir de cara al mar es satisfacer el anhelo de los pescadores de poseer nuevas y mejores

EN la última semana del mes de abril de 1954 la Prensa de todos los países reprodujo en sus columnas palabras hermosas y precisas, que venían de la gente del mar.

«Ante el mundo declaramos:

...Que los pescadores españoles desean que cada día se hagan más fuertes los lazos de hermandad que deben unir a todos los hombres de mar, especialmente los que pescan, y que se suprima todo lucro o beneficio en los servicios de socorro o auxilio que se presten en el mar.

...Que todas las medidas legislativas o de otro orden, adoptadas unilateralmente y conducent-

tes a la preservación de la pesca sean cumplidas no sólo por los nacionales del país que dicte tal legislación, sino también por los extranjeros, basándose en razones de reciprocidad, equidad y cortesía internacional.

...Que incommovibles en la católica fe de nuestros mayores, elevemos oraciones al Todopoderoso suplicando que ampare y proteja a cuantos pescan en las aguas del mar, cualquiera que sea su raza, religión, credo o concepción del mundo.

...Que en apretado haz—como las flechas de nuestro escudo—estemos a las órdenes de nuestro Alcalde Mayor del Mar, el Cau-

naves e instrumentos de trabajo.

En San Pedro de Visma, el Jefe del Estado, al entregar los títulos a los beneficiarios de 146 viviendas y al distribuir créditos al honor y a la capacidad en el trabajo por un importe de más de medio millón de pesetas, reafirmaba con sus palabras el espléndido futuro que se ofrece a la población pesquera de España, cuya producción es, en cantidad, la séptima del mundo.

Las 45.000 unidades de la flota pesquera española son el resultado, hoy, que, junto con ese incremento de 200.000 toneladas alcanzado en el curso de las dos últimas décadas, ha permitido casi duplicar en igual período el índice de la producción, que para el presente año puede cifrarse ya aproximadamente en los 800 millones de kilogramos de especies sacadas del fondo de los mares.

LOS GRANDES CALADEROS EN LA RUTA DE LOS BUQUES ESPAÑOLES

En cuatro grandes caladeros principalmente se desarrolla la pesca de las naves españolas. Cinco mil cuatrocientos ochenta y dos barcos, con un total de 180.045 toneladas, y 20.675 embarcaciones a vela y remo, con 28.633 toneladas, y una tripulación total de 115.417 hombres marchan, proa adelante, a los caladeros del mar céltico y plataforma continental peninsular. Son los nombres de Rockall, Porcupine, Grande Sole, Petite Sole, La Rochelle, región cantábrica, región Noroeste y costa portuguesa hasta el cabo de San Vicente; y para ellos, los nombres de Vigo, La Coruña, Pasajes, Ondárroca, Bermeo, Marín, Villagarcía, Bilbao, Gijón y Avilés totalizan en la temporada 291.400.000 toneladas de merluza, bonito, boquerón, sardinas, jurel, atún, palometa, besugo, caballa, cachucho, volador, gallo, pulpo, faneca, rape y eglefino con un valor total en primera venta de pesetas 1.700.000.000. En estas cifras la merluza representa el 15,22 por 100 del total de las capturas, el boquerón el 14,55 por 100, el bonito el 5,76, el jurel el 17 y la sardina el 24 por 100.

Ciento noventa y ocho barcos de arrastre, con 29.974 toneladas

y 2.592 tripulantes, es la flota del mar céltico, cuyas 32.148 toneladas de pesca capturadas suponen el 11 por 100 del total. El mar céltico, el mar de la merluza, es así el gran mar pesquero de nuestros hombres del Norte.

Los segundos grandes caladeros están en las regiones suratlántica, en Canarias, en Marruecos, en el banco sahárigo y en el banco Arguin. A ellos van 1.096 barcos, con 38.496 toneladas, y 5.729 embarcaciones a vela y remo, con 12.412 toneladas, lo que supone un total de 35.470 hombres. Hombres de Huelva, Sevilla, Isla Cristina, Cádiz, Málaga, Villajoyosa, Alicante Santa Pola, Las Palmas, Tenerife y Arrecife; hombres que han obtenido 236.739 toneladas de merluza—un 22,72 por 100 del total de las capturas; de sardina, un 13,27; de pardo y especies afines, 13; de boquerón, un 7,88; de corvina, un 6,33; de atún, un 4,2 y de gamba un 4 por 100—, con un valor total en primera venta de 1.336 millones de pesetas.

Groenlandia, Labrador, Terranova y Nueva Escocia son los caladeros del Atlántico Noroeste, donde van los grandes bacaladeros, largos días fuera de los puertos de Pasajes, Vigo, La Coruña y Ferrol. Los 85 barcos dan un tonelaje de 47.914 toneladas y 2.817 tripulantes; son los barcos que traen para España 162.000 toneladas de bacalao, de eglefino, de palero, de locha; son los barcos que aportan un valor en primera venta de cerca de 700 millones de pesetas.

De Pasajes y Ferrol han salido también en la primera campaña de 1956, dos parejas para los lejanos caladeros de la isla de los Osos y del mar de Barents; parejas que, con un tonelaje total de 5.273 toneladas y 258 tripulantes sobre sus cubiertas, se han traído 2.289 toneladas de bacalao, por un valor en primera venta de 10 millones de pesetas.

Este es el gran corazón de la flota pesquera española, de los hombres para los cuales no está lejos el día en que sus barcos sean más modernos, en que sus artes estén construidas con los últimos adelantos, en que sobre sus estructuras los mejores aparatos de pesca se presten a la disposición de sus brazos, avezados a conocer millas y millas por los mares lejanos a la Patria.

CONSTRUCCION Y DESGUACE: DOS ANCLAS NECESARIAS

Dentro de los veinte primeros puertos pesqueros nacionales, por orden de importancia en la cantidad de pesca desembarcada, se encuentran los gallegos. Y son, Vigo, con el 12 por 100 del total de pesca nacional, y La Coruña, con el 6,30 por 100, los que ocupan los dos primeros lugares. Galicia es así—después vienen Marín, El Ferrol, Villagarcía—la cuna y sede de la mitad de la flota pesquera armada bajo el pabellón español, flota que, merced al esfuerzo y capacidad de los pescadores gallegos, proporciona un porcentaje que excede al tercio de la total cosecha ictica española. Mas no sólo es Galicia la región que ancla en sus puertos unidades de la flota pesquera. España toda, en su perímetro, es marinera, y más que marinera, pescadora. Pues bien: para esa España—Vizcaya, Cantabria, Asturias, Galicia, Andalucía, Levante y Cataluña—se va a conseguir un gran plan que modernizará y transformará la actual flota pesquera.

Ya en aquella Conferencia Nacional Pesquera, cuyo presidente fué don Antonio Pedrosa Latas, el Jefe del Sindicato Nacional, se sentaron los fundamentos en virtud de los cuales se irá a la modernización a base de motores de los de combustión interna de todos los buques que tengan su casco en condiciones técnicas para poder trabajar un mínimo de quince años, con preferencia a los de acero. En el Mediterráneo, donde la casi totalidad de embarcaciones son de propulsión de motores de combustión interna, la modernización se orientará en el sentido de sustituir tan sólo el caso, siempre que los motores, naturalmente, estén en buenas condiciones.

Dos son los puntos sobre los que es deseo se monte la modernización y transformación de una flota pesquera. Uno, la construcción de barcos con arreglo a prototipos elegidos, en donde se armoniza la experiencia de cada región marítima con la naturaleza de su destino; otro, cómo se pide a través del Sindicato Nacional de Pesca el desguace de la flota con cascos de madera o acero, movida a vela o a vapor, primándose el desguace de tal manera que sea una justa compensación para los industriales afectados, sea cuál fuere el material del casco del buque, concediéndose a los armadores propietarios de las naves desguazadas derecho preferente o licencia de construcción por un tonelaje mínimo del doble desguazado, ajustándose a las nuevas normas de construcción que se establezcan.

PRIMERA VELA: EL HOMBRE

Junto con los barcos están los pescadores. Por muy bueno que



Un pueblo pesquero en Tarragona. Cincuenta y seis viviendas mirando al mar



Una escena de venta de pescado en plaza nor teña

sea el barco, si el hombre que lo lleva carece de los modernos conocimientos de la técnica o si se encuentra aislado en lo que respecta a orientaciones generales de oceanografía, de biología marina o de biología pesquera, la productividad de las unidades queda reducida prácticamente a la nada. Así, pues, la ampliación y modernización de los laboratorios costeros oceanográficos y de biología, dotados de embarcaciones adecuadas; la colaboración de los barcos guardapescajes junto con el Estado Mayor de la Armada y el Instituto de Oceanografía; el levantamiento por el Instituto Hidrográfico, con ayuda del Oceanográfico, de las cartas batimétricas hasta el perfil de 600 metros en toda la costa de la Península, en la de Marruecos, Atlántico y en el Golfo de Guinea; la realización por el Instituto de Oceanografía de campañas especiales para el estudio del atún, junto con los trabajos de almadrabas y factorías, y el propio interés de las empresas privadas en la explotación de nuevos métodos y técnica de pesca, constituirán otro capítulo importante en la ordenación y modernización de la flota pesquera.

Al lado de la investigación científica en plan masivo de lo que pudiéramos llamar control científico de la pesca, estará la formación técnica y profesional del personal. Muchas Escuelas de Formación Profesional pesquera existen hoy en España, tales como las Escuelas de la Sección Naval del Frente de Juventudes; las Escuelas Elementales Profesionales de Pesca, creadas y sostenidas por el Instituto Social de la Marina, en las cuales se alcanzan las enseñanzas para patrones de pesca de altura de tercera clase; Centros de Enseñanza

Media y Profesional de modalidad maritimopescuera, dependientes del Ministerio de Educación Nacional; Escuelas Medias de Pesca, dependientes de la Dirección General de Pesca Marítima, en las que se alcanzan los títulos de patrones de pesca de altura, de primera y segunda clase, y de gran altura; centros particulares de formación profesional maritimopescuera, y Escuelas Primarias de Orientación Maritimopescuera, tuteladas por el Instituto Social de la Marina; y últimamente los Institutos Laborales pesqueros y las Universidades Laborales con su sección de formación pesquera.

Todos estos centros no solamente deberán estar perfectamente coordinados, sino que se les dotará de todos los medios prácticos y teóricos para transformarlos, aquellos que no lo sean, en verdaderos establecimientos modelos de la especialidad.

Y ha sido ahora, en esta primacía del hombre, cuando el pescador ha estado más atendido en el orden social. Precisamente una de las últimas conquistas ha sido la creación y puesta en marcha de la Mutualidad de Pescadores de Bajura, que cuenta en el orden asistencial con 100.000 familias marineras. Asimismo los pescadores de altura han visto aumentadas y ampliadas sus prestaciones a través del Montepío Marítimo Nacional, y recientemente por el Sindicato Nacional de la Pesca, se han elevado al Ministerio de Trabajo para su estudio y aprobación en su caso las nuevas reglamentaciones laborales en la industria pesquera.

La unión de todos estos capítulos hará que el pescador sea cada vez menos tripulante de barco y se convierta cada vez más en especialista auténtico del mar.



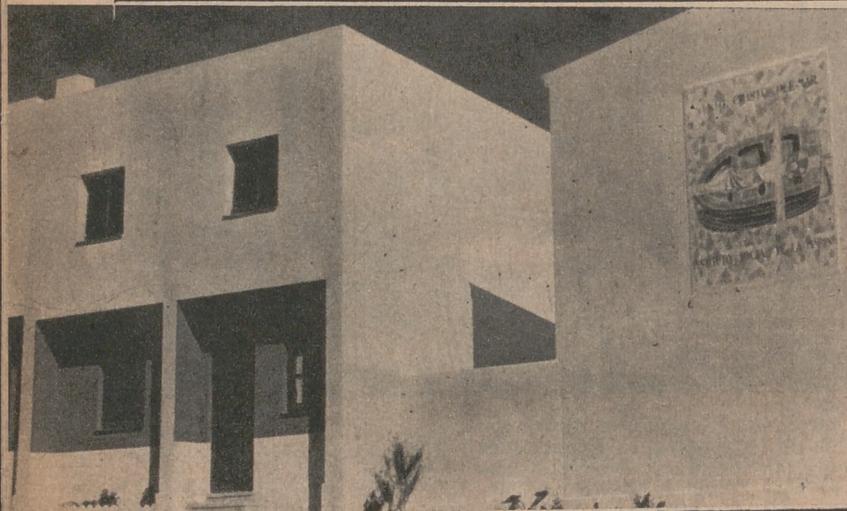
El remiendo de las redes es una antigua y delicada operación

PARA LOS PECES, LAS REDES

El tercer gran factor para la productividad de la pesca es el que se refiere a mallas y tama-



Escuelas y ochenta y cuatro viviendas de pescadores en Vivero



Un grupo de viviendas para pescadores en Benicarló



En Cillero (Lugo) se ha edificado este moderno grupo



ños de peces. En este sentido, las disposiciones oficiales se ajustan a las necesidades de cada momento. Sin embargo, en este capítulo que se ajusta a convenios Internacionales, la nueva ley aunará el legítimo interés nacional comercial de los pescadores con la conveniencia de mirar para el futuro. No hay que olvidar que los hijos de los pescadores de hoy serán los pescadores de mañana, y si para ellos no se guarda, no se prevé, la posible riqueza de los padres se tornaría en segura miseria no sólo para la descendencia, sino para la nación entera.

DINERO SUFICIENTE PARA TODOS

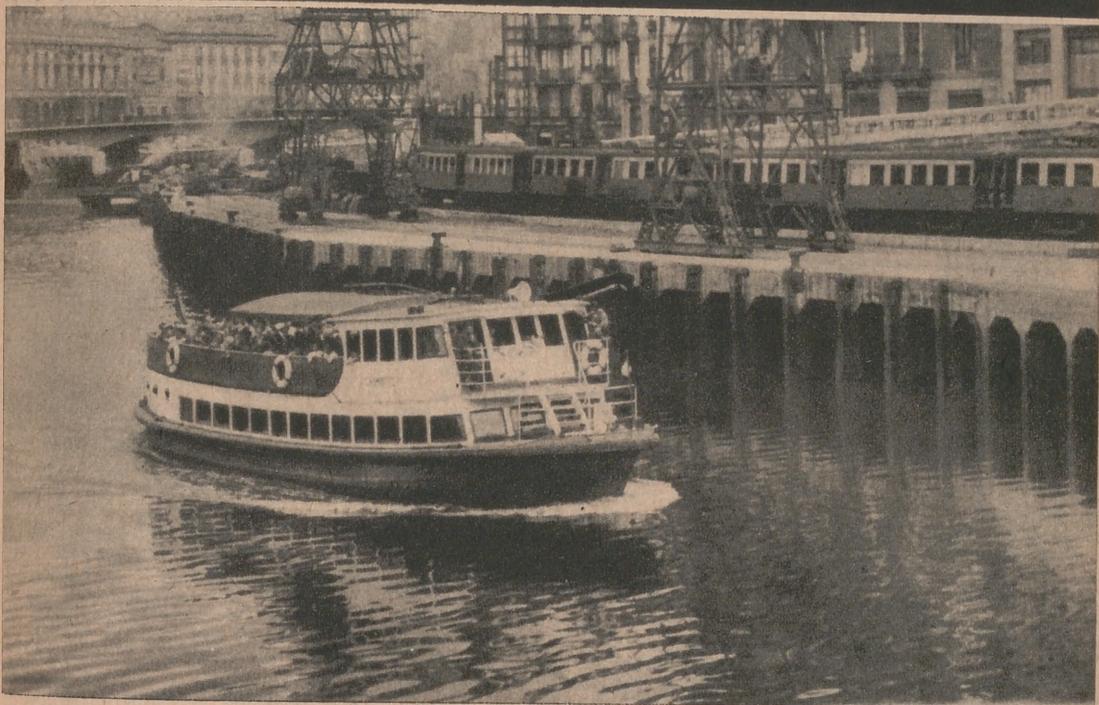
Junto a estas líneas de tipo técnico surge, paralelamente, la cuestión de la financiación. Ha de habilitarse el crédito naval pesquero en la cuantía precisa para llevar a cabo la renovación y transformación de la flota pesquera. Es lógico que gocen preferentemente de este beneficio los armadores que lleven a cabo el desguace de las embarcaciones estimadas como antieconómicas. Mediante la unificación de un crédito naval pesquero, mediante la bonificación en los intereses de los créditos concedidos, mediante el establecimiento de un régimen de igualdad para todos los beneficiarios y mediante la ampliación de los plazos de amortización para los créditos concedidos con destino a la construcción de nuevas embarcaciones, el gran problema de la financiación del plan puede quedar favorablemente resuelto.

He aquí, pues, cómo ya está en estudio, presentada por el Sindicato, en el Consejo Ordenador de la Marina Mercante e Industrias de la Pesca, el proyecto de Ley de Ordenación y Protección de la flota pesquera. Aunque, como hasta ahora, los beneficios del Crédito Naval para la flota mercante se han estado aplicando a la igualdad de condiciones, a las unidades de pesca.

Este es así el futuro esperanzador y seguro de la flota pesquera española. Los hombres de los grandes puertos españoles—Vigo, La Coruña, Cádiz, Pasajes, Algeciras, Huelva, Bermeo, Ondárroa, Málaga, Marín, El Ferrol, Almería, Ayamonte, Santoña, Laredo—; los hombres de los pequeños puertos como Ortigueira, como Noya, Lequeitio, San Esteban de Pravia, Bueu, Altea, Portugalé, Torreveja, Vivero, Zumaya, Noya o Riveira—gozarán de barcos de nueva y mejor estampa, de barcos andadores, que lleguen velocísimos a los grandes caladeros, de barcos que, dotados de los mejores y más modernos elementos, sepan exactamente dónde están los bancos de pescado, conozcan la forma de cogerlos en el mejor tiempo y puedan, al regresar al puerto de donde salieron, doblar esas actuales 800.000 toneladas de pesca y hacer que si España es hoy la séptima potencia pesquera en el mundo y la tercera de Europa, alcance este último lugar entre todas las flotas y sea por derecho propio la primera en el conjunto de las flotas pesqueras europeas.

José María DELEYTO

CUATRO PUEBLOS EN UNO:



GUECHO, ALGORTA NEGURI Y LAS ARENAS

El río-bus «Chimbito», barco de recreo, sale aguas abajo de la ría a las diez de cada mañana, para llegarse al mar

DE LA RÍA AL MAR A BORDO DEL "CHIMBITO"

NO ha habido hoy en el despertar de la ciudad posibilidad de adivinar un horizonte más allá de la niebla que se pega contra todo, cerrándole a los ojos la galopada hacia las lejanías. La estampa, sin embargo, es sólo apenas nueva. Porque hoy, igual que ayer, los hombres repiten su camino, y es la misma riada, desbordada en las calles bilbainas, de gentes que van a su trabajo. No es ni la misma hora ni el mismo sol de ayer dibujando contornos que hoy se esconden. Bilbao, según me dicen, es así más Bilbao, sin sol, con esta niebla y estos humos lamiéndose la cinta de la ría.

Ha bajado conmigo hasta El Arenal, ribera con sus plazas y senderos, un compañero amigo de oficio y de trabajo. Subió del Sur, pasando por Madrid, hasta esta ciudad norte que le brindó su anchura para tirar de pluma estilográfica.

Aquí vive, triunfando en esta empresa árdua de escribir sin

cansarse, y con él aquí estoy esta mañana. Acodados los dos en la baranda de este puente que lleva sobre el peso de los hierros un nombre de Victoria, el de la última.

UNA FLOTILLA DE BARCOS EXTRAÑOS

Alguien ya dijo, hablando de la ría que era esta banda de agua una cloaca navegable. No sé de

fijo a quién se le ocurrió retratar con solo dos palabras lo que esta ría es. Desde luego, entre políticos ya muerto, anda enterrado su autor. Eso no importa tanto. Quienquiera fuese acertó y en paz. Eso quería decir. Porque la ría tiene mucho de cloaca, sucísima bajada de aguas oscuras a donde llegan vertederos invisibles que la visten de esa negrura maloliente que nos choca



Puerto viejo de Algorta

a los de fuera. Algo real que aquí todos aguantan porque conocen el papel principalísimo que a ella le toca en esta empresa grande de hacer a Bilbao rico. Y también navegable. Porque hasta aquí pueden subir los barcos, bajo una guardia de honor con puentes que se abren en mitades alzando toneladas de hierro y asfalto.

Mientras tomamos un café por allá abajo, en uno de esos sitios que se multiplican fantásticamente por el laberinto de «Las Siete Calles» bilbaínas, llega la hora de una simpática salida marinera que he elegido para arranque de viaje esta mañana. Iré de aquí hasta Algorta a bordo de un navío de recreo. Y desde allí hasta Guecho, en el ferrocarril que lleva a Plencia, para volver despacio conociendo al revés el costado derecho de la ría. La industria ha respetado por este lado el campo, el paisaje norteño, que no ha llamado a gritos a turistas, porque Vizcaya no necesita que nadie llegue desde fuera para que en todos los sitios alabemos sus cosas.

Pagamos el café. Salimos a la calle. Un bebedor sin tiempos o que ya empezó anoche hace milagros de equilibrio con las piernas mientras echa por la ranura de una hucha colocada detrás de una pared unas perras que ayudan a alumbrar una imagen en piedra de la Virgen de Begoña alzada por encima de un letrero donde se dice: «Bolsa».

Atrás dejamos algo, en Bilbao tan típico, que todo el que aquí viene baja a «chiquitear» por estas calles cortas. «Siete Calle», que me parecen ciento, donde casi se abrazan las paredes, y los bares se empujan allí donde una bocacalle se pluraliza en cuatro cada unos cuantos metros.

A BORDO DEL «CHIMBITO»

«Chimbo». En plural, cuando son más de dos. Así se llama por tierra de garbanzos, que es la tierra de España, a los bilbaínos típicamente castizos.

¿De dónde viene el nombre?

—Vaya usted a saber—me dice

uno que bien que lo parece, con su boina calada como él sabe y la sonrisa de quien le tiene sin cuidado buscarle al perro el rabo de la etimología. Pero otro, ya erudito, de esos que uno tropieza por la calle y acepta la pregunta, me informa que este nombre él ha oído decir que viene del que lleva una clase de pájaros pequeños que hoy ya no vuelan por estas latitudes. El ignora el porqué, pero le suena haber oído decir que al ave la buscaban con ansia los cazadores vascos. Las escopetas siguen con el dedo de sus dueños, a punto de disparo, pero el pájaro se fué sólo Dios sabe dónde. Aunque eran muchos pájaros. Tal vez el humo, que llegó con la industria a conquistar la tierra, no le viniese bien a sus pulmones y le dieron al ala Cantábrico adelante.

«Chimbitos». No es nombre para niños, porque lo castizo se hace con el tiempo. Es el nombre que lleva el riobús que sale un par de veces cada día desde Bilbao a Algorta llevando pasajeros por menos de tres duros ida y vuelta.

Son ya las diez en punto. Y el barco arranca suave.

El «Chimbitos», autobús que se traga la ría hasta el punto final en hora y media, se ha ganado ya hace tiempo las simpatías de las gentes que lo necesitaban. Doscientos treinta pasajeros sentados y otros cien más de pie es la cabida que tiene este navío de recreo que balancea sus dos pisos a medida que avanza por el agua. Hace no mucho, exactamente el día de la Virgen del Carmen, cumplió el aniversario de su primer viaje. Hasta Santurce lo realizó entonces para llevar más de 300 bilbaínos a ver la romería marinera en el pueblo pesquero. Pensando en su existencia se fundó nada menos que una Sociedad. La Compañía Turismar nació para hacer posible la presencia simpática del «Chimbitos». Dos millones y pico costó traer al mundo a este barco, que mide cinco metros de manga y 24 de eslora. Y lleó contra el tiempo, tras un periodo de construcción contra reloj, en los astilleros de Basabe, que permitió a la Casa constructora el ganarse una apuesta. La Casa se apostó con la Compañía que antes de dos meses, a partir del día de su encargo, la embarcación acuática estaría en su elemento. Y se jugó algo bueno: una cena en grande para todos.

Me ha ido contando estas cosas otro pasajero que ha notado mi interés por enterarme de todo.

—Y el naviero se ganó la apuesta. Como se lo digo.

Los altavoces puestos en funcionamiento permiten ahora escuchar una musiquilla agradable. No había reparado en ellos y me sorprende. El cobrador se ofrece a facilitarme más información. Todos los asientos son salvavidas. En caso de accidente quedarán en el agua flotando limpiamente y sin peligro, con pasajero y todo. Un gran adelanto y una seguridad anticipada. Paso ahora

al servicio de bar. Una monada, donde todo el mundo puede pasarse el rato, hasta llegar a su destino, tomando unos «chiquitos» en la «barra».

El piloto me informa que el motor es de marca sueca y que puede desarrollar hasta una velocidad de nueve millas. Alguien me enteró de que este motor precisamente estuvo expuesto en la capital de España antes de venir a darle movimiento a este autobús original, no único en España, pero sí el de más categoría.

Ha ido haciendo escalas en Deusto, Portugalete y Santurce. Al otro lado ya se ven claramente las casas de Algorta. Es el final del viaje. Desde aquí se volverá de nuevo a la ciudad. A las cuatro de la tarde haré otra escapada para asomarme al mar.

HABLANDO CON BARRABAS

Guecho, Algorta, Neguri, La Arenas. No son cuatro pueblos diferentes. Todo eso forma un solo Ayuntamiento que en las geografías se conoce con el nombre del primero.

Arriba ha parado el tren. Hasta allí ya no llega el trolebús que viene de Bilbao. Se para unos kilómetros abajo, y desde el mismo Algorta se vuelve a la ciudad. Una caseta con su letrero pimpante en el que se lee: «Estación». Y en rededor un laberinto de caminos que se cruzan entre casas aisladas, sembradas como a voleo en mitad de los campos.

—¿Dónde está Guecho, por favor?

—El hombre a quien pregunto me mira con asombro.

—Guecho es esto, señor.

Y el asombrado ahora soy yo.

Con él me pierdo carretera adelante en una ascensión que a mí ya me parece típica por tierras de Vizcaya. Es que allá arriba está un núcleo de casas algo más apiñado cercado la iglesia.

Seguimos andando. Un aldeano pasa caballero en su burro con cestos llenos de basura. Y nos saluda así:

—¡Adiós, Barrabás y compañía!

La «compañía» soy yo. Inaginense, pues, quién era el personaje evangélico.

Una fila de mujeres hace «cola» ante una fuente de agua. Al lado esperan los borriquillos con cántaros metidos en serones y pequeños carritos de mano con sus huecos para las vasijas. Una viejecita acaba de llenar su cubo.

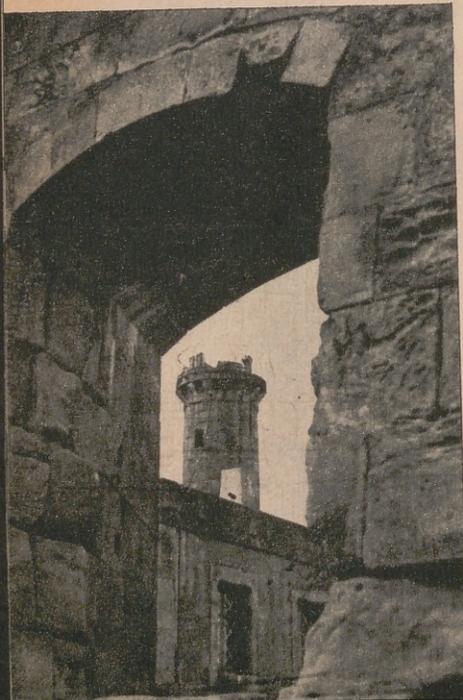
—Y tan mal que andamos. «Pallá riba» no llega.

Y la anciana, huesos descarnados y mirada valiente, me dice que hace tiempo que no pasaba esto. La abuela conoce bien al pueblo. Y ella—no sé cómo llegó la cosa—me habla de la gran devoción que por aquí tienen las gentes. Y de las antiguas romerías.

—Aunque esto ya se «perden» mozo. Otros tiempos son éstos.

Y su mano se aprieta sobre la anilla de cinc mientras su boca sin dientes dice un adiós simpático que a mí me suena a nuevo.

Barrabás ha escuchado sin despegar los labios. Por algo él no ha querido contradecir a la aguadora. Con él sigo el camino. An-



Antiguo fuerte de Punta Galea. En otro tiempo, la torre circular fue faro y fortaleza



tes me dijo que casi todo el pueblo pensaba como él y hacía otro tanto. Por eso ahora no habla. Tengo que irle sacando las palabras:

—Aquí se siembra mucha borona. También habas mucho. Pero la gente vive bien y tiene perras. Me dice que hay aquí aldeanos que tienen sus millones. Y me aclara el porqué.

—Ellos venden los terrenos «pa» construir y eso les da mucho. A 23 pesetas se ha llegado a vender por aquí el pie.

Un hombre se acerca por el camino con su burrito cargado de maíz. Eso es la borona. Mal trajeado y con los años escapándose por todos los rotos.

—Pues así como lo ves—aquí empezó mi acompañante a tutearme—no le quitan el pescuezo por cinco millones.

Damos vista a unos pinares que se extienden en una buena faja de terreno. Y Barrabás me dice que pertenecen hoy a la Sociedad de Golf, que empieza a preparar allí unos campos.

—Pero eso será sólo «pa» los tios con perras.

A Barrabás eso le tiene sin cuidado. A él los bares le bastan y le sobran.

—¿Sabes cuánto le costó el pinar a los que han vendido? Sólo una cabra, amigo.

Mi carcajada es gorda y casi se molesta. Ahora me explica.

Según él, antes el Ayuntamiento disponía de grandes extensiones de terreno con muy poco valor. Aclara que de esto hace ya mucho tiempo. Un señor o una familia entera invitó a las fuerzas vivas del Municipio a comerse una cabra en un banquete, y los ediles, con su alcalde a la cabeza, le hicieron el regalo del pinar. Barrabás asegura que así fue. Y que ahora lo han vendido por 16 millones, quizá más.

La cosa parece increíble. Posiblemente no sea más que un ru-

mor y tenga más de leyenda que de historia

Me despido de Barrabás. Y allí se quedó con su sonrisa abierta.

Tropiezo con un rapaz que vuelve del trabajo. Quince años mal contados y unos ojos retraídos que se cierran.

—Pues los domingos el que quiere ir al cine baja a Algorta. Los chicos nos vamos al baile de Berango.

Es un pueblo que se ve desde arriba. Hasta allí llega en recta el término de Bilbao por esa parte. Ni más ni menos que 22 kilómetros. Una ancha puñalada de tierra que se mete entre terrenos guechotarras y propiedades de Gatica, Lauquiniz y Munguía. A Berango van los mozos a entrenarse en el arte de Tersicore.

Porque cuando ya están duchos se van hasta Portugalete o Las Arenas, donde los bailes son algo más serio.

—En Berango es para principiantes, ¿sabe?

Le falta barba al mocete aunque se arrasca la barbilla. Pero le sobran ganas de enseñarme por dónde se va al fuerte de Punta Galea.

UN FUERTE Y UN MOLINO

Una portada antigua con la piedra recién limpia. Dos cadenas colgadas de la altura del muro sujetas a la madera de un puente que en su tiempo debió ser levadizo. Un alto torreón circular con remate de verja en parapeto. Es el antiguo fuerte de Punta Galea, hoy convertido en paraje turístico. Todo ha sido restaurado en él. Y se ha añadido, para comodidad de los que llegan, un restaurante.

Estoy ante la barra del mostrador. Un muchacho simpático y jovencísimo pregunta qué deseo. Y entre interrogatorias que disparo y rociadas de vino que le echo, acabo un bocadillo de ja-

Allá, al final de la tierra hecha curva, se asienta el nuevo puerto de pescadores. Antes se usaba éste, al que se bajaba por unos anchisimos escalones de piedra

món. Esperaba que fuese más caro. Se ve que por aquí no ha pasado esa fiebre de explotar al que cae en el cepo. Ventajas de que el turismo no se haya infectado por Vizcaya. Me atiende el buen mozo con simpatía. Y me enseña el lugar donde estuvieron emplazados los cañones.

—Y a dónde volverán. Creo que piensan traer algunos como recuerdo. También he oído que reparan el puente de entrada para que todo esté como antaño.

Pero en el fondo ha cambiado todo. Ya dejó de ser éste, desde hace muchos años, fortín que defendía la invasión de Vizcaya por el mar. Como lo fue allá enfrente, encima de Sanjurce, Monte Serantes, y por tierras de Gupúzcoa, Monte Igueldo. Desde Irún hasta acá eran más de cuarenta los fuertes que se alzaban para impedirle el paso a fuerzas enemigas.

—Aunque más que para eso tenían una misión de vigilancia.

Carretera hacía atrás, dando la cara Algorta, mueve el viento las aspas de un molino. Porque hoy el alre sopla con gran fuerza. ¿Un molino en Vizcaya? No uno, sino tres. En Archanda otro enseña su piedra circular y un tercero se alza muy cerca de Lekeitio, el pueblo marinero de la costa. Aquí lo hace éste, a la vera de una cinta de alquitrán, con más orgullo que los otros que forman esta rara trilogía, porque conserva sus cuatro brazos en cruz. Y muchas cosas más. Entre otras, el sabor de la Mancha a tanta lejanía. Aquí, de cuando en cuando, se organizan Exposiciones sobre el tema de la

molienda castellana y suben los poetas de allá abajo a leer sus poemas. Esto ha ocurrido ahora, hace sólo unas cuantas semanas.

Así me lo dice una mujer que baja desde Guecho, a la que yo echo el alto con unos «buenos días, señorita» que no le caen en gracia. Me dice que es ca ad... Y después ya más cosas.

—Esto no está como antes. ¡Menudas romerías se armaban!

El día de San Ignacio y el de la Virgen de Agosto había por aquí fiestas de campanillas. Y por la tarde, en la plaza, todo el pueblo se divertía de lo lindo. Pero aquello ya pasó. Hoy hay tres salas de cine y a ellas se va la gente a entretener. La juventud se baja a Las Arenas al baile que allí hay o se va aún más lejos. Sólo en verano, todos los sábados a la tarde hay conciertos de música en la campa.

—Pero en invierno, nada. Hasta la banda se va con la música a otra parte.

Con esta última frase, tan castellana y típica, da esta buena mujer la última pincelada al cuadro popular en día festivo. Los veraneantes ya es otra cosa. Ellos tienen sus coches y sus diversiones particulares. La gente como ella mata los ratos tomando el sol cuando aparece.

Dos playas tiene Algorta. La vieja de Arrigunaga y la nueva de Ereaga, más cuidada y más grande. Durante el verano se llenan de bañistas. Vienen desde Bilbao, desde otros muchos sitios, con sus bolsas de comida y sus cien mil colores de ropajes a mojarse la piel para tostarla al sol.

—Baje a ver el puerto viejo de pescadores. Le gustará, seguro.

Cuesta abajo, por un laberinto de calles que se estrechan al fondo. Balcones y terrazas de madera viejísima, pintadas con colores débiles y baratos, casi rozando el suelo. Viejas casas de un barrio que fué de pescadores. Al final está el puerto. Media docena de hombres ya maduros, con sus caras de amigos del mar, toman el sol junto a una baranda de piedra.

—Ya nada queda de antes. Sólo botes y lanchas de ligero. Los grandes se han marchado para el nuevo que allí lo está. ¿No ve?

Y apuntan con sus dedos el final de la herradura, donde termina la playa de Ereaga.

—Ya sobra la caseta. Por aquí ni entra «na».

Me aclaran que es el puesto de carabineros que controla lo que viene por el mar. Dicen que sobra y tendrán su razón.

Arriba, en la ladera, un rectángulo de flores y enredaderas que se encaraman por los postes.

—Es el parque de Usategui. Lo han «preparao» nuevo.

Me aseguran que la vista que se ofrece desde el parque es algo maravilloso. Además, hay instalado un bar donde se sirven meriendas. Mucha gente va allí a pasarse los ratos.

NEGURI, DEPORTIVO

¿Dónde acaba Algorta y empieza Neguri? ¿Hasta dónde se extiende este último barrio y comienza el de Las Arenas? Supongo que ya habrá alguien que lo sepa. Yo, sin embargo, lo he preguntado a más de una docena de personas que viven por aquí y no están muy de acuerdo. Y es que los tres barrios se enlazan con sus casas, sin concesiones a la tierra que produce por la banda de construcciones que se alzan en hilera.

—Neguri es esto.

Me lo dice una vieja mujer de Sopolana — pueblecito asentado más arriba del faro, por la costa—, señalándome una extensión sin términos. Pero ella tampoco sabe dónde se une con los barrios que la escoltan.

Cada día recorre estos kilómetros para ganarse el pan. Allí tiene su familia, que la espera cada tarde. Y aquí, un chale! veraniego, donde presta servicios por el día.

—Me pagan bien. No hay más remedio que hacer el esfuerzo.

Todo lo que hoy se gane viene poco.

La mujer por estas latitudes ha pedido su puesto en el trabajo. Esta con la que hablo me dice con orgullo que aquí son las mujeres las que cuidan del campo. Ellas arreglan las huertas y cuidan los maizales. Se preocupan del ganado y de la casa.

A los hombres y jóvenes se les pasan los días y los años en las factorías y en las fábricas.

Neguri. Una multiplicación fantástica de colores en el ladrillo, en la piedra, en el cemento. Cientos y cientos de chalets. Casas residenciales donde pasan los meses de calor docenas de familias con posibilidades. Casi, al final de cuentas, unos cuantos capítulos de arquitectura extraña. Mil formas combinadas. Chalecitos ingleses y escoceses. Las más variadas maneras de levantar los pisos con elegante gracia. Un paréntesis nuevo a orillas de una playa que siempre se ve llena. Y las calles sembradas de árboles iguales, que llenan el asfalto de hojas secas.

Neguri, desde noviembre a mayo, se queda sin la mayoría de su gente. Porque estos veranean-

tes son los mismos de siempre: los de un año, y el otro, y el siguiente.

Pero en verano es una maravilla. Clima norteño, con humos industriales que ya hasta aquí nos llegan; todas las flores alzándose en la verde geometría de los jardines bien cuidados. Un silencio tan hondo que impresiona. Y campos de deportes. El hípico allá arriba, con sus instalaciones modernas y sus pistas siempre a punto. Por otro lado, el campo de tiro de pichón, que abre a veces sus puertas, a Campecnatos importantes y ya más a menudo al entretenimiento de los aficionados que aquí pasan los días de vacaciones o todo el veraneo. Y abajo, Jolaseta, campo magnífico de tenis capaz para ocho partidos a la vez.

—Hay gente a todas horas. No ve que siempre hay alguien que no tiene que hacer.

Y me lo dice uno de los que vienen siempre. Estudiante, con suerte, de Derecho, aprovecha estos meses de descanso practicando su deporte favorito: salvar a cada golpe de la pala la red que se interpone al lanzar la pelota..., y que el contrario no alcance a devolverla.

—Los campos son magníficos. Hace poco aquí mismo tuvo lugar un Campeonato mundial privado, con participación de los mejores tenistas internacionales.

Sobre una silla altísima de hierro, con la red dividiendo las paldas en dos partes, el árbitro apunta los tantos a quien gana. Unas jovencitas—en un campo del fondo—trabajan afanosas la última pelotas. Quienes ganan sonríen. ¡La historia de la suerte!

Un carrito de varas tirado por un burro que parece realizar en cada paso el esfuerzo final. Y una mujer, pañuelo a la cabeza, ochenta y dos años y una ausencia de carnes que impresiona, diciendo «arres» simpáticos porque no tiene dientes.

—Monte aquí, señorito, que de pasada voy y ya le digo en dónde.

Y hasta la misma puerta del campo de golf me lleva en su vehículo, sacrificando al burro, que respira con agobios.

Campos de golf perdidos en la extensión de un monte que apenas si se abarca con los ojos. Gentes que se divierten con el deporte reposado y lento. Y ya no hay mucho más.

Chalets con letreros a la puerta avisando el peligro de los perros; prohibiciones en otros sitios para que nadie arroje las basuras o avisando a los gitanos que por aquellos predios no pueden acampar.

Y después, Las Arenas... Hasta aquí llega Guecho. Un barrio más, parecido a los otros. Nada nuevo.

Desde allí para arriba, y ya hasta la ciudad, se extienden a lo largo los feudos de la industria.

Carlos PRIETO
HERNANDEZ
(Enviado especial.)

Fotos Cecilio



El viejo molino «Aixerota» en tierras vascas de Guecho

LO QUE EL PUBLICO QUIERE DE LOS TOROS

Todos los problemas de la Fiesta, en el II Congreso Nacional Taurino de Barcelona



El cambio de tercio, la petición de orejas, las alternativas, la edad y el peso de las reses, entre las conclusiones

En las reuniones del Congreso se ha vuelto a solicitar la rápida implantación del nuevo modelo de puya

A las once de la noche, del sábado 21 de septiembre, Barcelona inauguraba, de una manera anticipada, el II Congreso Nacional Taurino. En el salón de actos de la C. N. S. cerca de un centenar de personas escucharon las palabras del presidente, José Bellver, por las que ponía de manifiesto cómo Barcelona es, en el orden taurino español, plaza y centro de primerísima categoría y cómo, en propio derecho, la designación de ella como sede del II Congreso Nacional Taurino, no pudo estar ni mejor ni más oportunamente dispuesta; palabras, razonamientos y consideraciones que luego, en la sesión oficial de inauguración, ratificaría, con su autoridad y su prestigio, don Sancho Dávila, presidente de la Unión Nacional de Asociaciones Taurinas.

Cuando se dió cuenta de los congresistas de honor—ahí los nombres de Gregorio Corrochano, Federico García Sanchiz, Eduardo Palacio Valdés, K-Hito y Manuel Magne—pudo la afición a la Fiesta Nacional sentirse plenamente incorporada al acto.

Una incorporación que tuvo lugar materialmente cuando fueron leídas, una tras otra, las ponencias especialistas que quedaron constituidas como sigue:

Sección primera. — Presidente, don Tomás Martín Hernández, de la Federación Centro, y secretario señor Fontanet (Coruña). Proponente, don Antonio Armenteras (Barcelona). Sección segunda: Presidente, don Abraham Sánchez (Castilla la Vieja) y secretario, don Manuel Fernández Hernández (Jerez de la Frontera). Pro-



El toro debe ser lidiado con cuatro años y cinco hierbas

ponente, don José Silva Aramburu (Barcelona). Sección tercera: Presidente, don Miguel Fortea Jordán (Cataluña), secretario, don Manuel Bueno Sabater (Alcoy). Proponente, don Francisco Cabanas Zárata (Barcelona). Sección cuarta: Presidente, don Francisco Palerm (Valencia) y secretario, don Eduardo Cardos Pérez (Zaragoza). Proponente, don Serafín Adame.

Los cuatro puntos cardinales, las ocho regiones españolas, eran, cada una en su tema, cabeza, centro y corazón del Congreso. Cuando en la mañana del domingo 22, después de la solemne misa oficiada en la plaza aragonesa del Pueblo Español, tuvo lugar en la plaza de Las Arenas la becerra-

da a cargo de los alumnos de las escuelas taurinas, de la Peña José Ramón Tirado, del Club Julio Aparicio, de la Peña Chamaco y de la Peña Bernadó, podía decirse que el ambiente taurino ya estaba saturado. Conversaciones, rumores, cábalas y opiniones circulaban con autirrida y sentido entre los congresistas. Se estaba celebrando, así, una especie de congresillo fuera de lo previsto. El interés, la pasión y el conocimiento no tenían paciencia para esperar que, a las once de la noche, en el mismo local de la C. N. S., don



Sancho Dávila, presidente del Congreso

Sancho Dávila declarase, oficialmente, abiertas las sesiones.

EL TORO, ELEMENTO PRIMERO

El toro ha sido, en los trabajos de este II Congreso Nacional Taurino, objeto de atención cuidadosa. Por las ponencias, entre los asistentes o simplemente en los curiosos ha tomado cuerpo unánime la opinión tradicional.

—Sin toros no hay Fiesta.

Entre las conclusiones que se refieren al toro figuran muchas de permanente sentir entre los aficionados. La principal se refiere a la edad. Sabido es que de un tiempo a esta parte se ha hecho costumbre, mantenida y repetida, el poner en práctica indelectiblemente lo que en los tiempos de la posguerra fué ocasional condición: la excesiva juventud de las reses. Como se ha hecho notar por diversas congresistas, entonces los destrozos ocasionados por los combates, las ausencias de pastos adecuados etcétera, llevaron a permitir el que, para mantener las corridas de toros y novillos, se permitiese

la celebración de festejos en los cuales las reses carecían de la edad reglamentaria. Hoy, la plena estabilidad económica, restaurados los campos y fortalecidas las ganaderías de reses de lidia, las cuales han llegado a un grado de suavidad y nobleza jamás conseguidas, no existe razón alguna para que, por conveniencia de ciertos intereses crematísticos de diestros de primera fila, brillan por su ausencia los toros de cuatro años en la boca y cinco hierbas en la panza.

Para que la edad pueda ser comprobada en su momento oportuno debe acompañar a las reses la correspondiente guía de nacimiento, en la que constarán cuantos datos y señales sean precisas para no confundirse de toro y para que puedan ser acreditadas en todo momento la edad de las res que va a ser lidiada.

El tan discutido peso ha sido aquí igualmente objeto de meditación y controversia. Casi por unanimidad se ha pedido que los toros sean pesados en vivo, manteniendo los oportunos márgenes de confianza, y que ese peso sea bien anunciado al público por medio de pizarras monumentales, de tal suerte que ningún aficionado pueda llamarse a engaño ante el trapío de las reses, ni ningún torero podrá exhibir para su defensa el tan socorrido argumento de que el público no apreció bien la «cantidad» de toro que el torero tuvo que matar.

Otra ponencia pidió asimismo se establezca un severo régimen de vigilancia de las reses en los corrales, desde la llegada a los mismos hasta el momento de la lidia, con el fin de evitar posibles manipulaciones atentatorias contra el integro poderío, en todos los aspectos, de los toros dispuestos para la corrida:

Por último se recabó la creación de unas tarifas especiales, más económicas, para el transporte del ganado, lo que repercutiría indudablemente en la mejor distribución del mismo y, sobre todo, en los precios de algunos festejos de plazas de menor importancia.

EL TORERO Y SU LUGAR

Como es lógico, aunque sin toros no haya Fiesta, sin toreros tampoco existiría ésta. Otra de las preocupaciones primordiales de este Congreso Taurino ha sido la de dejar bien claros y definidos cuáles son los verdaderos lugares que en puesto, jerarquía, modos y maneras corresponden tanto a los matadores de toros como de novillos.

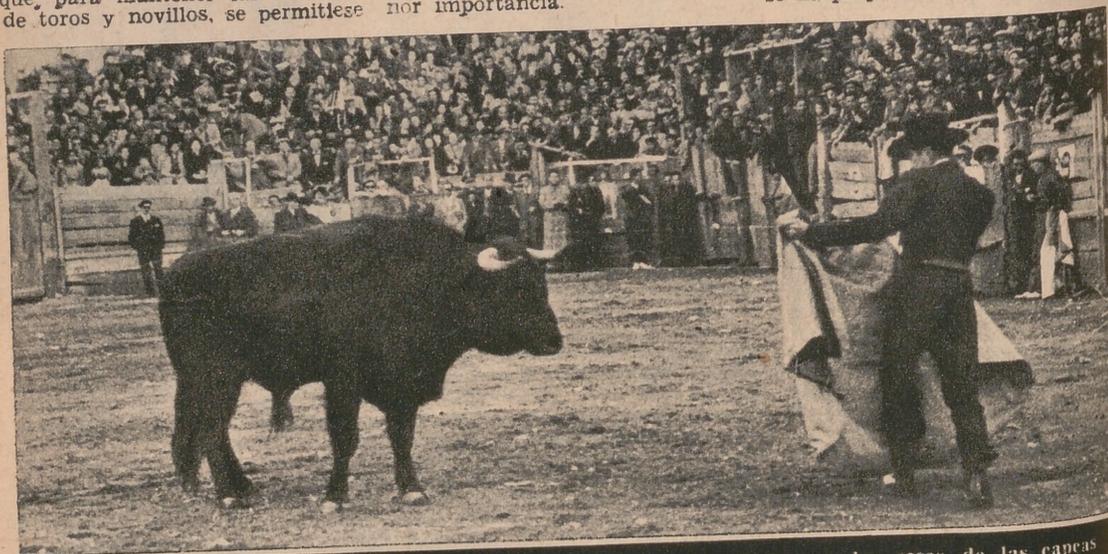
En los últimos tiempos, como se ha hecho constar en las diversas reuniones, los matadores, tal vez por ignorancia no disculpable del Reglamento, han solicitado de la Presidencia los cambios de tercio, cuando es a ella a la que únicamente compete tal decisión. Ante tal fenómeno, los ponentes del Congreso Taurino han tomado el acuerdo de solicitar la prohibición de que los lidiadores o apoderados pidan el cambio de tercio, ya que del orden de la lidia no son ellos precisamente los indicados para señalarla.

Igualmente, otro punto sobre el que se ha hecho hincapié ha sido el relativo a la reforma de la puya. «Es urgente modificar, de una vez, la puya y llevar a buen término las gestiones que en este sentido ha realizado constantemente el Sindicato Nacional de Ganadería.»

Junto con la implantación definitiva de un adecuado modelo de puya, las ponencias han señalado que debe volverse a la reglamentaria colocación de los picadores, esto es, a la izquierda de los toriles antes de la salida del toro.

Siguiendo la cronología de la lidia, en las sesiones de Barcelona se ha vuelto a clamar, insistentemente por la restauración de las banderillas negras, que no queman al toro, sino que, por las detonaciones pertinentes, causan a la res el debido quebranto para que llegue en las mejores condiciones técnicas, habida cuenta de su mansedumbre, al último tercio.

En el capítulo de alternativas se ha propuesto que éstas se con-



En evitación de desgracias, los ponentes de Barcelona han pedido que las reses de las capeas sean torreadas sin puntas



En el Congreso se ha pedido la reglamentación en la concesión de trofeos, eliminando los rabes y las orejas. Para que los diestros puedan dar vueltas al ruedo, se quiere que lo autorice la presidencia

cedan al terminar el paseíllo y que se vuelva a la pérdida costumbre de que también los subalternos, picadores y banderilleros, adquieran públicamente el grado de sabiduría, dignidad y valía que concede la alternativa.

Respecto a la concesión de trofeos, se ha condenado energicamente la prodigalidad con que éstos son adjudicados, muchas veces sin tener en cuenta las peticiones o preferencias del público. Por ello se ha hecho constar la conveniencia de que sea la misma Presidencia la que con un pañuelo azul señale cuándo un diestro debe dar la vuelta al ruedo y que un pañuelo amarillo sea la señal para idéntico galardón honorífico con respecto a las reses.

Asimismo se hizo notar la necesidad, en pro de la suerte suprema, de tener en cuenta la ejecución de la estocada para la concesión de trofeos, que sólo deberán ser de vuelta al ruedo y oreja, sin la exuberancia de otros apéndices, a los que tan aficionados son a conseguir ciertos diestros de no muchos merecimientos.

Por último, en lo que se refiere a los toreros, se manifestó que los avisos deberían ser dados de un modo automático, con un reloj especial, y de que no se debe consentir el regalo del sobrero por preverlo así el Reglamento.

PARA EL PÚBLICO, LA PLAZA

Después de los toros y de los toreros, las plazas han sido objeto de especial estudio y atención. No hay que olvidar, como dijo un congresista, que «ellas son desde las que la afición toma partido y sirven de receptáculo material para la misma».

La correspondiente ponencia ha emitido un dictamen en el sentido de recabar la prohibición de derribar plazas de toros, salvo expropiación forzosa oficial, basta ver que la construcción de una nueva, hoy, es empresa cara y difícilmente realizable por entidad particular alguna. Viene ello a cuento porque en algunas poblaciones se pretenden derribar los actuales cosos taurinos para aprovechándose de la plusvalía de los terrenos, edificar en los solares que resultasen, inmuebles de lujo con el consiguiente beneficio económico, sin tener en cuenta los intereses superiores de la afición taurina.

Dentro, también, de las plazas de toros, aunque en otro orden, se acordó solicitar de las empresas que concedan entradas gratuitas a los niños menores de cinco años y media entrada hasta los catorce, ya que, se estima, «esto contribuiría a mantener viva la tradicional afición a una fiesta auténticamente española».

Por último, a lo largo de las oportunas ponencias se manifestó

la preocupación por la seguridad sanitaria de los lidiadores y se recalcó la necesidad de imponer sanciones a las empresas por deficiencias en la instalación de las enfermerías, así como solicitar la creación de equipos quirúrgicos especiales y que, en evitación de males mayores, las reses lidiadas en las capeas sean despuntadas previamente.

LA PROXIMA CITA: JEREZ DE LA FRONTERA

Estas han sido las más importantes conclusiones a las que se ha llegado en las reuniones del II Congreso Nacional Taurino celebrado en Barcelona. Al margen de ellas ha habido actos de confraternidad o manifestaciones artísticas, como esa Exposición de Arte Taurino, celebrada en las Galerías Layetanas, a la que han concurrido el escultor Alfredo Acero, el pintor Tuser y el dibujante, poeta y periodista Alcalde Molinero.

Del Congreso ha salido, antes que nada, un propósito definido: la pureza total de la fiesta de los toros. Y para ver lo que en el futuro se consiga, para comprobar aciertos, corregir defectos o enmendar errores, la afición española ya ha designado otro punto de cita para el año que viene: Jerez de la Frontera, tierra de toros y de toreros.

José DE LA ROSA
(Enviado especial.)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

LO QUE EL PÚBLICO QUIERE DE LOS TOROS

El cambio de tercio, la petición de orejas, las alternativas, la edad y el peso de las reses entre las conclusiones adoptadas



Todos los problemas de la Fiesta en el II Congreso Nacional Taurino de Barcelona (Pág. 61)